

NEWADULT



VICTORIA VÍLCHEZ

**MÁS QUE UN
VERANO**

PARTE 1

Copyright

EDICIONES KIWI, 2016

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, diciembre 2016

© 2016 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

AGRADECIMIENTOS

*A mis lectores,
por convertir cada una de mis historias en algo real.*

La mañana siguiente de la llegada a Lostlake siempre resultaba para Aria una especie de tregua al caos del día anterior: los preparativos, las carreras cargando el equipaje, la partida, el viaje y la emoción de ese instante en el que vislumbraba por fin el caserón entre los árboles del camino.

La familia Donaldson llevaba muchos años disfrutando del verano en aquel idílico y aislado paraje. Como su nombre indicaba, era un pequeño pueblo perdido en mitad de la nada. Sin embargo, a Aria le encantaba los meses que pasaba allí.

Ese año sería especial para ella. Acababa de terminar el instituto y al concluir el verano se marcharía a la universidad. No se trataba de que los anteriores cursos escolares hubieran resultado una tortura, tal vez sí los últimos meses, pero nunca había logrado encajar del todo. No era una marginada pero tampoco pertenecía al selecto grupo de los populares. No era nadie, en realidad, una más de la masa de estudiantes que pasaban por aquellas aulas. Si bien había tenido su pequeña dosis de gloria al formar parte del equipo de natación y ser una de las mejores atletas con las que contaba, nunca aprovechó dicha circunstancia.

Pero los meses anteriores todo había cambiado y ni siquiera era ella la que lo había provocado. De repente, se encontró en medio de una guerra de burlas, cotilleos y miradas acusadoras que nada tenían que ver con su persona. No obstante, aquello ya no tenía importancia.

El aroma a café recién hecho inundó la cocina y se mezcló con el olor tan característico que impregnaba las paredes del caserón, una combinación de madera, bosque y la humedad propia debida a la cercanía del lago. Aria echó un vistazo por la ventana mientras disfrutaba del silencio que reinaba en la casa y del sabor de la bebida contra su paladar. Tanto sus padres como sus dos hermanos seguían en la cama aún.

A pocos pasos, entre los árboles, podía ver una edificación casi idéntica a la que en ella se encontraba: la residencia de sus tíos. Por la ausencia de luces y de movimiento tras los cristales, supuso que tampoco ellos se habían despertado todavía.

Aclaró la taza en el fregadero y salió por la puerta trasera. Iba descalza y no llevaba puesto más que el bañador. Su melena rubia, que normalmente ondulaba sobre su espalda, se hallaba recogida en una apretada coleta para evitar que el pelo le molestara mientras nadaba. Para ella resultaba casi una tradición lanzarse al agua antes incluso de que el sol hubiera asomado por el este, al menos ese primer día de vacaciones; ya tendría tiempo de remolonear en la cama hasta tarde durante las siguientes semanas.

Tomó el sendero cubierto de tablones de madera que llevaba hasta el lago, el mismo que su padre había construido con sus propias manos, y no tardó en adentrarse en el agua. Durante varios minutos, dejó que esta la meciera, limitándose a flotar boca arriba. Era su momento favorito. La inminente salida del sol teñía el cielo de los más variados tonos: naranjas, rosas, amarillos... Era el comienzo de un nuevo día, un nuevo verano, aquel que la convertiría, a su fin, en universitaria.

En cuanto el sol se despegó del todo del horizonte, Aria empezó a brucear, alejándose de la orilla por una ruta mil veces trazada. Nadó sin descanso, exigiéndose tanto como si se tratase de una competición. A mitad de camino levantó la cabeza y vislumbró su destino: una pequeña ensenada de arena en la parte derecha del lago. Continuó nadando, controlando su respiración mientras se esforzaba por aumentar la velocidad. Puede que fuera debido a su autoexigencia o al cansancio

acumulado durante el viaje del día anterior, o tal vez solo una casualidad, puro azar. La cuestión fue que percibió el instante preciso en el que su gemelo derecho se tensó y un doloroso calambre se fue extendiendo por su pierna.

El contratiempo no consiguió desatar su pánico. Llevaba demasiados años nadando y se sentía casi mejor en el agua que fuera de ella. Enfiló hacia una zona rocosa que quedaba más próxima que la cala a la que inicialmente se dirigía, maldiciendo cada vez que los músculos de sus piernas se contraían y el dolor se agudizaba. No obstante, aguantó y consiguió llegar hasta allí. Tanteó la roca con las manos y se agarró a ella para luego apoyar los pies sobre su superficie, sin otra idea que descansar durante un rato y volver al agua en cuanto consiguiera que su gemelo se relajase. Se veía capaz de soportar las molestias que le provocaría.

Al incorporarse, resbaló sobre la roca y trastabilló hacia delante, obligándose a mover los pies sin siquiera ser consciente de dónde los colocaba. El movimiento le valió un buen corte en la planta del pie.

—¡Joder! —exclamó en voz alta.

Se ayudó nuevamente de las manos para sentarse y comprobar la herida. Le dolía horrores y sangraba de forma copiosa. Levantó la vista para observar, a lo lejos, la silueta difusa de su casa. Miró la herida una vez más y se le escapó un suspiro acompañado de otra maldición.

El sendero que bordeaba el lago en esa zona era el resultado de muchos años de tránsito de los habitantes del pueblo. La mayoría de las casas estaban en la orilla contraria a la de la residencia de los Donaldson, pero había innumerables lugares entremedias que eran muy atractivos para el baño y los lugareños usaban con frecuencia. Además existía también una pista de tierra habilitada para los vehículos.

Desde el borde de dicha carretera, Aria miró en ambas direcciones. Era demasiado temprano para que hubiera nadie por los alrededores, pero tenía la esperanza de que no fuera ella la única en madrugar en todo Lostlake. El tirón de su pierna no terminaba de desaparecer y el feo corte que se había hecho no cesaba de sangrar. Su única opción consistía en empezar a andar, o a cojear más bien, de vuelta a casa. Con suerte, alguien pasaría en coche y podría acercarla.

Sus expectativas no tardaron en verse cumplidas, solo que en modo alguno pensaba subirse a la jodida ranchera del mismísimo Max Evans.

—Piérdete, Max —le soltó, en el momento en que el vehículo se detuvo a su altura.

Apenas lo miró el tiempo suficiente para ver la expresión de fastidio en su rostro. En el instituto todos le conocían por Evans, su apellido, pero Aria había empleado su nombre a sabiendas de que le molestaría. No era una gran victoria ni suponía demasiado consuelo. No obstante, había sido incapaz de resistirse.

Max Evans era el prototipo de chico americano, un tópico con patas. Rubio, alto, de espaldas anchas y sonrisa encantadora, además de ojos de un azul cristalino que llamaban la atención de toda la población femenina del instituto. Como no, también era el *quarterback* estrella del equipo de fútbol y, no menos importante, un auténtico gilipollas.

Aquello ni siquiera le hubiera importado a Aria, nunca se había preocupado en exceso por esa división de clases inherente a la etapa del instituto. Lo que no soportaba era que aquel chico en concreto fuera el exnovio de su prima, ese que había hundido a Lea en la miseria social, arrastrándola a ella en el camino solo por ofrecerle su apoyo.

El vehículo avanzó hasta alcanzarla.

—Estás cojeando —indicó el chico, que dudaba de si seguir su camino e ignorar a su compañera de clase o continuar insistiendo.

Aria se detuvo y lo observó a través del hueco de la ventanilla.

—Eres un verdadero lumbreras. ¿Te has dado cuenta tú solito? —se burló, impregnando cada palabra con todo el sarcasmo que pudo reunir.

Él ladeó la cabeza y, divertido, esbozó una sonrisa socarrona seguida de un repaso exhaustivo a la figura de la chica. Aria había escogido la prenda de baño por su comodidad. No era el clásico bikini que muestra más de lo que cubre, sino el típico bañador que empleaba para entrenar. Aun así, se sintió desnuda cuando los ojos del muchacho se deslizaron por la zona de su torso visible desde el interior del vehículo.

—Te llevo.

Max se inclinó para abrir la puerta del lado del copiloto y Aria dio un paso atrás para permitirselo, pero no hizo ademán de subirse al coche.

—Piérdete —le repitió, escupiendo la palabra.

No le importaba lo más mínimo tener que andar hasta su casa. Aguantaría el dolor y cualquier otra tortura antes de ir a ningún lado con aquel imbécil.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tú misma.

Tiró de la puerta y esta se cerró con un golpe seco. El sonido le hizo entrecerrar los ojos. Justo antes de poner el motor en marcha, Max le dedicó una sonrisa torcida que a Aria le hubiera parecido bonita si no fuera porque el rostro del chico se volvió borroso.

El coche no había avanzado más que unos pocos metros cuando las piernas de Aria dejaron de sostenerla y se derrumbó sobre el suelo.

—Ha perdido bastante sangre.

El sonido de la conversación fue llegando a oídos de Aria cada vez con mayor nitidez, aunque no comprendía del todo lo que estaba escuchando. Abrió los ojos y la intensa luz del fluorescente que se reflejaba en el techo blanco le obligó a entornarlos. Le costó unos instantes reconocer el lugar en el que se encontraba pero, finalmente, su memoria comenzó a funcionar y supo que, de alguna manera, había terminado en el consultorio médico de Lostlake.

—Ya está de vuelta —señaló la voz amable del doctor Simons.

Hacía años que Aria no le visitaba. Si bien, en su infancia, aquel lugar había sido parada obligada gracias a su tendencia a escalar cualquier árbol del bosque que pudiera soportar su peso, cuanto más alto mejor.

Ladeó la cabeza para encontrarse con el rostro del médico. Contaba unas pocas arrugas más así como otras tantas canas, pero seguía pareciendo un atractivo galán de cine en vez del doctor de un pueblo dejado de la mano de Dios.

—Bienvenida, señorita Donaldson.

Aria amagó una sonrisa al escuchar cómo se refería a ella, de la misma forma que lo había hecho años atrás cuando tan solo era una cría con dos trenzas que no levantaba más de un metro del suelo.

Trató de incorporarse pero se mareó en el acto.

—Despacio, tómatelo con calma —le indicó Simons.

Se acercó a ella y la sujetó para ayudarla a sentarse. Aprovechó para alzar también el cabecero de la camilla y Aria se recostó con cierto alivio.

—Te has hecho un buen corte —comentó—. Ha sido una suerte que tu amigo te trajera con tanta urgencia.

La chica siguió la mirada del médico y sus ojos tropezaron con los de Max, que se encontraba de pie junto a la entrada con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. No había ni rastro de su camiseta. El muchacho sonrió levemente ante su escrutinio.

—Deberías darle las gracias —prosiguió Simons, tan formal como siempre.

Aria apartó la mirada con rapidez y sintió cómo la sangre se acumulaba en sus mejillas. No supo bien si era a causa de la rabia o de la vergüenza.

—¿Señorita Donaldson? —insistió el médico.

—Sí, claro... —cedió ella—. Gracias.

La palabra abandonó sus labios convertida en un susurro.

Simons asintió, complacido, y Max imitó su gesto, salvo que el chico lo acompañó con una sonrisa de suficiencia que la enfureció. Le habría gustado poder borrarla del rostro con alguno de sus comentarios sarcásticos, pero era consciente de que el doctor no lo aprobaría.

—He tenido que darte puntos —explicó, señalando su pie—. La sutura se caerá por sí sola pero deberías tener cuidado o podría abrirse. Te he puesto un antibiótico para evitar una posible infección.

Aria se miró el brazo, donde una tirita adornada con dibujitos indicaba el lugar exacto en el que la habían pinchado. Escuchó una risita al fondo de la sala que prefirió ignorar.

—Ten, te harán falta. —Simons le tendió un par de muletas que Aria contempló horrorizada—. El señor Evans puede llevarte a casa, ¿no? ¿O prefieres que llame a tus padres?

Se apresuró a negar con la cabeza. Las dos opciones resultaban inaceptables. Por un lado, casi podía ver ya la expresión reprobatoria de su madre al entrar en la consulta y ver la venda en su pie. El drama se desataría y tendría que soportar los reproches durante todo el camino de regreso a casa. Le había advertido mil veces acerca de salir a nadar tan temprano, sin la supervisión de un adulto, como si aún estuviera aprendiendo a nadar en vez de ser una atleta experimentada que además ya había alcanzado la mayoría de edad.

Pero la sola idea de permitir que Max la llevara le revolvía el estómago. Recordó una vez más lo que le había hecho a Lea y sintió deseos de vomitar.

—¿Va a pasar aquí el verano, jovencito?

La pregunta del médico iba dirigida a Max, pero Aria contuvo el aliento a la espera de su respuesta. Suspiró de forma sonora cuando el chico asintió. Su prima iba a ponerse como loca cuando se enterara.

—Bien, espero no verle por aquí —Bromeó Simons, antes de girarse hacia Aria—. Le debe usted una camiseta al muchacho.

Aria arqueó las cejas sin comprender a qué se refería, hasta que el médico tomó un trapo sangriento de la bandeja junto a la camilla y se lo tendió a Max. Supuso que la había empleado para detener la hemorragia.

—Puede tirarla —señaló el muchacho.

La mueca de desprecio que apareció en su rostro hizo a Aria preguntarse por qué demonios la había ayudado si tanto asco le producía su sangre.

—Ayude a su amiga y no permita que apoye el pie.

—No somos amigos —replicaron ellos al unísono.

Simons los observó de forma alternativa durante unos segundos antes de animar a Aria a ponerse en pie.

—Tal vez ahora puedan serlo —comentó, al mismo tiempo que reclamaba la ayuda de Max con un gesto de la mano.

El chico obedeció a regañadientes y, antes de que Aria pudiera darse cuenta, se encontraba tras el volante de su coche con ella sentada a su lado.

—Cuide de ella, jovencito —insistió el médico, consiguiendo que Aria pusiera los ojos en blanco—. Sigue siendo tan cabezota como cuando era una niña.

—Ya, ya lo veo —repuso Max, y se le escapó una sonrisa.

Durante todo el camino de regreso lo único que se escuchaba en el habitáculo era el rugir del motor y, de vez en cuando, el rechinar de los dientes de Aria. No podía creer que, al final, hubiera acabado en ese coche con aquel imbécil descerebrado.

—¡Aria!

El grito de su madre fue aún más dramático de lo que había imaginado, así como la posterior carrera desde el porche delantero de la casa hasta el coche.

—No pasa nada, mamá —Trató de tranquilizarla, aunque sabía que cualquier esfuerzo resultaría en vano.

Su padre atravesó el umbral de la puerta principal y se acercó también mientras Max rodeaba el vehículo y la ayudaba a descender de él. Aceptó su mano de malos modos, dispuesta a evitar montar

un numerito frente a toda la familia.

Sus dos hermanos, gemelos idénticos pero que ella diferenciaba con tan solo un vistazo, se incorporaron a la pequeña reunión. Ninguno de ellos estaba al tanto de lo sucedido con Max y Lea, así que todos se deshicieron en agradecimientos con el chico e incluso le invitaron a pasar y compartir el desayuno.

—Seguro que Max tiene muchas cosas que hacer —dejó caer Aria, esperando que él comprendiera que no era bienvenido.

Este le dedicó una sonrisa taimada y devolvió su atención a la señora Donaldson, que prácticamente lo arrastraba ya al interior de la vivienda.

—Pues la verdad es que no.

«Oh, mierda», se lamentó Aria.

Si a su prima le daba por acercarse a desayunar con ella, se iba a liar muy gorda. Lea no poseía las capacidades interpretativas de Aria, es más, incluso a ella le estaba costando un gran esfuerzo fingir que no detestaba con todas sus fuerzas al chico.

Cam, el gemelo con el que Aria mantenía una relación más cercana, chocó el puño con Max a modo de saludo.

—¿Cómo va, Evans? ¿Sigues destrozando a tus rivales en cada partido?

Aria pensó en comentar que, además de a sus rivales, también destrozaba la reputación de las mujeres de su familia, o al menos la de su prima, pero se mordió la lengua. Se concentró en intentar llegar hasta la casa sin caer de bruces; manejarse con las muletas le estaba costando lo suyo.

—¿Quieres que vuelva a llevarte en brazos? —se ofreció Max, solícito.

—¿Has tenido que cargar con la pequeñaja? —intervino Sean, su otro hermano.

Aria resopló.

—Soy casi tan alta como tú —se quejó, ignorando deliberadamente la oferta de Max.

—Se desmayó y tuve que llevarla en brazos hasta la consulta del pueblo.

Por un momento, Aria se imaginó en brazos del *quarterback*, con la cabeza apoyada sobre su pecho desnudo, y su estómago se contrajo.

—Ahora sí que voy a vomitar —anunció en voz alta, incapaz de reprimirse.

Cam no captó la ironía de sus palabras y, preocupado, se acercó a ella para sujetarla. Si bien, Max estaba más cerca y, sin darle opción a protestar, la tomó en brazos.

—¡Bájame, jodido imbécil! —gritó, al verse alzada en vilo.

—¡Aria! ¿Qué clase de vocabulario es ese? —le reprendió su madre—. Agradece que Evans se haya mostrado tan amable.

La mujer compuso una mueca de disculpa dirigida al muchacho, que no hizo otra cosa que reírse.

—Está bien, señora Donaldson. Estoy seguro de que Aria me mostrará todo su agradecimiento cuando haya descansado. Ha perdido mucha sangre —añadió, alarmando aún más a su madre.

Aria, tesa como un palo entre los brazos de Max, lo fulminó con la mirada.

—En tus sueños, Max —murmuró entre dientes a la vez que sonreía para apaciguar a su madre.

—Mis sueños pueden llegar a ser muy imaginativos, señorita Donaldson —terció él, también en voz baja, empleando el mismo tratamiento usado por el doctor Simons pero con un tono pícaro que nada tenía que ver con el del médico.

Aria se estremeció, lo cual amplió la sonrisa del muchacho.

—Eres un perverso —aseguró, cuando la dejaba en el sillón del salón y su familia no escuchaba.

La expresión de diversión de Max se esfumó, convirtiéndose en una de tristeza durante un instante tan breve que Aria pensó que lo había imaginado.

—Sí —aceptó él, dándole la espalda y dirigiéndose a la cocina—. Eso he oído por ahí.

Aria pasó la siguiente hora tumbada en el sofá, rumiando lo absurdo de la situación. Todavía llevaba puesto el bañador y, sobre él, la bata que le habían prestado en la consulta médica. Estaba desesperada por subir a su habitación para ducharse y ponerse algo de ropa. Sin embargo, la sensación de mareo persistía y no pensaba pedir ayuda hasta que el capullo de Max abandonara la casa, no fuera que acabara de nuevo entre sus brazos y encima con la aceptación paterna.

Cam apareció en el salón cargado con una bandeja. El olor a tostadas, beicon y huevos despertó a su estómago e hizo que comenzara a salivar.

Adoraba a sus dos hermanos, pero entre Cam y ella siempre había existido una complicidad que no compartía con Sean. Aunque, a su vez, los gemelos fueran uña y carne.

—Así que con el *quarterback*, hermanita —comentó el chico, depositando la bandeja sobre la mesa de centro y sentándose él en el espacio restante.

—¡Dios, no! —exclamó ella, palmeando su rodilla con fuerza.

—No sabía que Lea y él habían roto.

El comentario puso todos los sentidos de Aria en alerta. No creía que Max se hubiera atrevido a explicar los motivos de la ruptura, o su hermano en vez de traerle el desayuno estaría estampando su puño contra el rostro del arrogante *quarterback*; tal vez rompiéndole un hueso o dos.

—Vale, suéltalo. —Cam se inclinó sobre ella a la espera de una confesión—. Huelo problemas desde que has aparecido en la puerta con él, solo que no sé de qué tipo.

Mejor sería que no lo supiera. Los gemelos habían venido directos desde la universidad a Lostlake en el coche de Cam. No habían llegado a poner un pie en su ciudad natal y, por tanto, se habían mantenido al margen del cotilleo estrella de los últimos meses.

Se planteó sincerarse con su hermano pero lo descartó enseguida. El ojo morado de Max vendría seguido de una ráfaga de preguntas por parte de sus progenitores, y sus tíos terminarían por enterarse también. Hasta ahí llegarían sus planes de disfrutar del verano con la libertad propia de alguien que ya había cumplido los dieciocho. Sin contar con que a su madre le daría algo y comenzaría a preguntar a su hija si había vivido las mismas experiencias que su sobrina, y esa era una conversación que no estaba dispuesta a tener con ella.

—Es un capullo egocéntrico —se limitó a decir.

Cam se encogió de hombros.

—A mí me cae bien, y tiene un buen brazo.

De los dos, Sean era el más aficionado al fútbol, pero Cam tampoco le hacía ascos a asistir a los partidos de vez en cuando.

—Da igual, quiero que se vaya —sentenció ella, deseando que su familia diera por finalizado el desayuno y perderle por fin de vista.

Ni siquiera estaban en la misma habitación y, aun así, percibía su presencia como un jodido reactor nuclear a punto de explotar y convertirlos a todos en cenizas.

—No estarás colada por ese tipo, ¿no? —El tono jovial de su hermano se transformó en otro mucho más serio.

Si algo llevaba mal Cam era que su hermana se relacionase con el sexo opuesto. Era el único tema del que no solían hablar. Prefería vivir en la ignorancia.

—No alucines —se apresuró a contestar, sin esconder su indignación.

La reacción de la chica alivió al gemelo, que volvió a sonreír.

—Pues vas a tener que aguantarte. Papá lo ha invitado a la barbacoa del sábado.

Aria ya no pudo ocultar lo mucho que eso le desagradaba. Abrió los ojos como platos antes de exclamar:

—¡Ni de coña!

Su hermano rio. Claro que él no era consciente de que la tradicional comida que sus padres y sus tíos celebraban cada año para inaugurar la estación estival podía terminar como una batalla campal en cuanto su prima viera al invitado sorpresa.

No obstante, no dijo una palabra al respecto. Tendría que ingeniárselas para disculpar al muchacho ante sus padres porque, fuera como fuera, no pensaba permitir que Max Evans arruinara, no solo el final de su etapa en el instituto sino también su verano.

—¿Se puede saber cómo acabaste en el coche de ese... ese...?

Lea no concluyó la frase. Aria hubiera empleado varios adjetivos malsonantes, pero su prima era mucho más comedida en ese aspecto.

Max se había marchado de la casa poco antes de que Lea y sus tíos aparecieran por allí. Había esquivado el desastre solo porque Lea se quedó más tiempo del normal en la cama mientras sus padres acudían al pueblo a comprar provisiones.

—No fue por voluntad propia, créeme.

Lea la miró de reojo y a ella le molestó su desconfianza. ¿Acaso no había demostrado ya de sobra de qué lado estaba?

—Sabe cómo embaucar a una chica inocente —aseguró su prima, haciendo caso omiso a sus explicaciones.

Aria dudaba de que Lea fuera una chica *inocente*, pero no dijo nada. Era parte de la familia y, una vez se desató el infierno en el instituto, no dudó en mostrarle su apoyo a pesar de que nunca habían sido íntimas amigas.

—No creas nada de lo que te diga —continuó la chica.

Aria resopló y balanceó los pies sobre el borde del embarcadero, dejando que el agua le acariciase los dedos.

—No puede venir el sábado. No será capaz.

Lea parecía haberse olvidado por completo de la presencia de su prima y estar hablando consigo misma, hasta que de repente se giró hacia ella.

—Tienes que decirle que no venga.

—¿Yo? Tú estás loca —replicó Aria, que no tenía intención alguna de acercarse a Max en lo que restaba de verano.

La expresión de Lea se dulcificó y su labio inferior sobresalió del resto de su boca. Aria sabía que a continuación la mueca se convertiría en un puchero desconsolado.

Estiró la rodilla para dejar a la vista la venda del pie.

—No tengo demasiada movilidad, ¿recuerdas?

Bastante tenía con la recomendación del doctor que le impedía tomar baños demasiado largos para evitar que los puntos se reblandecieran. Nadar era para ella su válvula de escape y tendría que mantenerse alejada del agua al menos hasta el fin de semana. No pensaba añadir más inconvenientes a su existencia yendo en busca del imbécil del ex de Lea.

—Llámale, dile que venga aquí —sugirió su prima, y fue su turno para volver el rostro hacia ella por la sorpresa.

Definitivamente, se le había soltado algún tornillo. O eso o estaba realmente desesperada porque Max no apareciera en la comida.

—¿Me estás pidiendo que le diga que venga a casa para luego prohibirle volver a ella el sábado?

La idea era tan estúpida que incluso su prima debería darse cuenta de ello. Lea nunca había destacado en los estudios, le bastaba con ser la perfecta animadora y lucir físico: rubia, ojos azules, delgada pero con las curvas necesarias... Pensándolo bien, no le extrañaba que Max y ella hubieran terminado juntos, eran el arquetipo de pareja perfecta y popular destinada a ser los reyes del baile de graduación. Solo que a la reina la habían arrastrado por el barro poco antes del final de curso.

—No voy a hacerlo, Lea —aseguró, frotándose las sienes.

El tema le daba dolor de cabeza. Su verano no estaba saliendo como había planeado. Ni de lejos.

—Lo harás —concluyó su prima—. No vas a permitir que nuestros padres nos prohiban ir a las hogueras del lago o que te impidan quedar con ese guapo instructor de actividades acuáticas que tantas ganas tienes de volver a ver.

Aria cerró los ojos y apretó con fuerza los párpados, como si solo con ese gesto pudiera volver unas horas atrás en el tiempo y no meterse en el agua.

El atractivo monitor del que hablaba Lea no era otro que Luka, un muchacho que trabajaba en el pequeño club de la otra orilla y con el que Aria había estado tonteando el verano anterior. Si sus padres se enteraban de lo sucedido con Max, lo primero que iban a hacer era recortar su libertad de movimientos, más aún en el tema de las citas, y ella no estaba dispuesta a perder la oportunidad de un posible acercamiento entre Luka y ella.

—Lo haré —cedió, sin ningún entusiasmo—, pero me debes una.

Lea le dedicó una resplandeciente sonrisa que a Aria le pareció carente de sinceridad, pero estaba demasiado agotada para alargar la discusión. Solo restaba llamar a Max y asegurarse de zanjar el asunto de una vez por todas. Iba a hacerle saber que no debía volver a cruzarse en su camino nunca más.

Ni siquiera tuvo que molestarse en hacer la maldita llamada. El *quarterback* apareció en su jardín dos días más tarde, cuando ella todavía no había decidido cómo abordarlo. Durante ese tiempo, escribió numerosos mensajes que no llegó a enviar. Le resultaba insoportable tener que pedirle algo a aquel tipo.

El misterio de su presencia en la casa de los Donaldson quedó desvelado en cuanto Sean atravesó la puerta de la casa con su mejor sonrisa y un balón entre las manos. La otra mitad de la pareja de gemelos era pura energía, inquieto por naturaleza. Pasar el verano en Lostlake no le resultaba demasiado atrayente, por lo que no desaprovechaba cualquier oportunidad que surgiera para entretenerse. La aparición del *quarterback* suponía una bienvenida novedad a pesar de que le llevaba dos años al chico. Sean había ocupado en su momento el mismo puesto que él y estaba encantado.

Era obvio que su hermano no se había percatado de la animadversión que sentía Aria hacia el muchacho, o no le importaba lo más mínimo.

Cam tomó asiento en la tumbona situada al lado de la chica mientras su gemelo se colocaba a una distancia idónea para practicar los pases. Max, por su lado, decidió aprovechar para acercarse hasta ellos, tal vez así Aria no sacara las uñas.

—¿Qué tal tu pie? —Su interés parecía sincero, pero lo último que deseaba era que mostrara ningún tipo de interés por ella.

—Bien —se limitó a contestar.

Ante la atenta mirada de sus hermanos, Max se inclinó y echó un vistazo a la sutura, que Aria había empezado a dejar al aire.

—Parece haberse cerrado bien, podrás volver al agua en breve.

Cam sonrió ante el comentario amable del chico, y Aria lo hubiera hecho también si no fuera porque venía de labios de Max, unos labios terriblemente sugerentes por cierto.

Confusa, parpadeó ante el inesperado pensamiento. Vale que no fuera ciega y Max resultara un tío atractivo; mucho, muchísimo en realidad. Pero en la misma medida era el tipo odioso que no había dudado en enviar a todos la comprometedor foto de su prima practicándole sexo oral. Eso dicho con el mayor tacto posible, porque los comentarios en el instituto giraban en torno a la *mamada* que le estaba haciendo Lea a Max en la instantánea.

Al recordar de lo que el chico era capaz, las nauseas regresaron y sintió deseos de estamparle el pie en plena cara, que todavía mantenía a su alcance.

—Lo que tú digas —replicó, finalmente, casi atragantándose con cada palabra.

La bomba había estallado cuando ya habían enfilado el final del curso. Primero fue solo un cuchicheo y un puñado de risas entre los integrantes del equipo de fútbol, pero no tardó en extenderse por los pasillos y convertirse en un secreto a voces. La imagen voló de móvil a móvil acompañada de comentarios soeces y malintencionados, como no, referidos solo a la chica de la foto, que resultó ser mi prima. Fue un milagro que no llegara a oídos de ningún profesor, pero eso no impidió que Lea se viera obligada a abandonar el equipo de animadoras, con el consiguiente descenso en la escala social del instituto. En realidad, había caído hasta el escalón más bajo. Sus propias amigas le dieron la espalda y participaron en el escarnio público al que se la sometió.

A Aria, que no había dudado en prestarle su apoyo, aquel grupito de arpías nunca le parecieron de fiar. Pero Lea afirmaba que eran como hermanas, hasta que pasó lo que pasó. Ella fue la única en mantenerse a su lado y, aunque nunca había sido del bando de los populares, su lealtad le valió acompañar a Lea en las bromas e insultos que le dedicaban. Tuvo que luchar incluso por mantener su puesto en el equipo de natación y lo consiguió a duras penas. No sucumbiría ante una pandilla de chismosas.

—¿Se puede saber que te ha hecho ese chico? —La voz de Cam la trajo de regreso al presente, uno en el que el causante de sus pesadillas se encontraba en su jardín metiéndose a uno de sus hermanos en el bolsillo.

—Lo estás mirando como si quisieras asesinarlo —añadió el gemelo, alternando la mirada entre ambos. El silencio posterior le obligó a insistir—. ¿O es por Lea? No me has contado por qué rompieron.

Aria soltó una risita nerviosa que llamó la atención de los presentes. Los ojos de Max barrieron su cuerpo con descaro, aprovechando que los gemelos tenían la vista fija en su hermana.

—¿Necesitas algo? —le preguntó el *quarterback*, ganando aún más puntos frente a Sean y Cam.

Reprimió el impulso de enseñarle el dedo corazón y negó con la cabeza. El caso era que sabía que iba a tener que hablar con él para asegurarse de que no acudiría a la barbacoa y no encontraba los ánimos para hacerlo. Max Evans había sido declarado persona *non-grata*, solo que la mayoría de su familia aún no lo sabía.

—Sé que me odias, lo has dejado claro.

Max no tenía pensando aceptar la invitación del señor Donaldson, ni tan siquiera regresar a aquella casa. Pero le fastidiaba el tono de superioridad y el desprecio que Aria mostraba hacia él. No era que no lo esperara, al fin y al cabo, era la prima de su ex y lo suyo había terminado francamente mal. Lea se había llevado la peor parte pero podía haber sido peor y, por algún motivo que no acertaba a comprender, le molestaba el comportamiento de la pequeña de los Donaldson al tiempo que sentía cierta admiración por ella. Había demostrado su tenacidad y mucho valor defendiendo a su prima, a costa incluso de su propia reputación, eso había que concedérselo. Aunque no pensaba admitirlo delante de ella y tampoco creía que le importara una mierda su opinión.

Sí, la chica tenía agallas.

—¿Y qué demonios esperabas? ¿Qué te hiciera la ola como el resto del instituto? —replicó Aria, visiblemente cabreada.

Incluso en ese momento, mientras hablaban, mostraba con claridad cuál era su opinión respecto a él. Jamás se había fijado en ella más allá de las pocas veces que coincidieron en el tiempo que salió con su prima. No era que no fuera guapa y tuviera unas piernas deliciosamente torneadas por el ejercicio, pero Aria no se mezclaba con su grupo de amigos ni mostraba interés en pertenecer a él. Ese era un punto a su favor, porque incluso Max empezaba a estar cansado de la pantomima que representaban. Salvo Connor, su mejor amigo, el resto solo estaban allí por lo que estaban, y el escándalo de la foto... En fin, ni siquiera merecía la pena volver a pensar en ello. Ya no había forma de dar marcha atrás.

—Vamos a cruzarnos quieras o no —le informó el chico—. Mis padres adquirieron este invierno la vieja posada Donovan y acaban de terminar las obras de restauración.

Aria le prestó atención por fin y, aunque no dijo nada, no consiguió esconder la sorpresa. La posada a la que se refería estaba a menos de cuatrocientos metros de su casa. Había estado

abandonada durante mucho tiempo, pero el camino de acceso más corto transcurría a pocos pasos de su jardín delantero. Era el atajo que solían emplear incluso los clientes que se alojaban allí.

—No van a reabrirla —señaló, pasándose la mano por el pelo—, pero mi familia tiene pensado veranear en ella a partir de ahora.

La chica continuó clavándole la mirada en silencio. Dios, que testaruda era.

—¿Podrías al menos no imaginar mil maneras de mutilarme cada vez que nos cruzamos?

El balón impactó de lleno en el estómago de Max, arrancándole todo el aire de los pulmones.

—¡Estás lento de reflejos, Evans! —gritó Sean, entre carcajadas.

—¡Ni siquiera estaba mirando! —se defendió él, poniéndose en pie, dolorido pero satisfecho.

Tal vez solo fuera consecuencia del golpe que acababa de recibir pero, durante un breve instante, estaba seguro de que la señorita Donaldson había sonreído.

—Deberías dejar de invitar a Max a casa.

Sean miró a su hermana como si no tuviera ni las más remota idea de a qué se estaba refiriendo. Conociéndole, Aria no dudó de que así fuera.

—¿Evans? —repuso él, metiendo el dedo en una fuente para cazar un trozo de carne.

Su madre le apartó la mano antes de que lograra su objetivo.

—Espera a la cena —le reprendió, y la autoridad de la que siempre hacía gala la mujer surtió efecto. Su atención se trasladó entonces a Aria—. Es un chico muy amable. Lea siempre ha hablado maravillas de él.

Cam accedió a la estancia por la puerta que daba al jardín trasero y no dudó en intervenir en la conversación.

—Si rompieron, será por algo.

A pesar de que el comedor de la vivienda disponía de una amplia mesa para las comidas, la familia solía tomar la cena en la cocina. Era una especie de norma no escrita que caducaba en cuanto abandonaban la casa y regresaban a su residencia habitual.

—Chiquilladas —sentenció la señora Donaldson, ignorando los motivos reales.

Aria tenía muy claro que si los hubiera conocido, no se hubiera referido a ellos como *chiquilladas*.

—Da igual. No lo invites más.

—Hija, no seas maleducada —la reconvino su madre—. Ese muchacho puede venir cuando quiera. Le debes tu agradecimiento por rescatarte y llevarte a la consulta del doctor Simons.

En esa ocasión, a Aria le fue imposible callarse. Soltó un bufido que le valió otra mirada de reprobación.

—¡No me rescató, por Dios! No es ningún caballero con una jodida armadura.

Los tacos no eran algo que la señora Donaldson aceptara de buen grado a pesar de que sus dos hijos mayores solían ser muy expresivos en ese sentido. No obstante, no iba a permitir ese lenguaje en boca de su única hija.

—Aria, a tu habitación —señaló la puerta, dotando su orden de ese dramatismo tan propio de ella.

—Tengo dieciocho años. Creo que puedo decir *jodida* sin quedarme sin cena.

No, no podía. El sonido de sus tripas un par de horas más tarde dieron buena fe de ello.

—He visto a Luka —dejó caer su prima el sábado por la mañana.

—Max vendrá al almuerzo —soltó Aria, en respuesta.

Ni siquiera la curiosidad por saber si Lea había llegado a hablar con el monitor aplacaba su malestar. No había dejado de pensar en el *quarterback* desde su última visita, y ninguno de sus pensamientos era demasiado agradable.

—Dime que no es cierto. ¡Tan solo tenías que decirle que no viniera! —chilló su prima, reforzando la decisión que había tomado la noche anterior.

—Mira, me importa poco lo que Max haga o deje de hacer mientras mantenga la boca cerrada —expuso, con convicción—. Y hasta ahora así ha sido. Solo quiero disfrutar del verano, cosa que no haré si mi madre sigue acumulando tareas para mí en su lista. Está decidida a que admita lo

caballeroso que es mi *salvador*.

Estaba dispuesta a darle la razón a su madre si con ello conseguía carta blanca para trazar sus propios planes.

—No he podido visitar el pueblo ni una sola vez.

Incluso a ella le pareció una estupidez una vez lo hubo dicho, pero su prima ni tan siquiera pestañeó.

—Si esto nos explota en la cara, será culpa tuya —la amenazó Lea, sin ningún tipo de miramientos.

Genial, daba igual que ella solo fuera un soldado que había sido alcanzado en mitad de un fuego cruzado, al final había acabado metida de lleno en la guerra.

—¿Y tus puntos? —se interesó Cam, viéndola enfundada en el traje de baño.

—Están a punto de caerse.

Si se mantenía alejada por más tiempo del agua iba a implosionar.

—Ah, mi pequeña sirena.

El tono dulce de Cam consiguió apaciguar en parte a Aria. Pese a la promesa que se había hecho, su ánimo distaba mucho del que había mostrado a su llegada a Lostlake, y eso era algo que pensaba remediar de inmediato. Aceptó el abrazo cariñoso que le brindó su hermano y se alejó en dirección al agua. Realizaría tan solo la mitad del trayecto para no forzar demasiado sus músculos pero, incluso así, la expectativa de sumergirse en el agua terminó de mejorar su humor. Ni siquiera la inminente barbacoa que podía terminar en catástrofe enturbió esa felicidad.

Al diablo con Max Evans, al diablo con su prima y al diablo con todo el maldito instituto. Ese fue su último pensamiento antes de lanzarse a brucear a través del lago.

El almuerzo transcurrió mejor de lo que Aria esperaba. No solo había acudido Max, sino que también lo hicieron sus padres, y tenía que reconocer que ambos eran encantadores, sobre todo la señora Evans. Era de esas mujeres a las que no le importaba reír a carcajadas, mostrar sus opiniones —aunque estas fueran en contra de la mayoría— o soltar un taco llegado el caso. Esto último acabó de conquistar a Aria, que le lanzó una mirada triunfal a su propia madre cuando la señora Evans empleó la palabra que empieza por *j*.

No entendía como aquella pareja había concebido al chiquillo arrogante que los acompañaba. El aludido, no obstante, se había comportado incluso más atento que en los días anteriores, lo cual agradó y decepcionó a Aria a partes iguales.

—El *soufflé* estaba delicioso —comentó el chico.

Aria había sonreído ante el halago. La cocina no era algo que le atrajera, pero ese plato en concreto se le daba bien y su madre solía aprovecharlo cuando tenían visita.

La sonrisa le valió una mirada reprobatoria de Lea, que estaba claramente superada por la situación. Los padres de su prima nunca habían entendido por qué Max y ella habían roto, por lo que seguían tratando al chico como si dicha ruptura no hubiera tenido lugar.

No pudo evitar compadecerse de ella, aunque no dejase de fulminarla con la mirada desde el otro lado de la mesa. Siendo un año menor, aún le restaba un curso más para perder de vista el instituto, con todo lo que ello conllevaba.

Al finalizar el almuerzo, Aria se ofreció a recogerlo todo y llevarlo al interior y, como no, Max no tardó en unírsele.

—No hace falta que te esfuerces tanto —le espetó, en cuanto atravesaron el umbral de la casa. Max elevó las comisuras de la boca.

—No lo hago por ti, si eso es lo que crees —replicó él, dejando parte de la vajilla dentro del fregadero. Acto seguido, se deshizo de la camisa que llevaba abierta sobre otra de color blanco y sin mangas, y abrió el chorro del agua fría—. No te lo creas tanto, sirenita.

Aria enrojeció de furia. Mataría a su hermano Cam si le había chivado a Max el apodo cariñoso que empleaba con ella.

El chico se concentró en enjabonar y aclarar, y a ella no le quedó más remedio que dedicarse a secar las piezas de loza que le iba pasando. Al situarse a su lado, inspiró sin querer su aroma, un olor afrutado aunque algo ácido que le hizo cosquillas en la nariz y le arrancó una sonrisa, aunque no tenía ni idea de por qué.

—Lo haces muy bien —comentó Max, señalando con la barbilla el plato al que Aria, distraída, llevaba varios minutos sacándole brillo, más del necesario.

La chica volvió a enrojecer, aunque él fingió no darse cuenta y le pasó otro plato. Desde ese instante, la coordinación entre ellos fue total. Aria comenzó a relajarse, absorta en la tarea. Cuando el chico se inclinó hacia la derecha para encender la pequeña radio del señor Donaldson, la música los envolvió y ella se permitió sonreír.

«Una sonrisa de verdad, al fin», se dijo Max. No tenía nada que ver con el gesto serio que lucía habitualmente en el instituto ni con esa perpetua mueca de desagrado que había empañado su expresión hasta ese momento. Y, todo había que decirlo, era una sonrisa realmente preciosa.

—Enternecedor. —La voz de Lea sobresaltó a Aria y el vaso que sostenía resbaló y cayó a sus pies, rompiéndose en decenas de fragmentos.

Al girarse, se encontró con el rostro enfurecido de su prima.

—Ese tío te ha amargado el último curso y acabará con tu reputación en cuanto accedas a bajarte las bragas.

Aria no supo que le sorprendió más, si el lenguaje empleado por Lea o la acusación implícita en sus palabras. Avanzó hacia ella, dispuesta a darle una explicación, aunque no estaba muy segura de qué decir. Por un momento había olvidado dónde estaba y con quién, y que sus respectivos padres se encontraban en el exterior de la casa junto a los gemelos y Lea. Había olvidado sus preocupaciones, sus miedos y el odio que aquel chico despertaba en ella. Tan solo había quedado la melodía que salía del transistor, el sonido del agua corriendo y el roce intermitente de sus dedos con los de Max al pasarse platos, vasos, tenedores y cuchillos.

Se sintió avergonzada.

—No le hagas caso —comentó el chico, secándose las manos con un trapo.

—Que te den, Evans —soltó Aria, antes de abandonar la estancia y seguir los pasos de su prima.

A Max, escuchar su apellido de sus labios le resultó tan extraño que casi sintió que lo estuviera insultando. Dejó el trapo sobre la encimera y se quedó unos instantes inmóvil, sin atreverse a ir tras ella ni regresar al jardín.

—Fin de la tregua y adiós a la señorita sonrisas —comentó, en voz alta.

Acto seguido, tomó su camisa y salió al exterior de la casa, decidido a coger la ranchera y perderse campo a través hasta la fiesta de esa noche. Todo el mundo hablaba de las hogueras que daban el pistoletazo de salida al verano en Lostlake. En un pueblo como aquel, con tan pocas

distracciones, no tenía intención de perderselas.

Las hogueras se realizaban en la orilla sur del lago, no muy lejos del pueblo pero sí a una distancia prudencial. La zona resultaba ideal ya que estaba desprovista de árboles y contaba con un extenso bancal de arena, idóneo para el tradicional baño una vez que los ánimos se habían caldeado entre los asistentes. La versión oficial decía que los chicos se dedicaban a asar malvaviscos y beber litros y litros de un refresco de cereza típico de la región. La realidad era que ese refresco se aderezaba con cualquier tipo de bebida alcohólica que pudieran conseguir.

No era el primer año que permitían a Aria acudir a las hogueras. Lo reducido de la población les daba a sus padres cierta tranquilidad, así como el hecho de que también solían asistir sus hermanos. No había de qué preocuparse.

—¿Estás lista? —le preguntó por enésima vez a Lea—. Los gemelos se están impacientando.

Aria llevaba veinte minutos preparada para poner rumbo a la fiesta. Todo lo que había tenido que hacer era enfundarse un vestido informal en tonos azules y blancos y sus converse. Llevaba el pelo recogido en un moño sobre la coronilla y apenas si había empleado un poco de lápiz de labios y algo de colorete.

—Necesito estar perfecta —replicó su prima, y ella no pudo evitar poner los ojos en blanco.

La zona de la fiesta no era que estuviera demasiado iluminada, salvo por la luz proveniente del fuego, por lo que las capas y capas de maquillaje que Lea se estaba poniendo no iban a servirle de mucho. De todas formas, era una chica guapa, Aria no entendía qué trataba de esconder.

—Te espero abajo.

Abandonó su habitación con la esperanza de que Lea se diera más prisa. Habían quedado para arreglarse juntas en su casa porque luego sería Cam el que los llevaría a todos en su coche. Este, al igual que Aria, nunca bebía, por lo que siempre se encargaba de conducir tanto a la ida como durante el regreso.

—Estás preciosa, mi pequeña sirena —comentó su gemelo predilecto, al verla descender por las escaleras.

Aria recordó que debía interrogar a su hermano sobre el apodo y, sin poder evitarlo, se acordó también de Max. Estaba segura de que iría a las hogueras. Decidió hacer caso omiso a la imagen del chico que su mente parecía empeñada en mostrarle y optó por repetirse que era su oportunidad de ver por fin a Luka.

Le bastaría con ignorar al *quarterback* y mantenerse alejada de él... Pero ¿por qué estaba pensando en Max de nuevo?

—Estoy en el coche —informó a Cam, pasando a su lado y dirigiéndose a la puerta delantera—. ¡Mamá, papá! ¡Hasta luego! —se despidió a gritos antes de salir al exterior.

La temperatura de la noche era agradable, lo suficiente como para no tener que cargar con una chaqueta. Se deslizó en el asiento trasero y golpeó de un modo cariñoso el hombro de Sean, que ya ocupaba el lado del copiloto.

—¿Por qué demonios tardáis tanto? —se quejó su hermano, girándose para encararla.

—A mí no me mires, llevo lista media hora.

—Ya deben haber empezado —prosiguió protestando, a la vez que echaba un vistazo al reloj.

Aria se encogió de hombros y se reclinó contra el respaldo, a la espera de que su prima

decidiera que estaba *perfecta*.

—¿Hermanita? —llamó su atención Sean—. ¿Qué os traéis entre manos Lea, el *quarterback* y tú?

A Aria le faltó muy poco para atragantarse con su propia saliva. Se incorporó con lentitud y se sentó con la espalda muy recta, tomándose su tiempo para contestar.

—¿Por qué lo dices?

—No hagas eso. Lo de responder con otra pregunta —señaló su hermano—. Lo haces siempre cuando no quieres mentir.

Sean, a pesar de dar la imagen de no pillar una, era bastante perspicaz.

—No nos traemos nada entre manos —negó, para acto seguido cambiar de tema—. Me han dicho que Lily estará esta noche.

Lily O'Donell. Su tía era una de las que, como ellos, pasaba la temporada estival en Lostlake, y su sobrina solía visitarla durante esos meses. Sean y ella habían tenido un rollo intermitente durante varios años, y era otra de las *distracciones* con las que el gemelo contaba para hacer de todo aquel aislamiento algo más llevadero.

Aria no tenía ni idea de si estaría o no en la fiesta, pero su sola mención hizo que Sean perdiera el hilo de la conversación y obviara el hecho de que Aria le estaba mintiendo de forma descarada.

—¡Por fin! —exclamó Aria, al ver a Lea traspasar el umbral de la casa seguida de Cam.

—¡Subid al coche de una jodida vez! —Les gritó a su vez Sean, más desesperado por llegar si cabe tras el comentario de su hermana.

Aria, desde el asiento trasero, no pudo evitar sonreír.

—Allá vamos —anunció Cam, una vez tras el volante.

Arrancó el coche y, tras varias maniobras, enfiló la carretera y puso rumbo a la fiesta.

Al llegar, se encontraron ya varias hogueras encendidas distribuidas por la zona de arena cercana a la orilla. Varias decenas de jóvenes se agrupaban en torno a ellas, mientras que otros rodeaban la mesa plegable en la que se amontonaban las bebidas. Por la alegría que demostraban algunos, estaba claro que el alcohol había empezado a surtir efecto entre los asistentes.

Aria entrecerró los ojos, tratando de distinguir los rostros en la oscuridad. Al vislumbrar a Luka sentado en un tronco, riendo, sufrió un repentino ataque de tos. Cam se giró para observarla mientras Sean y Lea seguían andando.

—¿Todo bien, hermanita?

Ella asintió.

Muy a su pesar, y de toda la gente con la que podía relacionarse Luka, el chico estaba hablando con Max. ¿De verdad iba a pasarse el verano encontrándose allí dónde fuera? Y no solo eso, ¿de qué demonios estaban charlando Luka y él? Dejó a Lea hablando con dos de sus amigas y se apresuró a acercarse a ellos, a saber lo que el *quarterback* podría estarle contando.

—¡Ey! —Llamó la atención de los chicos.

Ambos levantaron la cabeza. Luka amplió la sonrisa que ya le bailaba en los labios y sendos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Su piel, tan morena como de costumbre por las largas horas pasadas al aire libre, relucía con el brillo de las llamas, mientras que su pelo castaño había adquirido un tono más claro desde el año anterior.

La chica no fue consciente de la curva que apareció también en los labios de Max, demasiado pendiente de la reacción del otro muchacho.

Luka se puso en pie de inmediato y, sin titubear, rodeó a Aria con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—No sabes cuánto me alegro de verte —le susurró al oído, consiguiendo que la piel de la nuca se le erizara. Se separó de ella pero sin soltarla del todo—. ¿Qué tal tu pie? Tu prima me dijo que te habías hecho daño.

—Ya estoy prácticamente recuperada —replicó, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

Percibía su mano apoyada en la curva de su cintura y el gesto, junto con la cercanía del muchacho, hizo aflorar sus nervios.

—¿No te has vuelto a desmayar? —intervino Max, desde su asiento.

Aria se había olvidado por completo de él.

—¿Te desmayaste? —repuso Luka, y la chica se vio, sin saber cómo, en una conversación a tres bandas.

Luka regresó a su lugar sobre el tronco y la invitó a ocupar el sitio libre a su lado. Aria resopló por lo bajo, dispuesta a disimular el desagrado que la situación le provocaba, y tomó asiento. Tal vez el *quarterback* se diera por aludido y desapareciera.

Relató, a grandes rasgos, lo que había sucedido el día posterior a su llegada a Lostlake. Max no se contuvo y aportó sus propias percepciones sobre la historia, incluida la parte en la que él la sostenía entre sus brazos sin camiseta. Llegados a ese punto, Aria estiró la mano a su espalda y, esquivando a Luka, le dio un puñetazo a Max en el hombro. El golpe fue tan rápido que el otro chico ni siquiera se percató de ello. Por su parte, el *quarterback* no hizo ningún comentario al respecto, pero le lanzó a Aria una mirada interrogante.

—¿Quieres una bebida? —Le ofreció Luka, ajeno al intercambio silencioso entre ellos.

—Sí, gracias, pero nada de alcohol, por favor,

—A mí lo que sea que tenga suficientes grados —señaló Max, aunque la oferta no era para él.

En cuanto Luka se marchó, Max se giró sobre el tronco y esbozó una sonrisa socarrona.

—Dime que no te gusta el señor mechas rubias —le espetó, sin tacto alguno.

Aria respiró hondo, tratando de no perder los estribos; algo que, con Max cerca, le resultaba muy complicado.

—No es asunto tuyo, ¿vale? Y no son mechas, lo tiene así por el sol.

Max soltó una carcajada.

—Di lo que quieras, pero no te pega ese rubiales.

—¿Y a ti qué más te da? —replicó, subiendo el tono de su voz—. No voy a discutir con nadie mis gustos personales, mucho menos con alguien como tú.

La mirada de Max se ensombreció.

—¿Alguien como yo? Estoy seguro de que ese tipo se camela a todas las que puede entre clase y clase de esquí acuático.

El comentario terminó de enfurecer a Aria, que se puso en pie, dispuesta a alejarse todo lo posible de él.

—Al menos él no va por ahí alardeando de sus intimidades —le atacó, furiosa—. ¿Qué clase de tío enseña una foto de su novia en plena mamada? —añadió, sin darse cuenta de que la gente estaba mirándolos.

Max sí que percibía los ojos curiosos que les estaban observando, y sabía que más de uno habría escuchado la acusación lanzada por Aria. Pero, sinceramente, le daba igual.

—No tienes ni puta idea —señaló, mucho menos alterado que ella.

Acto seguido, fue él el que dio media vuelta y se marchó sin esperar siquiera una respuesta. En algún momento durante la discusión, Luka había regresado y estaba inmóvil a pocos metros de la chica, sosteniendo a duras penas tres vasos entre las manos.

—¿Hablabais de mamadas? —inquirió, con perplejidad.

Aria respondió soltando un suspiro, sin saber qué respuesta darle. Luka le pasó un vaso y volvieron a tomar asiento sobre el tronco.

—No quieres saberlo —dijo Aria, tras darle un sorbo a la bebida.

Pero el rostro del chico reflejaba lo contrario. Se moría por conocer qué había entre Aria y el nuevo y por qué habían terminado hablando de un tema tan... tan particular.

—¿Qué le has echado?

A Aria no le importó que el cambio de tema fuera tan evidente.

La bebida tenía el sabor dulce propio de la cereza. Si bien, detectó también un toque ácido y algo más que no supo identificar.

—Es uno de mis combinados especiales. ¿Te gusta? —terció Luka—. El refresco solo es demasiado soso.

Le dio otro sorbo a la bebida y asintió.

—Está muy rico —coincidió, y él sonrió, satisfecho.

Aún sentía el calor en las mejillas, la vergüenza al saber que había escuchado su discusión con Max, pero esperaba que las llamas de la hoguera camuflaran su rubor.

—¿Qué tal ha ido tu año? —se interesó él, y ella agradeció la pregunta.

Tampoco era que hubiera mucho que contar. Con el revuelo que se había formado en el instituto, Aria se había concentrado aún más en estudiar y sacar las mejores notas posibles y en los entrenamientos.

—Muy bien —aseguró, cruzando las piernas—. En otoño iré a la universidad. Berkeley —añadió, sin poder disimular el orgullo que suponía haber sido admitida en una de las mejores universidades del país.

Conseguir plaza había sido una carrera de largo recorrido, pero había merecido la pena. Su magnífico expediente y su puesto en el equipo de natación le habían ayudado a lograr, no solo la entrada en dicha institución, sino una beca que cubriría gran parte de los gastos. Además, y dado que iba a mudarse casi a la otra punta del país, también la esperaba una habitación en una de las residencias al sur del campus. Pasar de Ohio a California era un gran cambio, pero eso solo conseguía que deseara aún con mayor intensidad el comienzo de las clases.

—Vaya —se maravilló él—. Sabía que lo conseguirías.

El año anterior Aria le había contado, durante su única cita, su intención de solicitar el acceso a Berkeley como primera opción. Ya casi llegado el otoño y, por tanto, el momento de que la familia Donaldson finalizara su estancia en Lostlake, Luka se había fijado por fin en ella y le había pedido salir. Ella sabía que era demasiado tarde para empezar nada con él pero aceptó de todas formas. Luka le gustaba mucho. La había llevado a una de las pocas cafeterías del pueblo, donde habían charlado y bromeado durante varias horas, y más tarde dieron un paseo hasta el embarcadero en que se encontraba el club náutico. La despedida consistió en un suave beso en los labios y la promesa de encontrarse el verano siguiente.

—Tenías más fe en mí que yo misma —replicó ella, que había dudado de si lo conseguiría.

—Eres inteligente, y... muy guapa —agregó, tras una pausa.

Aria le sonrió y durante la siguiente hora continuaron poniéndose al día, hablando de todo un poco, mientras se tomaban a pequeños sorbos las bebidas que Luka preparaba. Sus dos hermanos se acercaron a saludar en sendas ocasiones, interrumpiendo la conversación. Pero, salvo eso, no despegaron los ojos el uno del otro hasta que un chico pasó corriendo frente a ellos totalmente desnudo y gritando.

—Parece que ha llegado el momento —señaló Luka, tanteando su reacción.

La tradición mandaba y, desnudos o semi vestidos, la fiesta siempre terminaba en el agua.

Aria soltó una risita ridícula, impropia de ella, e hizo ademán de levantarse. El suelo pareció temblar bajo sus pies y le atacó un leve mareo. Luka la cogió del brazo y su piel, allí dónde él la agarraba, se calentó de inmediato. En realidad, tenía bastante calor.

—¡Aria!

La voz de su prima le llegó amortiguada, como si la escuchara a través de litros y litros de agua, de una forma muy similar a cuando se sumergía en el lago. No tardó en verse arrastrada hacia la orilla.

—¡Vamos, Aria! —la animó Lea, tirando de ella.

Miró por encima de su hombro. Luka las observaba aún de pie junto a la hoguera con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable en el rostro.

—¡Quítate el vestido! —chilló su prima, eufórica, contagiándole su entusiasmo.

Estaba claro que Lea había dado varios viajes a la mesa de las bebidas, pero no le importó sino que consiguió que se riera de nuevo de una manera estúpida.

—Eso, quítate la ropa —la instó otra voz, mucho más profunda y, sin duda, cautivadora.

Giró sobre sí misma y se encontró con dos iris de un azul casi transparente que, si bien deberían haberle resultado fríos, desprendían una calidez atrayente. Durante un instante se sintió como una polilla frente a un potente foco.

—Dios, Evans, lárgate de una vez —balbuceó su prima, con la lengua pastosa por el alcohol.

—Estás borracha, Lea. Y tú también —añadió, dirigiéndose a Aria.

Esta se miró los pies, el agua lamiendo ya las suelas de sus converse, y alzó la cabeza de nuevo, decidida a contradecirle. No obstante, el gesto le valió un nuevo mareo.

—No deberíais bañaros —prosiguió el chico.

—Solo he tomado un par de refrescos —intervino ella.

Hablar le costó un pequeño esfuerzo que achacó al bochorno del ambiente. Le daba la sensación de que la temperatura no dejaba de ascender.

—Huelo el alcohol en tu aliento desde aquí —expuso Max, con cierta resignación.

Él sí que no había tomado nada. Tras su enfrentamiento con Aria había pensado en coger el coche y marcharse de allí, por lo que evitó a toda costa emborracharse. Ni siquiera sabía por qué no se había largado ya.

—Vamos, déjanos en paz —le pidió su prima.

Le sorprendió el tono que empleó para dirigirse a él. Aria hubiera esperado una orden o un grito, y aquella petición rayaba la súplica.

Max no se movió. Tan solo hizo un leve gesto con la cabeza, negando. Aria resopló. ¿Quién se creía que era? Después de lo que había hecho, ¿qué derecho tenía? No entendía por qué se preocupaba por ellas.

Avanzó a trompicones y se plantó frente a él.

—No he bebido —insistió, y, a pesar de sus esfuerzos, le tembló la voz.

Acto seguido le echó el aliento en plena cara sin ningún tipo de miramiento. Él apartó el rostro y frunció el ceño.

—Si tú lo dices —murmuró, suspirando.

—Están bien, Evans. No tienes de qué preocuparte. —Luka se situó junto a Aria.

Había permanecido apartado hasta ese momento, decidiendo si debía intervenir.

—De Lea no me sorprende —replicó él—, pero ¿qué mierda le has echado a su bebida? —le espetó sin rastro de la amabilidad con la que le había tratado horas antes.

Luka no dudó en encararlo y ambos se estudiaron con la mirada. Lea respondió al inminente enfrentamiento ignorándolos y lanzándose al agua, mientras que a Aria le entró la risa floja al verlos tan serios.

—Está borracha —sentenció Max, y el momento de tensión entre ellos pasó. Señaló al agua y le hizo un gesto a Luka—. Sácala ahora mismo antes de que se ahogue. No permitirá que yo la toque.

Las carcajadas de Aria evitaron que esta advirtiera el tono apesadumbrado que empleó. Luka dudó un momento antes de ceder e ir en busca de la otra chica, que ni siquiera se había desvestido. Max lo siguió con la mirada unos segundos antes de volver la vista hacia ella.

—Ese capullo te ha cargado las copas.

—¿Eh?

La chica pestañeó y se pasó el dedo bajo los ojos, secándose las lágrimas. Por algún motivo, la situación le resultaba de lo más cómica y no podía dejar de reír.

—¡Por Dios! ¡Te ha dado alcohol! ¿No lo ves? —se quejó él, desesperado.

La tomó del brazo y la alejó del lago, no fuera que le diera por seguir los pasos de su prima.

—Aquí el único capullo eres tú —replicó ella, que aún trataba de descifrar su última frase. Su mente parecía ir algo más lenta de lo normal.

Harto, Max se detuvo y se volvió, provocando que Aria chocara contra él y perdiera el equilibrio. Gracias a sus buenos reflejos, el *quarterback* la sujetó antes de que se fuera al suelo. La chica sintió sus brazos alrededor de la cintura y sus caderas muy cerca, demasiado cerca a decir verdad. Alzó la mirada y se encontró de nuevo con aquellos ojos azules clavados en ella.

—Deberías tener más cuidado —susurró Max, y su vista descendió hasta sus labios, jugosos y sonrosados.

Sin darse cuenta de lo que hacía, la acercó aún más a su cuerpo.

—Quítame las manos de encima —atinó a decir Aria, aún más mareada, a pesar de que se sentía arropada y cómoda entre sus brazos.

—Ese imbécil solo quiere aprovecharse de ti —repuso él, sin intención de soltarla.

Era consciente del odio que le profesaba y que sus recomendaciones caerían en saco roto solo por venir de él, pero creía a Aria lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que Luka solo buscaba una cosa.

—No todos los tíos son un cerdos —farfulló la chica, luchando por desasirse—. Como tú.

Una bofetada le hubiera dolido menos. Max apretó los dientes, tentado de responder, pero ni aun así la dejó ir.

—No, no todos —coincidió, aunque no era eso lo que quería decirle—. Pero este en concreto sí lo es.

Uno de los gemelos se acercó a ellos con cara de pocos amigos, llevando a Lea del brazo casi a rastras. Cam contempló la escena con cierto recelo, pero no dijo nada hasta que consiguió que su prima se sentara en un tronco y se quedara allí a pesar de sus protestas. Le pasó su propia camiseta sobre los hombros, dado que el vestido de la chica estaba empapado. Ella no parecía demasiado arrepentida.

—¿Y Luka? —preguntó Aria, deshaciéndose por fin del abrazo de Max.

Este dio un paso atrás, intimidado por la presencia de su hermano. Notó de inmediato la

ausencia del peso de la chica contra su pecho, su respiración acelerada... No le gustó, pero no abrió la boca.

—Y yo qué cojones sé —explotó Cam, cabreado. Le echó un vistazo a su hermana, que hacía serios esfuerzos por mantenerse de pie ahora que Max ya no la sujetaba—. ¿Tú también has bebido? ¡Joder, Aria!

Ella negó con demasiada efusividad, dado su estado, y Max tuvo que volver a sujetarla.

—Ha sido el gilipollas de Luka —indicó el chico.

«Vaya, cuánto taco», pensó Aria, y decidió manifestarse con idéntica expresividad y negarlo todo, claro está. Pero antes de decir nada se dio cuenta de que, en realidad, sí que estaba ebria y Luka había sido el encargado de rellenar sus vasos durante todo el rato que habían pasado charlando.

—Tengo que ir a buscar a Sean. Se ha encontrado con Lily y a saber dónde anda —explicó el gemelo.

Aria se hacía una idea no de dónde sino de qué estaría haciendo la parejita. Se le escapó otra risita y Cam la fulminó con la mirada.

—¡Mierda, Aria! ¿Cuántas veces te he dicho que no aceptes copas de nadie? Te creía más lista.

Viniendo de Cam, la acusación le dolió casi tanto como la decepción que vio en sus ojos. Su sonrisa se esfumó. Ya no sentía deseos de reírse.

—¿Puedes echarles un vistazo? —pidió a Max el gemelo—. Voy a por Sean y nos las llevaremos de aquí. No tiene forma de volver si nos marchamos sin él.

El *quarterback* torció el gesto.

—Si tus tíos ven a Lea así, se armará una buena —replicó, pasando por alto que Aria no estaba mucho mejor. Ya la ayudarían sus hermanos a entrar en casa sin que sus padres la pillaran.

Cam suspiró.

—Tienes razón. Que duerma un poco. ¿Te importaría...?

—No te preocupes —le cortó Max—. ¿Puedes llevarla a mi camioneta?

No quería explicarle por qué no lo hacía él mismo aunque tampoco fue necesario. Cam cogió a Lea en brazos y puso rumbo hacia la zona de aparcamientos. La chica cerró los ojos, sabiéndose segura, y no tardó en caer vencida por la somnolencia típica de una buena borrachera.

—¿Te ayudo?

Aria contempló la mano que le tendía Max. No se veía capaz de andar hasta el coche, no al menos sin tropezar y romperse la crisma. No quería admitirlo pero, además del mareo, el pie había comenzado a molestarle. Esperaba no haberse hecho daño de nuevo.

—¡Por el amor de Dios! —resopló el chico, pasando un brazo en torno a su cintura y ayudándola a caminar.

Aria calló y procuro seguirle el ritmo sin quejarse, tragándose el orgullo y los quejidos de dolor que ascendían por su garganta.

—Deja de fingir que no te duele —murmuró Max, y en esa ocasión sus palabras adquirieron un tono más suave.

—No me duele —mintió ella, solo para no darle la razón aunque sabía que era una actitud infantil.

—Mentir está muy feo, señorita Donaldson.

—¿Y me lo dices tú? —contraatacó ella, indignada.

¡Dios, esa chica tenía respuesta para todo! El *quarterback* no pudo evitar sonreír.

Llegaron junto a su ranchera y Cam, que se había adelantado, esperó hasta que Max la abrió para depositar en el asiento trasero a Lea, ahora ya totalmente dormida. Aria se apoyó en el capó. Los efectos del alcohol estaban desapareciendo casi con tanta rapidez como habían aparecido, aunque aún tenía que esforzarse por acallar la risita tonta que de vez en cuando pugnaba por salir de su boca, sobre todo ahora que Cam se volvió hacia ella.

—Voy a por Sean. Tú y yo hablaremos luego —le advirtió, y ella supo que, aunque la encubriría frente a sus padres, le iba a dar una buena charla—. Gracias, tío —agregó, dirigiéndose a Max, antes de marcharse en busca de su hermano.

—Tranquilo. Cuidaré de ellas.

Aria no pudo evitar pensar en lo irónico que resultaba que precisamente fuera él el que pronunciará esas palabras.

—Acéptalo de un vez —insistió Max.

Se habían sentado en el suelo a pocos metros de la camioneta. Cam debía de tener problemas para dar con su gemelo ya que llevaba un buen rato desaparecido. Aria se había cansado de demostrar la indignación que le producía que la hubiera dejado al cuidado del *quarterback* y había optado por ser práctica y acomodarse. Ambos descansaban frente a frente con las espaldas apoyadas en sendos árboles, sin perder de vista el vehículo del chico.

—¡Vale! ¡Sí! —aceptó ella, al fin, harta de su insistencia—. Le ha echado alcohol.

Llevaban alrededor de veinte minutos discutiendo sobre el tema y, aunque Aria sabía que Luka debía ser el responsable de su embriaguez, le costaba ceder ante él. Que la euforia hubiera pasado y hubiera recuperado la sensatez no ayudaba en nada. Seguía odiando al *quarterback*.

—¿Ya estás contento? —inquirió, despechada.

La sombra de una sonrisa apareció en su rostro antes de contestar.

—Un poco, no te lo voy a negar —se jactó, a pesar de la animosidad de ella y de que lo que le encantaría en ese momento era partírle la cara a aquel desgraciado.

La chica enarcó una ceja y tiró del borde de su vestido hacia abajo. La noche se había vuelto más fresca sin el abrigo que el alcohol le había proporcionado.

—Sigues siendo un imbécil.

Ignorando el insulto, él se puso en pie y fue hasta la camioneta, donde se hizo con una manta. Volvió sobre sus pasos para ofrecérsela.

—Está limpia —señaló, cuando ella la miró como si le hubiera ofrecido cianuro.

Al no hacer amago de cogerla, Max la desdobló y la extendió sobre sus piernas.

—Gracias. De nada —refunfuñó para sí mismo.

Sin embargo, Aria murmuró un «gracias», algo avergonzada, que él recibió con un leve asentimiento.

—No era tan difícil, ¿no?

La chica le miró de soslayo, aún con la barbilla baja, pero acto seguido se recordó que no debía ningún respeto a alguien como él.

—Más de lo que crees —replicó, clavándole la mirada.

Le sorprendió encontrarse esa calidez en sus ojos que ya había atisbado antes. Max no se comportaba como lo hacía en el instituto y tampoco daba muestras de ser el cabrón que había aireado una foto íntima de su novia. Parecía diferente, pero Aria no pensaba fiarse de él.

A su vez, y mientras ella le retaba con esa expresión tan digna y la misma ferocidad de días atrás, Max asumió que le molestaba de verdad lo que esa chica pensara de él. No estaba seguro de la razón. Tal vez fuera porque era la única que, una vez que se extendió el rumor, no vaciló en hacerle frente a una horda de hienas ávidas de carnaza. Tal vez.

No dejó de observarla incluso cuando ella apartó la vista. La contempló alzar la barbilla para admirar el cielo nocturno entre las copas de los árboles, apoyando la nuca sobre el grueso tronco que le servía de respaldo. Su vista vagó a placer por la curva de su cuello y descendió por su pecho, hasta topar con el borde de la manta que ocultaba sus piernas. Tenía que reconocer que, cuando no estaba soltando sapos y culebras por esos sugerentes labios, era preciosa. E incluso así, su cabezonería resultaba estimulante para alguien acostumbrado a que siempre le dieran la razón.

Se había ganado a pulso que lo detestase, pero él también podía ser muy testarudo.

Aquello iba a ser divertido.

—¿Qué te parece si tú y yo tenemos una cita? —soltó sin más, directo al grano.

Nunca se le había dado bien lo de dar rodeos.

Aria bajó la vista y, durante varios segundos, permaneció en silencio. No tardó en estallar en carcajadas. Su risa retumbó a lo largo del bosque por encima incluso de la algarabía de voces procedente de la fiesta.

—Tú también debes haber bebido —comentó, sin dejar de reír.

Max debía ser más arrogante de lo que creía si pensaba que ella iba a ir a algún lado con él. El chico se cruzó de brazos, esperando que sus carcajadas cesaran.

—¿No lo dirás en serio? —dijo ella, percatándose de cómo la miraba.

—¿Por qué no?

Aria titubeó, no porque no existieran mil o dos mil razones para no querer salir con el *quarterback*, sino porque no podía creer que estuviera pidiéndole una cita en serio. En realidad, no entendía qué interés podía tener en ella salvo uno muy obvio y, en palabras de Lea, no pensaba permitir que Max Evans le bajara las bragas.

—¿De verdad tengo que contestar?

La observó con expresión divertida, regalándole una sonrisa traviesa. Era consciente de que estaba convirtiendo aquello en un reto. En el instituto las chicas no solían resistirse a sus encantos, pero ya no estaban en el instituto y no volverían a estarlo, y, desde luego, Aria no se parecía en nada a esas chicas.

—Vamos, señorita Donaldson —insistió—, una cita. Lo pasaremos bien.

Ella podía imaginarse a la perfección lo que el *quarterback* entendía por pasarlo bien. No estaba dispuesta a eso, daba igual que le estuviera clavando una mirada que podría derretir los casquetes polares con mucha más eficacia que el efecto invernadero, y que su corazón pareciera empeñado en provocarle taquicardias. Ahora que lo pensaba, incluso percibía un diminuto estremecimiento en su estómago.

Hambre, tenía que ser hambre.

—Se te ha aflojado un tornillo —le espetó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Max desvió la vista a su delantera en un acto reflejo, pero volvió a fijarla en sus ojos enseguida.

—Ni lo sueñes —sentenció Aria, más segura que nunca de que lo único que buscaba era reírse de ella.

—Has dudado —repuso él, cada vez más divertido.

—No.

—Sí que lo has hecho.

Estaba apunto de levantarse para gritarle la negativa en plena cara. De verdad, tenía que haber perdido la cabeza.

—Solo una mañana. Te prometo que será interesante.

—No lo dudo —se le escapó a ella, que ni aún medio borracha iba a aceptar, aunque sintiera curiosidad.

Él encogió las piernas y apoyó los brazos sobre las rodillas, inclinándose en su dirección.

—He descubierto un sitio con varias cascadas y pozas lo suficientemente profundas como para poder nadar —aseguró, remarcando la última palabra.

Aria titubeó. Su punto débil: el agua. Pero de ninguna forma pensaba ir con él. Seguro que ese lugar ni siquiera existía o ella lo conocería.

—No. Ríndete, Max.

La sonrisa del chico se tornó aún más juguetona cuando se reclinó sobre el tronco de nuevo.

—Max Evans nunca se rinde, sirenita.

Ignoró el uso del apelativo cariñoso y soltó una carcajada.

—¿Hablas de ti en tercera persona? ¿Ves cómo algo no va bien tu cabeza?

Él resopló, frustrado. Iba a conseguir esa cita costase lo que costase, era una cuestión de amor propio.

—Todo va perfectamente aquí dentro —replicó, golpeando su sien con el dedo—. Al menos eso piensa Berkeley.

Aria abrió los ojos como platos, tratando de asimilar su comentario, y no pudo evitar formular la siguiente pregunta con un marcado tono de sorpresa:

—¿Qué quieres decir?

Max no comprendía muy bien a que se debía su reacción y esa expresión de perplejidad. ¿Lo creía tan tonto como para no poder entrar en una universidad?

—Me han dado plaza en Berkeley —anunció, sin ocultar el fastidio en su voz. Ella se le quedó mirando sin parpadear siquiera—. ¿Sabes? No soy un imbécil solo porque juegue al fútbol. Para ser tan poco *clasista* tienes unos prejuicios de mierda.

La dureza empleada por Max hizo que se avergonzara a pesar de que no era lo que pensaba de él. Su propio hermano era un deportista becado en la universidad y podía llegar a ser muy impulsivo, pero no era un estúpido descerebrado.

Max era imbécil sí, pero por motivos diferentes.

—Yo también iré a Berkeley.

Su expresión tardó apenas unos segundos en transformarse y adquirir, una vez más, ese aspecto pícaro.

—¡Somos almas gemelas! —exclamó, alzando las manos hacia el cielo—. Definitivamente, quiero esa cita.

Aria puso los ojos en blanco y volvió a negar.

—Sigues siendo un capullo, Max. Solo que uno con plaza en Berkeley.

La aparición de Cam interrumpió la conversación. Aria dio gracias a Dios por no tener que seguir repitiendo lo que ambos sabían: no iba a salir con él. Sus hermanos llegaron juntos y el cabreo de Sean era más que evidente. Se preparó para recibir, en algún momento de los siguientes minutos, un sermón a dos voces. Había olvidado por qué estaban Max y ella sentados allí esperando, e incluso que su prima dormitaba en el asiento trasero de la camioneta de este.

—Aria, vete con Lea y Evans —ordenó Sean, con un tono que no admitía réplica—. Cam y yo os seguiremos.

Sin embargo, ella no tuvo la sensatez suficiente como para mantener la boca cerrada. Nunca había soportado que Sean se pusiera mandón, ni Cam tampoco, ya puestos. Ni nadie en general.

—¿Por qué demonios tengo que ir con él?

Sean se plantó frente a ella. Si hubiera sido un dibujo animado hubiera echado humo por las orejas.

—Acabo de dejar a Lily... —titubeó, escogiendo las palabras adecuadas—. La he dejado sola, ¿vale? Así que no me jodas y súbete a la maldita camioneta de una vez.

El gemelo se guardó para sí mismo que su hermano le había pillado con los pantalones bajados, literalmente, y no le había hecho ninguna gracia. Dio media vuelta y se metió en el coche dando un sonoro portazo.

Cam le hizo un gesto para que no protestara e hiciera lo que le decían. Resignada, se obligó a ceder. Se preguntó cómo, en menos de una semana, acababa metida por segunda vez en el vehículo del *quarterback*.

—Sabes que voy a seguir insistiendo hasta que aceptes, ¿verdad? —le susurró Max, cuando se impulsó para alcanzar el asiento del copiloto.

—No conseguirás nada —repuso ella, sin perder una pizca de seguridad.

Después de cerrar su puerta, el chico rodeó el vehículo y se situó tras el volante. Arrancó y dio marcha atrás para salir del aparcamiento y enfilarse la pista de tierra que conducía a la carretera. Un par de faros los iluminaron desde atrás.

—No tengo nada mejor que hacer.

Aria esbozó una mueca al escuchar su comentario.

—Me alegra saber que soy tu opción menos aburrida para estos meses estivales.

No lo admitiría delante de ella pero, en realidad, tampoco la consideraba la mejor de las peores opciones. Era... algo diferente.

—Este verano no está saliendo cómo había planeado —añadió la chica, como un reflexión en voz alta que ni siquiera quisiera compartir con él.

—Las mejores cosas son las que no planeas: la carcajada que no puedes reprimir, los besos que se roban o que no puedes evitar dar... —enumeró, lanzándole una mirada rápida—. Es mejor improvisar. Así que ¿por qué no aceptas de un vez?

El chico era tenaz. Imbécil pero tenaz.

—No —repitió Aria, por enésima vez.

—Te prometo que si aceptas, este será más que un verano. Será EL verano.

Aria siguió negando, aunque en honor a la verdad, su proposición sonaba más atractiva de lo

que quería admitir. Pero por mucho que tuviera que pasar las siguientes semanas en ese pueblo dejado de la mano de Dios y aunque Luka hubiese resultado ser un cretino, no iba a dejarse arrastrar a quién sabe qué aventura precisamente con él. Ni siquiera entendía cómo había sido capaz de algo así. Seguía siendo un tipo odioso.

—Más que un verano —repetió, tentándola con una sonrisa descarada y esa calidez que empezaba a acostumbrarse a ver en sus ojos—. Tú y yo. Piénsalo.

Sin poder evitarlo, y muy a su pesar, Aria lo pensó.

—No, Max. Un no es un no —concluyó, con voz resuelta.

Sin embargo, el *quarterback* no iba a rendirse. Se había propuesto convertir ese «no» en un «sí» a toda costa. Cuando lo consiguiera, ya pensaría en qué hacer con ello.

Realizaron el resto del trayecto en silencio y Aria incluso llegó a echar de menos sus insistentes preguntas, hasta que la camioneta pasó de largo la residencia de los Donaldson.

—Era por ahí —señaló, cuando también dejaron atrás la casa de sus tíos.

Pero Max no dijo nada. Siguió carretera adelante hasta desviarse por el camino de tierra que llevaba a la posada Donovan. Estacionó frente a la construcción, en la que solo lucía encendido el farol que colgaba del porche.

Los señores Evans habían hecho un trabajo fantástico con la restauración. La fachada pintada de blanco, incluso los marcos de ventanas y puertas, contrastaba con el verde que los rodeaba. El porche decorado con plantas, un balancín y varios asientos con cojines... Imaginaba que el interior resultaría aún más espectacular.

—Mis padres no están —la informó, justo cuando el coche de Cam se detenía detrás de ellos—. Podemos dejar que Lea duerma un poco más, ¿o quieres ser tú la que la meta en brazos en su casa y le dé las explicaciones a tus tíos?

Negó con la cabeza. Su tío montaría en cólera si descubría a su *pequeña* al borde del coma etílico, y ella no quería estar allí para verlo.

Bajó del vehículo y fue al encuentro de sus hermanos.

—¿Qué hacemos aquí? —gruñó Sean, ya fuera del coche.

Cam se deslizó al exterior y la interrogó con la mirada.

—Es mejor que duerma si no queréis entrar con ella a cuestras. El tío Howard nos mataría a todos.

—Sí, porque su inocente niñita es una santa —bufó Sean, sin disimular su enfado.

La risita de Max llamó la atención de los tres hermanos. Aria agitó la cabeza. Encima tenía el valor de reírse. ¡Santo Dios! Sintió deseos de estrangularlo, lenta y dolorosamente.

«Capullo.»

—Podéis pasar al interior y descansar si queréis —ofreció el muchacho, ascendiendo por la escalera de entrada—. Mis padres han ido a la ciudad a por unos muebles que faltan y no volverán hasta dentro de unos días.

Cam asintió con agradecimiento y Sean se giró hacia él.

—Dame las llaves —exigió a su gemelo, tendiendo la mano en su dirección.

—No vas a volver, Sean, y mucho menos conduciendo mi coche.

—Oh, sí que voy a hacerlo.

Cam negó y Sean gruñó. Las cosas iban a empezar a ponerse feas.

—Has bebido. Déjalo estar —Aria decidió intervenir, apoyando al gemelo responsable.

Pero él continuó con la mano estirada, reacio a darse por vencido. Lily todavía seguía en esa fiesta y él no tenía porqué perderla. Si no iban a regresar a casa hasta que su querida primita despertara, bien podía darse otro paseo y terminar lo que había empezado.

Cam, que aún conservaba el juego de llaves entre los dedos, se lo guardó en el bolsillo.

—¡Joder! ¿Quieres dárme las de una vez?

Para sorpresa de Aria, en esta ocasión fue Max el que regresó sobre sus pasos para hablar con él. Golpeó su hombro sin fuerza y, acto seguido, cuchicheó algo en su oído. Sean aguantó de mala gana lo que Aria supuso que sería una variación de sus repetidas negativas.

Ver a dos tíos de su tamaño diciéndose cosas al oído resultaba cómico, pero no sintió deseos de reírse. Sean podía ser muy cabezota cuando quería, más incluso que ella, era cosa de familia. Le preocupaba que se saliera con la suya y terminara cogiendo el coche.

—Iros todos a la mierda —soltó el gemelo, instantes después.

Dio media vuelta y comenzó a andar en dirección a la residencia de los Donaldson.

—¡Entra por la puerta de atrás! —le gritó Cam—. ¡Y no despiertes a mamá y papá!

Sean ni siquiera se giró para mostrarle el dedo corazón, sino que elevó la mano hasta que estuvo seguro de que la verían.

—Gracias —farfulló Aria, con total sinceridad.

Cam estaba ya dentro de la casa, ocupando el sillón del amplio salón de la posada, lo que tiempo atrás había servido de zona de recepción. Max se había ofrecido a vigilar a Lea para no tener que moverla y Aria pensó que lo menos que podía hacer era acompañarle. Así que ambos se encontraban sentados en el balancín del porche observando la camioneta del chico y meciéndose suavemente. El chico, antes de tomar asiento, había arropado a su prima con una manta y se había asegurado de que estuviera abrigada. Sinceramente, Aria no sabía qué pensar del *quarterback*.

Él ladeó la cabeza y una de sus comisuras se elevó. Estaba segura de que ensayaba esa sonrisa frente al espejo todas las mañanas. Resultaba traviesa y tierna al mismo tiempo, provocadora pero dulce. El cuerpo de la chica se inclinó por propia voluntad en su dirección, como si respondiera al reclamo.

—Puedes agradecerme en nuestra cita —comentó él, acercándose un poco más a ella.

Aria parpadeó y salió del trance.

—No va a haber ninguna cita.

—La habrá —sentenció Max, más decidido que nunca.

Imaginaba los motivos que le llevaban a decir que no. Por primera vez después de lo sucedido con Lea, deseó que las cosas hubieran sido de una forma diferente. Aunque viendo la terquedad que demostraba ni siquiera estaba seguro de que no se hubiera encontrado con la misma negativa.

Sonrió. Seguiría intentándolo.

—No, no la habrá —aseguró ella, recobrando la posición en su lado del balancín—. ¿Se puede saber por qué sigues insistiendo? No me interesas, Max.

El chico reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Vale, míralo así —expuso, girándose para poder verle la cara—. No me conoces, crees conocerme pero no es así. Dame un día, una mañana al menos —se apresuró a añadir, cuando vio que iba a protestar—. Olvídate de lo que sucedió en el instituto.

La última frase había salido de sus labios en forma de susurro, una especie de súplica.

Pero Aria no podía olvidarlo, no con su prima a pocos metros de ellos. No cuando había tenido

que soportar las burlas y las críticas por algo de lo que ni siquiera formaba parte y él, en cambio, solo había recibido palmaditas en la espalda y comentarios del tipo «eres un machote».

No era solo que hubiera provocado aquello sino que permaneció indiferente a las consecuencias.

—No, Max. No estoy interesada en alguien como tú.

Un breve destello de dolor inundó su mirada, pero desapareció antes de que Aria pudiera estar segura de que era eso lo que veía.

No obstante, Max no apartó la vista de sus ojos, de un color azul oscuro tan intenso como el agua del lago, permaneció observándolos solo para darse cuenta de que le parecían preciosos a pesar de la forma en que ella le miraba.

Aria carraspeó, cohibida por la tensión que se había adueñado del ambiente.

—Una cosa, ¿qué le has dicho a mi hermano para que no regresara a la fiesta? —inquirió, buscando la forma de deshacer el nudo que se había formado en su estómago.

Él tardó unos segundos más en desviar su atención. Apoyó la espalda en el asiento y los impulsó para poner de nuevo en movimiento el balancín. Aria ni siquiera se había dado cuenta de que se había detenido.

—Secreto profesional —comentó, con evidente satisfacción.

—Ah. —Fue cuanto atinó a responder ella, aún confusa.

Acto seguido y sin previo aviso, Max llevó los labios hasta su oído y murmuró en un tono ronco y seductor:

—Si pude convencerlo a él, también lo conseguiré con usted, señorita Donaldson.

Aria tragó saliva y maldijo en silencio. ¿Por qué demonios se le acababa de erizar el bello de la nuca? ¿Y por qué insistía si ya sabía cuál iba a ser la respuesta?

La cuestión era que, cuando el *quarterback* se separó de ella, no parecía en absoluto que fuera a rendirse.

Al contrario de lo que esperaba, el tiempo que tardó su prima en volver al mundo de los vivos transcurrió con rapidez. Max y ella habían estado hablando, comentando detalles de la que sería su universidad cuando el verano llegara a su fin, una charla superficial pero amena. Se había sentido cómoda y relajada con él. Hasta que Lea salió de la camioneta con la cara de un zombi sacado de *The walking dead* y se les quedó mirando como si fuera a lanzarse sobre ellos y arrancarles la cabeza a dentelladas.

No pudo evitar sentirse culpable.

Abandonó a Max a su suerte y se metió a la carrera en la posada, en busca de su hermano. Era hora de regresar a casa. Dejarían a Lea de camino y se olvidaría del desastre que había resultado esa noche.

«Este verano va a ser muy largo», se lamentó, tras despertar a Cam y ver la mirada de reproche que le dedicaba.

—Quiero partirle la cara a ese gilipollas —le soltó, mientras se desperezaba.

—¿A Max? —repuso ella, confundida.

«Por favor, por favor, que no se haya enterado de nada.», rogó en silencio.

Cam no era de los que arreglaban las disputas a golpes pero estaba segura de que en este caso haría una excepción.

El gemelo frunció las cejas, aún más desconcertado que ella.

—¿Qué? ¿Evans? ¡No, joder! ¡Luka! Ese tío es un santo.

—¿Luka? —inquirió Aria, sin entender de qué narices hablaba su hermano.

Cam resopló.

—¡No, por Dios! Luka es un gilipollas. Evans es un santo —señaló, al borde de la desesperación.

¿En qué demonios pensaba su hermana? Tenía el jodido radar de tíos capullos estropeado, eso seguro.

Aria suspiró.

Coincidía con Cam en que Luka era idiota, pero desde luego que Max no era ningún santo. Pero si su hermano no sabía nada del asunto, no sería ella la que lo pusiera al corriente. No era que, a estas alturas, fuera a ponerse de parte del *quarterback*, pero por alguna razón no quería más gente comentando la jugada. Llevaba apenas una semana en el lago y no había hecho otra cosa más que seguir padeciendo las consecuencias de aquello. Sinceramente, estaba harta.

—No te fíes de las apariencias. —Fue todo lo que dijo.

—¿Estás defendiendo a Luka? ¿Es eso? —le reprochó Cam, poniéndose en pie—. Porque voy a tener con él más que unas pocas palabras cuando me lo encuentre.

Decidió que era mejor no seguir discutiendo con su hermano, no cuando había decidido guardarse la verdad. Y, respecto a Luka, ella sí que iba a decirle un par de cosas en cuanto lo viera.

—Me basto yo misma para defenderme, Cam. No tienes que ir por ahí convertido en el vengador de mi honor.

Alguien carraspeó y, al girarse, se encontró a Max apoyado en el umbral de la entrada.

—Me apunto a lo de los vengadores —comentó, posicionándose del lado de Cam—. Ese tío se

merece un buen escarmiento.

Aria alzó los brazos, exasperada. Entre eso y el afán de su madre por convertir a Max en su salvador, a aquel tipo iban a convertirlo de verdad en un santo. Y si una cosa estaba claro era que Max Evans no la miraba en absoluto como alguien que guardara celibato y se dedicara a rezar. Tal vez si no estuviera tan cabreado, su hermano se hubiera percatado de la sugerente sonrisa que le estaba dedicando el chico.

«Su boca está hecha para el pecado.», gimió, cuando Max repasó su labio inferior, ligeramente más grueso que el superior, con la punta de la lengua.

El gesto causó estragos sobre su pulso.

—¡Quiero irme a casa! —exigió la voz de Lea desde el porche.

Aria soltó un gritito y sus mejillas se calentaron de inmediato. ¿De dónde salían esa clase de pensamientos? Puajjj. ¡Era Evans, por Dios!

—Yo también —afirmó, dando media vuelta para abandonar cuanto antes el lugar.

Sin embargo, Max ocupaba prácticamente todo el hueco de la entrada y la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, una sonrisa torcida en el rostro y esa mirada... esa endiablada mirada.

—Apártate —le ordenó, entre dientes.

Un poco de ayuda de su hermano no le vendría mal pero claro, para Cam aquel tipo se había convertido en San Evans, patrón de las chicas estúpidas que permitían que un tío las emborrachase y que, de paso, las llevaban en volandas cuando se desmayaban.

—¿Y nuestra cita? —susurró él, inclinándose peligrosamente sobre ella.

Aria apoyó las manos sobre sus pectorales, duros como una roca, tratando de empujarle. La sonrisa de Max se amplió al sentir el contacto de sus pequeñas manos contra la piel. No importaba que hubiese una capa de tela por medio, percibía el calor de Aria emanando a través de sus palmas y resultaba muy agradable. Agradable y tentador, porque se le ocurrían unos cuantos sitios donde podía poner aquellas manos; sitios mucho más satisfactorios.

—Me estás tocando —exhaló él, arqueando las cejas—. Por voluntad propia, he de añadir.

Exageró su sonrisa para que comprendiera lo mucho que el gesto le complacía.

—Cuando pienso que no puedes decir o hacer una estupidez más grande, ahí estás tú para superarte —contraatacó ella, mostrando una seguridad que de ningún modo tenía.

No había querido acariciarle, tan solo apartarlo para que la dejara salir. Sin embargo, en cuanto puso los dedos sobre él, un hormigueo se había extendido por sus brazos y había recorrido todo su cuerpo. A estas alturas, con los ojos de Max fijos en sus labios y su aroma envolviéndola, la descarga había alcanzado incluso la zona entre sus muslos, algo que solo consiguió que sus mejillas adquirieran un tono escarlata y perdiera parte de su aplomo.

«Esto es absurdo.»

A Max, que se ruborizara, le pareció adorable, aunque ese fuera un adjetivo que no creía haber empleado jamás para referirse a una chica. Si bien, todo en lo que se podía concentrar era en el entrecortado sonido de su respiración. Aria tenía los labios entreabiertos y sabía que, si se inclinaba apenas unos centímetros más, podría rozarlos con los suyos.

—¿A qué esperas?

La intervención de Cam hizo que se separaran el uno del otro como si entre ellos se hubiera desatado un incendio. Por la temperatura de sus cuerpos, bien podría ser así.

—¿Cita? —gruñó él, una vez más, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Ni hablar —balbuceó ella, y el chico suspiró.

Se frotó la nuca, contrariado. ¿Por qué estaba tan empeñado en quedar con ella? Sí, bueno, era una especie de reto y todo eso pero, visto lo visto, no parecía que Aria fuera a ceder. Traslado su mirada más allá y se percató de que Cam les observaba con el ceño fruncido. Otro punto en contra. Estaba seguro de que los gemelos tendrían mucho que decir sobre las intenciones que albergaba hacia su hermana pequeña.

«A la mierda. Eres un capullo y no vas a parar hasta que diga que sí... ¡Por Dios, mira esas piernas!»

Silenció a la vocecita de su cabeza y apartó las imágenes que le mostraba, no sin antes echar un rápido vistazo a una en la que Aria enroscaba esas largas piernas en torno a su cintura y lo empujaba con ellas para que...

—Ey, colega.

Parpadeó.

Aria había desaparecido y en su lugar estaba Cam. La arruga de su frente era ahora como el puto cañón del colorado.

—¿Estás bien? Estabas hiperventilando o... algo así.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Sí —masculló, al tiempo que esbozaba la sonrisa más tensa de la historia de las sonrisas tensas—. Estoy cansado, solo eso.

Si le creyó o no, no dijo nada al respecto.

—Gracias por lo de esta noche.

Asintió y chocó el puño que le ofrecía el gemelo. No se relajó del todo hasta que este abandonó el salón y cerró la puerta principal.

Genial. Había entrado en la fase de ponerse cachondo con solo mirarla. ¿Qué cojones le estaba pasando?

Maldijo al darse cuenta de que, además, Aria había logrado escabullirse sin tan siquiera decir adiós. Necesitaba una ducha. Una ducha muy fría y un buen plan; uno al que la sirenita no pudiera decirle que no.

—Tu madre pondrá el grito en el cielo como te pille.

Aria se paró en seco a mitad de las escaleras. Llevaba puesto el bañador de entrenamiento y se había descalzado para hacer el mínimo ruido posible mientras se deslizaba fuera de la casa. Buscó los ojos de su padre, que la observaba desde la puerta de la cocina con una sonrisa comprensiva en los labios. Descendió los escalones que le restaban para alcanzar el piso inferior sin molestarse en seguir andando de puntillas.

—¿Qué tal tu pie? —preguntó el señor Donaldson, dando media vuelta para volver a la cocina—. Tu madre cree que no deberías ir sola a nadar.

Aria se encogió de hombros mientras le seguía. La personalidad de su padre no tendía tanto al drama ni resultaba tan agotadora como la de su madre. Era un hombre tranquilo y con una paciencia infinita. Lo adoraba. En cierto modo, Cam se parecía a él.

—Estoy bien.

La noche anterior, antes de meterse en la cama, había revisado la herida y estaba perfectamente cerrada. Todos los puntos se habían caído ya y no había rastro de una posible infección. Supuso que las molestias desaparecerían con descanso y así había sido, aunque el dolor se había trasladado a su cabeza en forma de resaca. Si bien, no debía haber ingerido una cantidad elevada de alcohol porque no se encontraba demasiado mal. Nada que un buen baño no pudiese eliminar.

En eso estaba cuando su padre la había interceptado. La señora Donaldson ya había advertido a su hija acerca de sus entrenamientos al aire libre, pero Aria no pensaba dejarlo.

—Aprovecha que tu madre ha ido al pueblo —la animó, guiñándole un ojo.

—Gracias, papá.

Robó una de las tostadas del plato que tenía delante y le dio un beso rápido antes de salir por la puerta trasera. Fue masticando mientras se dirigía a la orilla del lago. El cielo lucía totalmente despejado, de un color azul tan intenso que parecía irreal. La ausencia de brisa aumentaba la sensación de bochorno. Para cuando el sol alcanzara su cenit el calor resultaría insoportable.

Estaba deseando zambullirse y nadar. Tal vez así se olvidaría de lo sucedido la noche anterior. Había huido de Max, aprovechando que este se había quedado ensimismado. Se había lanzado al exterior y Cam casi había tenido que correr para alcanzarla. Pero ni la voz de su hermano gritándole para que le esperase había conseguido que aminorara la marcha. Lo único que quería era alejarse todo lo posible de la posada Donovan y del chico que la habitaba.

Llevaba en el agua alrededor de diez minutos cuando se percató de que otro nadador se le acercaba. Sus trayectorias no tardaron en cruzarse y, para su fastidio, Max se colocó a su lado.

—¿Qué se supone que haces? —inquirió, deteniéndose.

—Nadar. Pensaba que era bastante obvio.

Aria resopló.

—El lago es grande —indicó, abarcándolo con un gesto de la mano mientras pataleaba para mantenerse a flote—. Nada por otro lado. —Al ver que no se movía añadió—: Mira, sé que Lostlake puede llegar a ser aburrido, pero esto empieza a resultar molesto.

Él arqueó las cejas.

—¿Esto?

Ella lo señaló con un dedo y luego giro su mano para apuntarse a sí misma.

—Tú acosándome y apareciendo en todos lados —explicó, de mala gana—. No pienso convertirme en tu pasatiempo.

Sin una palabra más, se lanzó a brucear de nuevo. Max la imitó y, por mucho que ella se esforzó para dejarlo atrás, él mantuvo su ritmo en todo momento. Había que reconocer que estaba en forma.

Se dedicó a ignorarle y seguir adelante, aunque era demasiado consciente de sus elegantes movimientos. Para ser un jugador de fútbol, se desenvolvía muy bien en el agua.

Aria no se detuvo hasta alcanzar su destino, el pequeño arenal en el que solía descansar antes de regresar a nado hasta su casa. Muy a su pesar, no pudo evitar admirar el cuerpo de Max cuando este la siguió fuera del agua. Había esperado que llevase un bañador de tipo bermuda, y no un *slip* de competición que dejaba al desnudo también sus piernas. Tanto éstas como su torso y sus brazos estaban perfectamente musculados, producto del intenso entrenamiento al que era sometido durante la temporada. Tenía un cuerpo de escándalo.

Se esforzó por apartar la vista, pero cuando Max sacudió la cabeza y decenas de gotitas salpicaron en todas direcciones, apenas fue capaz de mantener la boca cerrada. Contempló cómo daba un par de saltitos y giraba el cuello, desentumeciéndolo.

El chico se percató de su insistente mirada y sonrió para sí mismo. Lo estaba observando con un interés más que evidente.

—No pillas las indirectas, ¿no? —se quejó Aria, percibiendo la arrogancia en su sonrisa.

—¿Qué indirecta?

A ella le dieron ganas de abofetearlo. Estaba segura de que disfrutaba tomándole el pelo.

—Si alguien se marcha sin despedirse, tal vez sea porque quiere perderte de vista. —Suspiró, antes de proseguir—. Te repito que no voy a convertirme en tu pasatiempo, Max. Búscate a otra a la que acosar.

Él se fue acercando con andar decidido, sin dejar de mirarla, y Aria se sintió como una pobre gacela a punto de caer presa de las garras de un león. En sus ojos ardía un brillo salvaje que consiguió que se estremeciera.

—La cuestión es que tú pareces lo suficientemente interesante como para entretenerme todo el verano —replicó, aún a sabiendas de que eso le molestaría—. Y seguro que yo puedo entretenerte a ti.

Aria soltó una carcajada cínica.

—¿De verdad ligas con ese rollito de perdonavidas presuntuoso?

El chico invadió su espacio personal, deteniéndose demasiado cerca.

—¿Quién dice que esté intentando ligar? —cuestionó, reacio a perder la oportunidad que su comentario le había proporcionado.

Aria enrojeció, avergonzada.

En el instituto, los chicos como él no prestaban atención a las chicas que no se encontraban dentro de su mismo estatus social. Por eso seguía sin comprender por qué Max parecía empeñado en perseguirla y, mucho menos, por qué insistía en tener una cita con ella. Tal vez lo único que buscara era denigrarla como había hecho con Lea.

—Lárgate, Evans —le espetó, olvidándose de la vergüenza provocada por su anterior comentario.

Max inspiró profundamente. En cuestión de segundos Aria había cambiado su actitud desafiante

por otra cargada de rabia. Él empezaba a disfrutar de sus respuestas rápidas y sarcásticas, a pesar de que no dejara de soltarle pullas, pero en ese instante lo que emanaba de ella era hostilidad pura.

—Discutir contigo es agotador —expuso, tratando de encauzar la conversación—. ¿Qué tal una tregua? ¿Un pacto de no agresión veraniego? —agregó, cuando Aria lo fulminó con la mirada.

Dios, era terca, no había duda.

—Nadie te ha pedido que estés aquí —señaló ella—. Si te agoto, no tienes más que marcharte y no volver.

Decidió que ya había descansado suficiente. Rodeó al chico y se dirigió al agua, rezando para que no la siguiera.

—¡Joder, Aria! ¡Ni siquiera me conoces de verdad!

La chica intentó obligarse a ignorarlo, quizás así terminara por cansarse y dejarla en paz, pero el deseo de hacerle saber lo que pensaba de él fue más fuerte que su voluntad.

Se giró para enfrentarlo.

—Sé todo lo que tengo que saber sobre ti —le dijo, con no poco desprecio—. Sé que no te preocupó destrozarle la vida a mi prima y, de rebote, joderme también la mía. Creo que con eso es más que suficiente. —No le importó el gesto herido que asomó a su expresión. Se lo merecía; eso y mucho más—. Estoy segura de que ni siquiera le has pedido perdón.

A ella, desde luego, no se lo había pedido, aunque con toda probabilidad ni siquiera se habría dado cuenta de los «daños colaterales» que sus acciones habían provocado hasta que ella misma se lo había dicho. Para él, Aria no había existido hasta hace unos días.

Ese pensamiento la puso aún más furiosa.

Se volvió y se internó en el lago, zambulléndose para bucear varios metros y no tener que escuchar una posible réplica.

Max Evans podía pudrirse en el infierno.

Se impuso a sí misma un ritmo extenuante, impulsada por la rabia. Trató de concentrarse tan solo en el ejercicio, la tensión de sus músculos, su respiración... Pero sus intentos cayeron en saco roto cuando descubrió al chico nadando de nuevo a su lado. No se molestó en protestar. Nadó y nadó hasta alcanzar la orilla frente a la residencia de su familia y, al llegar, prácticamente corrió y se metió en la casa sin siquiera mirarle.

Max la observó lanzarse a la carrera en dirección a la puerta trasera mientras él permanecía, consternado, con el agua hasta la cintura. Tuvo que admitir que el intenso rechazo que le profesaba Aria le fastidiaba. Para ser sinceros, le fastidiaba mucho. Soportaba de buen grado que lo retara y que no dudara en hacerle frente, incluso disfrutaba con ello. Pero cuando las cosas se ponían feas, como en aquel momento, su visceral odio le sacaba de quicio.

«Tan solo es una chica cualquiera. Otra de tantas», se dijo, herido en su amor propio.

Ni siquiera sabía por qué estaba insistiendo tanto para conseguir una cita o, lo que era más sorprendente, que permitiera que se conocieran y fueran amigos. Era la prima de su ex y lo mejor sería mantenerse alejado de ella.

Salió del agua y puso rumbo a la posada, decidido a no recorrer más el camino entre las dos casas en lo que quedaba de verano.

La luz de un nuevo día inundaba ya su dormitorio cuando Max se rindió y se incorporó en la cama. No había dormido demasiado bien. El sueño se había mostrado reacio a llegar la noche anterior. Se acostó enfadado con Aria por su comportamiento y por lo que le había dicho, luego pasó a enfadarse consigo mismo por darle tanta importancia, y más tarde su objetivo fue Lea. El ciclo se repitió una y otra vez hasta que terminó gruñendo contra la almohada y enfadado con el mundo en general; incluso con sus padres por haberle arrastrado hasta aquel maldito pueblo.

Su móvil le mostró un mensaje de Sean. El hermano de Aria quería saber si le apetecía que hicieran algo de ejercicio juntos, decía que estaría hasta el mediodía en el jardín trasero de la casa por si se animaba a acompañarle. Apartó el teléfono a un lado sin molestarse en contestar.

Era probable que Aria ya se encontrara nadando en el lago, realizando su sesión de entrenamiento matutina. Un día antes su estrategia se basaba en buscarla cada mañana y nadar junto a ella. En algún momento la convencería de que no pensaba rendirse. Pero tras la huida que había protagonizado la chica, se prometió olvidarse de ella.

Sin embargo, cuando quiso darse cuenta estaba junto a la ventana, barriendo con la mirada cada rincón del lago. No tardó demasiado en dar con ella. Casi había alcanzado el mismo punto de la orilla que les sirviera de punto de descanso el día anterior. Se quedó allí de pie, observándola hasta que salió del agua y se puso a hacer algunos estiramientos.

«Sí que soy un jodido acosador.»

El pensamiento consiguió apartarlo de la ventana.

Se planteó hablar con Lea, pero de inmediato descartó la idea recordándose su promesa de no continuar persiguiendo a su prima. No iba a perder más el tiempo con aquella chica.

Tres días después, Aria entraba en la cocina y tomaba asiento junto a su padre. Sean también estaba ya desayunando, algo raro porque no solía madrugar. Si bien, en esta ocasión, la que había tardado en abandonar la cama había sido ella. A esas horas ya debería estar metida en el agua, pero le estaba costando mantener el horario que ella misma se había marcado.

No había vuelto a saber nada de Max. A la mañana siguiente de su discusión, una parte de ella había esperado encontrárselo de nuevo. No apareció. Aria asumió que por fin había captado sus pocos sutiles indirectas y pensaba dejarla en paz. Aquello debería haberla hecho feliz y, sin embargo, se había sentido decepcionada. Algo que no admitiría de ninguna manera ni siquiera frente a sí misma.

—¡Buenos días, hija! ¿Has dormido bien? —El señor Donaldson la observó con el ceño fruncido.

Aria apenas consiguió gruñir una respuesta. Estaba de un humor de perros y todo cuanto deseaba era meter la cabeza en una bañera repleta de café. Tal vez así su mente se despejaría y dejaría de tener pensamientos absurdos con Max Evans como protagonista.

—¿Qué pasa, hermanita? —tercio Sean, hundiendo la cuchara en un bol de cereales—. ¿Una mala noche?

Aria le dedicó una mueca y se dispuso a desayunar. Su padre y su hermano continuaron charlando mientras terminaban sus propios desayunos, hasta que Sean reclamó de nuevo su atención.

—¿Por qué estás tan callada? —Aria señaló su plato, sin ganas de hablar—. Ya deberías estar protestando o algo por el estilo.

La chica enarcó las cejas, confusa.

—¿Y eso por qué?

Sean se encogió de hombros.

—Es lo que haces siempre. Hablar por los codos y quejarte de todo. ¿Qué es lo que te pasa?

Para su sorpresa, su padre asintió, dándole la razón.

—¡Eh! No es eso lo que hago —replicó, indignada—. ¿Tanto te aburre este pueblo que tienes que meterte conmigo?

—Eres la niña de las respuestas para todo —intervino su padre, en tono conciliador—. Cuando no dices nada, nos preocupamos.

Su hermano sonrió y no dudó en hacer su propio apunte:

—Una contestona, eso es lo que eres en realidad.

Aria puso los ojos en blanco.

—No me pasa nada —gruñó, de peor humor incluso que antes.

Su padre, sentado en el taburete que había junto a ella, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—No le hagas caso a tu hermano. A mí me gusta que lo cuestiones todo.

—Oye, ¿sabes algo de Evans? —terció Sean, cambiando de tema. Ella negó con la cabeza y se sirvió una porción de huevos revueltos y un vaso de zumo—. Los del pueblo van a jugar un partido amistoso y esperaba poder contar él, pero no responde a mis mensajes.

Aria sintió una punzada de preocupación. ¿Le habría pasado algo? Desde su llegada a Lostlake se había tropezado al muchacho día sí, día también, y de repente parecía que se lo hubiera tragado la tierra. No sabía si los Evans ya habrían regresado o Max continuaría solo en la posada.

La señora Donaldson irrumpió en la cocina y le plantó una cesta con flores, varias conservas y una botella de vino justo al lado de su plato.

—Ten. —Fue todo cuanto dijo.

Aria se quedó mirándola sin saber qué se suponía que tenía que hacer con aquello.

—Si vas a empezar a suministrar bebidas alcohólicas a tus hijos, sugiero que empieces por los mayores —se burló su hermano.

La mujer agitó la cabeza y le dio un pellizco en el brazo.

—No digas tonterías, Sean. Es para los Evans —explicó, volviendo sobre sus pasos con un lazo rosa entre las manos. Lo anudó al asa de la cesta y contempló satisfecha el resultado—. Aria se la llevará.

—¿Qué?! ¡No! ¿Por qué yo?

Sean soltó una carcajada.

—Contestona —susurró, tapándose la boca con la servilleta para que su madre no lo oyera—. Quejica.

Pero la burla sí que llegó a oídos de Aria y del señor Donaldson. Este le dio una palmadita en la espalda al muchacho antes de levantarse.

—Sé bueno con tu hermana.

—Lo harás —insistió la mujer, haciendo gala de su severidad habitual.

—Que vaya Sean —sugirió ella, con la esperanza de no tener que poner un pie en aquella casa—. Acaba de decir que quería ver a Max.

Su hermano desvió la vista a la cesta y alzó las manos, mostrándoles las palmas.

—A mí no me miréis. No pienso ejercer de comité de bienvenida.

La señora Donaldson chasqueó la lengua.

—Sé amable —le dijo a su hija—. El chico de los Evans se ha mostrado muy gentil contigo.

Aria se esforzó para no resoplar al escucharla. Solo su madre podía emplear palabras como gentil para referirse a un muchacho de dieciocho años que el único interés que había mostrado era el de conseguir una chica para hacer su verano más *llevadero*.

Sí, también la había llevado a la consulta de Simons cuando se había herido en el pie, pero cualquier persona normal lo hubiera hecho teniendo en cuenta que se había desmayado en mitad de la carretera. Eso no contaba.

—Iré —murmuró, solo para no tener que aguantar a su madre, sabía que no cedería.

De paso podía comprobar que la desaparición del idiota de Max no se debiera a que se hubiera caído por las escaleras, o cualquier cosa por el estilo, y estuviera retorciéndose de dolor tirado en el suelo de su casa. La imagen le hizo sonreír, aunque acto seguido se despreció por ello.

Bien, todo lo que tenía que hacer era ir hasta la posada y llamar al timbre. Con suerte, la recibiría el padre o la madre del muchacho, le entregaría la cesta y se marcharía sin más. Si era Max el que abría la puerta, siempre podría lanzársela a la cabeza y salir corriendo.

En realidad, sería más justo enviar a su prima, quitarse del medio y que se las arreglaran entre ellos. Eso era, sin duda, lo que debería hacer. Sin embargo, después de terminar el desayuno, cuando abandonó la cocina con la cesta entre las manos, pasó de largo la residencia de sus tíos y acudió sola hasta la posada. Por algún motivo incomprensible, no deseaba que Lea y Max se dedicaran a limar asperezas. Se convenció de que solo era debido a que, si eso ocurría, el chico acabaría incluido en los planes y salidas durante los meses siguientes, y lo último que deseaba era tenerle que ver la cara todos los días.

«Ya, porque no lo has extrañado nada de nada durante estos tres días», se burló una insidiosa voz en su cabeza.

Aria la ignoró y apretó el paso, diciéndose que lo mejor sería acabar con esto cuanto antes.

Golpeó la puerta de la entrada con extremada suavidad, casi con miedo, y esperó. Tal vez no hubiera nadie; podría dejar la cesta en el porche y con eso habría cumplido con la tarea. La ilusión no le duró mucho. Escuchó pasos en el interior y, segundos más tarde, la puerta se abrió. Contuvo el aliento hasta que se encontró frente a frente con el rostro amable de la señora Evans.

—¡Aria! ¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó la mujer.

Su tono era dulce y cantarín, y tan sincero que quedaba claro que no estaba siendo simplemente cortés. Parecía la clase de mujer que podría consolar a alguien con solo el sonido de su voz.

Por un momento, Aria sintió envidia de Max. Odiaba el trato disciplinado que le dispensaba siempre su propia madre.

La señora Evans la envolvió con sus brazos antes de invitarla a entrar.

—Es para usted —comentó Aria, entregándole la cesta—. Un detalle de mi madre.

—Tutéame, por favor. Puedes llamarme Clare y así no me sentiré tan mayor. —Soltó una pequeña risita y tomó el regalo de entre sus manos—. Dale las gracias a tu madre y dile que lo haré yo misma en cuanto pueda acercarme a visitarla.

Aria asintió. Enlazó sus propias manos, ahora vacías, y las retorció con nerviosismo. Cuando Clare se dirigió a la cocina, ella la siguió.

La estancia contaba con dos grandes ventanales que la dotaban de una intensa luminosidad. Era amplia, con muebles de color blanco y electrodomésticos completamente nuevos. La reforma que los Evans habían realizado era completa en todos los sentidos.

La madre de Max colocó la cesta en la esquina de la encimera y se situó junto a la isleta central, plagada de utensilios y diversos ingredientes. El aroma a masa recién horneada hizo que las tripas de Aria protestaran a pesar de que acababa de desayunar.

—Max me ha dicho que irás a Berkeley el próximo curso. Me alegra que vaya a tener a alguien conocido cerca —comentó la mujer, mientras sus manos amasaban de forma mecánica.

Le resultó extraño que Max hubiera hablado con su madre de ella, aunque supuso que tal vez esta le hubiera preguntado después de la comida del sábado.

—Sí, he estado trabajando muy duro este año para conseguir entrar —replicó, con orgullo.

Obvió la segunda parte de su comentario. No creía que Max y ella fueran a compartir planes o grupo de amigos en el campus.

Clare hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

—Ha sido un año difícil también para Max. No lo ha pasado demasiado bien. Incluso ahora... ya sabes.

No. Aria no tenía ni idea de a qué se refería, pero no quiso sacar a la mujer de su error en lo que respectaba a lo *mal* que lo había pasado, al menos en los últimos meses. La mujer le caía bien y no tenía la culpa de las insensateces cometidas por su hijo.

Una bandeja se deslizó frente a sus ojos y el agradable olor que flotaba en la estancia se intensificó. Clare pasó unas cuantas galletas a un plato, sujetándolas con la punta de los dedos para no quemarse.

—Max está en su habitación. ¿Por qué no te llevas estas y las compartís?

Aria no sabía cómo rechazar su ofrecimiento sin parecer descortés. Buscó una excusa con

desesperación, pero la tierna mirada de la señora Evans no le permitía pensar. Cuando quiso darse cuenta el plato estaba ya entre sus manos.

—Arriba. Segunda puerta a la derecha —le indicó, regalándole otra de sus sonrisas radiantes.

Estaba segura de que aquella mujer conseguiría cualquier cosa que se propusiera haciendo uso tan solo de la curva de sus labios y su armoniosa voz.

Tardó tanto en llegar al piso superior como sus lentos movimientos le permitieron. Hasta que se encontró frente al dormitorio de Max y ya no hubo mucho más que hacer para retrasar lo inevitable. En un acto reflejo, tiró hacia abajo del dobladillo de su vestido mientras mantenía la bandeja en equilibrio con una sola mano.

La puerta estaba abierta. Se asomó al umbral y, para su alivio, no había nadie dentro. Dio unos pocos pasos más, cediendo a la curiosidad. El dormitorio estaba presidido por una cama enorme con un cabecero de madera oscura que contrastaba con el edredón blanco y que, al igual que el resto de los muebles —una cómoda, un armario y una estantería medio vacía— combinaban entre sí. Las paredes estaban desprovistas de cualquier elemento decorativo y, en un rincón, se apilaban varias cajas de cartón aún por abrir. Todo olía a nuevo, aunque bajo ese aroma se percibían también notas de un olor familiar, el de Max.

La ventana que daba al lago estaba abierta de par en par y contaba con un asiento tapizado bajo ella. Las vistas debían ser increíbles desde allí.

Aria giró sobre sí misma y se topó con algo que no había visto. La pared que había quedado a su espalda se encontraba ocupada en gran parte por una inmensa fotografía en blanco y negro. Tardó un instante en reconocer a su protagonista: Max. Lo habían retratado de perfil, sin mirar directamente a la cámara. Sus párpados estaban a medio camino y sus labios entreabiertos parecían dejar escapar un suspiro. Se trataba de un primer plano, por lo que apenas si se percibían detalles del lugar en el que la habían realizado.

Era obvio que el fotógrafo le había dado relevancia al modelo y, muy a su pesar, Aria entendía el porqué. Al margen de lo que pensara del Max real, en la imagen desprendía vulnerabilidad. Su expresión triste le provocó multitud de emociones y casi parecía que, de un momento a otro, el chico giraría la cabeza para devolverle la mirada. Era sencillamente maravillosa. Fuera quien fuera el autor, tenía mucho talento.

Si pensarlo, estiró la mano y repasó con los dedos la línea de su mentón.

—¿Te gusta? —preguntó una voz masculina a su espalda—. Porque puedes quedarte con ella.

Aria escondió la mano tras su cuerpo, avergonzada de que la hubiera pillado *toqueteándolo*. Encaró a Max y la saliva se le atragantó a mitad de garganta. Lo único que llevaba encima era una toalla en torno a las caderas. De su pelo, empapado, resbaló una gota que descendió por su cuello, reclamando la atención de sus ojos.

—La odio —añadió él, acercándose a la cómoda.

Sacó algo de ropa y la depositó sobre el mueble.

Ella trasladó su mirada de nuevo a la fotografía y rezó para que no se le ocurriera desprenderse de la toalla para vestirse.

El ambiente de la habitación se hizo más denso, como si se hubiera cargado con la llegada del muchacho, y, a pesar de la brisa que se colocaba por la ventana, Aria estaba convencida de que su temperatura corporal había aumentado en varios grados.

Se aclaró la garganta.

—¿La odias? —inquirió, sin esconder su perplejidad. No comprendía cómo podía disgustarle—. Es magnífica.

Y eso era mucho decir por su parte teniendo en cuenta quién era el protagonista de la instantánea.

Max apoyó la cadera en la cómoda y su expresión se suavizó.

—Es obra de mi madre —explicó, con tono neutro—. La fotografía es su pasión y la ejerce de un modo semiprofesional. De vez en cuando realiza incluso algunas exposiciones. Es muy buena —admitió, finalmente, y Aria pensó que debía ser en lo primero que se ponían de acuerdo—. Siempre dice que su único deseo es mostrar a los demás cómo ve ella lo que le rodea.

Aria frunció el ceño.

—Por eso no te gusta esta foto en concreto.

Mostraba a un Max vulnerable y triste, alguien perdido. Aria se preguntó por qué habría elegido Clare immortalizar ese momento y por qué permitía él que siguiera colgado en la pared de su dormitorio. No se atrevió a preguntar ni una cosa ni la otra.

Fuera como fuese, a ella le resultaba fascinante.

Permaneció ajena al chico varios minutos, con la vista fija en la imagen, y Max aprovechó, a su vez, para contemplarla a ella. Llevaba un vestido de tela fina que no sobrepasaba la mitad de sus muslos y que envolvía sus curvas con suavidad, como si las abrazara. El escote redondeado espoleó su imaginación y tuvo que esforzarse para no dar rienda suelta a su lujuriosa mente.

No podía evitar sentir cierta inquietud al verla tan concentrada en su retrato. Los labios entreabiertos, la barbilla ligeramente alzada, y sus ojos recorriéndolo de un lado a otro para no perderse nada. El pelo le caía formando ondas sobre la espalda. Sintió deseos de ir hasta ella y apartar su melena para descubrir la delicada piel de su nuca y depositar allí un beso, algo que Aria no permitiría en modo alguno.

Permaneció inmóvil, recordándose la promesa que no había dejado de repetirse a sí mismo desde hacía tres días.

—Dudo de que hayas venido hasta aquí para traerme el desayuno —señaló Max, y ella desvió la mirada a la bandeja que continuaba llevando entre las manos.

Aria dio un paso adelante y la colocó en el mueble, junto a su ropa.

—Tú dirás —agregó él, dándose la vuelta y situándose frente a la ventana.

La chica tardó un instante en reaccionar. La versión de Max de la pared la había trastornado de tal forma que estaba luchando por reconciliar al Max que conocía con aquella imagen.

—Mi madre me envió con un regalo para la tuya —explicó—, y luego Clare creyó que nos gustaría compartir sus galletas.

Trató de dotar a sus palabras de un matiz de fastidio, pero lo único que logró fue que su comentario sonara infantil y estúpido.

—Ya has cumplido —replicó el chico—. Vete.

Aria pensó que había escuchado mal.

—¿Perdón?

Max tomó asiento en el banco de la ventana. Se inclinó hacia delante y, cansado, se frotó el puente de la nariz.

—Ya puedes irte.

Su tono no mostraba desprecio ni ninguna otra emoción, pero eso no evitó que el enfado de Aria aumentara.

—No tienes por qué ser maleducado.

El comentario le arrancó a Max una carcajada. Se levantó y avanzó hacia ella, que fue retrocediendo hasta que su espalda tropezó con la pared.

—¿Qué más da cómo me muestre contigo? —murmuró él, a pocos centímetros de su rostro—. Tú ya sabes que soy así. Es más, maleducado seguro que se queda bastante corto. Solo te estoy dando la razón.

La chica se estremeció por su cercanía. Lo tenía prácticamente encima y, aunque no se tocaban, podía percibir el calor que emanaba de él. Abrumada, puso las manos sobre su pecho y le empujó para ganar espacio. Una vez más, el contacto con su piel le provocó una descarga que se extendió desde sus dedos y ascendió por sus brazos para recorrer todo su cuerpo.

La determinación de Max flaqueó durante unos segundos. No entendía por qué le afectaba tanto que ella le tocara cuando ni tan siquiera se trataba de una caricia. Más bien intentaba quitárselo de encima.

—Esto solo viene a confirmar que soy el capullo que crees que soy, ¿no? —señaló, apretando los dientes.

Las manos de Aria se cerraron en sendos puños, evitando al menos que sus dedos le rozaran. Empujó de nuevo.

—Más bien un gilipollas —soltó, consiguiendo que él se apartara por fin.

En realidad, Aria estaba más decepcionada que enfadada. Los días anteriores le había repetido hasta la saciedad que era eso lo que pensaba de él y, ahora que Max lo aceptaba, las piezas seguían sin encajar en su mente.

—¿Por qué has estado pidiéndome salir entonces?

La pregunta abandonó sus labios sin que se parara siquiera a valorarla. No sabía si quería escuchar la respuesta, seguramente no iba a ser agradable.

Max regresó junto a la ventana. Se resistía a darle el golpe de gracia. Sin embargo, dijera lo que dijera, Aria seguiría pensando lo mismo de él; no sin razón. No valía la pena esforzarse para hacerle cambiar de parecer.

Tomó aire antes de contestar.

—Supongo que por aburrimiento. A veces hago cosas estúpidas —afirmó, sin mirarla—. Ambos sabemos que los chicos como yo no salen con chicas como tú.

Su último comentario, en realidad, no tenía intención de resultar ofensivo, pero eso era algo que solo Max sabía. Aria lo interpretó como una alusión despectiva hacia su persona y aquello la encolerizó. Su mirada osciló entre el muchacho y la fotografía que colgaba de la pared, y decidió que la imagen del retrato era algo así como una ilusión óptica, producto del gran talento de la señora Evans.

—Nunca saldría con alguien como tú —le espetó ella, empleando toda la dignidad que consiguió reunir.

—Tampoco yo.

Y, de nuevo, Max jugó con las palabras a su antojo.

«Tampoco yo saldría con alguien como yo».

Aria atravesó el recibidor de la casa como una exhalación. Ya tenía la mano alrededor del pomo de la puerta principal cuando escuchó a Clare llamarla desde la cocina. Hizo una mueca y valoró la idea de fingir que no la había oído. No sirvió de mucho. Antes de que tomara la decisión la señora Evans estaba junto a ella.

—¿Ya te marchas?

Asintió. El nudo de su garganta no le permitió responder de otra forma.

Clare echó una mirada a las escaleras, como si esperase que Max descendiera por ellas en cualquier momento. Exhaló un largo suspiro.

—Tal vez puedas sacar tiempo para estar con Max. —El comentario pilló a Aria tan desprevenida que no atinó a disimular su desagrado—. Es un buen chico.

Sin añadir nada más, Clare le abrió la puerta.

Ella asintió de nuevo, más por cortesía que por otra cosa. No le gustó mostrarse tan fría con una mujer que solo parecía querer ayudar a su hijo, aunque Aria no pensaba que necesitara ninguna ayuda.

Tras despedirse y salir al exterior, emprendió el camino de vuelta a casa. Tuvo la sensación de que alguien la observaba. Si hubiera alzado la vista hasta las ventanas del primer piso, se hubiera dado cuenta de que así era.

Max se dejó caer sobre la cama, más desganado si cabe que antes de la visita de su irritante vecina. Su madre irrumpió en la habitación poco después.

—Me cae bien —comentó, acudiendo a su lado y sentándose en el colchón.

—Yo a ella no.

Clare rió. Sus dedos, largos y elegantes, apartaron con cariño varios mechones de la frente del muchacho. Pensó en decirle que era hora de que se lo cortara un poco, pero decidió dejarlo para otro momento en el que su hijo estuviera más receptivo.

—Hace un día espléndido. ¿Por qué no sales a dar una vuelta?

Max chasqueó la lengua con evidente fastidio.

—No tengo ganas, mamá.

Clare permaneció en silencio, reflexionando, y Max cerró los ojos.

—Es guapa. —Volvió a abrirlos. En los labios de su madre bailaba una sonrisa que le hizo fruncir el ceño—. Y parece inteligente.

«Preciosa y muy lista, y también terca como una mula», pensó Max, aunque dadas las circunstancias no podía reprochárselo.

—También es la prima de Lea —señaló él, con un suspiro.

—Olvídate de Lea. No dejes que esa chica ejerza más poder sobre ti del que ya le has dado.

«Como si eso fuera tan sencillo.»

—Mamá, no estoy de humor.

Clare se tumbó a su lado y clavó la vista en el retrato que había insistido en colocar en aquel dormitorio.

Entre ellos había existido una relación muy estrecha desde siempre. Max acudía a su madre tanto para compartir sus momentos de felicidad como cuando necesitaba su ayuda, hasta que entró en la adolescencia. La llegada al instituto convirtió a sus amigos y compañeros de equipo en receptores de la confianza que hasta ese momento recibía Clare, algo que la entristeció pero contra lo que no pudo hacer nada.

Si bien, durante el último año algo había cambiado y, pocos meses antes del final del curso, Max había recurrido de nuevo a ella en busca de apoyo. El motivo de esa necesidad supuso un gran disgusto para su madre, pero no dudó en darle el refugio y la ayuda que necesitaba, o al menos eso era lo que había intentado por todos los medios.

—No es mi intención que sea un recordatorio cruel —comentó Clare, refiriéndose a la fotografía—. Solo quiero que, al contemplarla, recuerdes las consecuencias de tus decisiones y que no olvides que hay mucho más en tu interior de lo que alguna gente verá.

Max se revolvió en el sitio.

—Lo sé, mamá. Ya me lo has explicado y lo entiendo.

Clare sonrió a pesar del tono gruñón de su hijo.

—Bien. Pues ahora haz el favor de vestirte. Estás mojando la cama —le reprendió, aunque su tono fue cariñoso—. Y sal de estas cuatro paredes a que te dé el aire.

Aria odió cada minuto del día que pasó pensando en Max. ¿Por qué no podía quitárselo de la cabeza? ¿Por qué no dejaba de ver su rostro cada vez que cerraba los ojos? Pero no la expresión resentida que le había dedicado antes de que abandonara su dormitorio, sino la que se plasmaba en aquel dichoso retrato.

Pensó en la extraña petición de la señora Evans. ¿No era ya Max mayorcito para buscarse sus propios amigos?

«Ve a nadar», se dijo. Tal vez eso la ayudase a distraerse.

No había entrenado esa mañana, enfadada como estaba, pero el atardecer tampoco resultaba un mal compañero para sumergirse en el lago. El cielo se iría oscureciendo poco a poco mientras ella luchaba consigo misma para mejorar sus marcas.

—Vamos al pueblo —comentó Cam, cuando entró en el salón. Le echó un vistazo a su bañador—. No vienes, ¿no?

—Quiero nadar un rato.

Sean descendió por las escaleras y se situó junto a su hermano. Aria le echó un vistazo a su indumentaria. Cam vestía un pantalón negro y un jersey fino de color celeste, mientras que Sean iba de negro riguroso. Aunque fuera su hermana, comprendía que las chicas se volvieran locas por ellos. Eran muy guapos y tenían una sonrisa encantadora. Sean contaba con un historial de aventuras impresionante para alguien que acababa de cumplir los veintiuno. Cam, por su parte, era más partidario de las relaciones estables. Había tenido una novia en el instituto, Dana, con la que estuvo dos años, pero la cosa se enfrió cuando él se marchó a la universidad y, por lo que sabía, ella comenzó a salir con otro poco después. Aun así, su lista de conquistas tampoco era precisamente corta.

—¿Vais a una cita doble o algo así?

Cam le lanzó una mirada a su gemelo.

—Algo así —contestó, dejando claro que se trataba de una de las encerronas de Sean.

Este lo empujó hacia la puerta principal.

—Llegaremos tarde.

—Ya llegamos tarde —precisó Cam, pero se puso en marcha—. Ten cuidado en el lago, hermanita.

—Eso, no queremos que tengan que rescatarte de nuevo —apostilló Sean, burlón.

Aria le enseñó la lengua.

Cuando oyó el motor del coche arrancar, recordó algo y corrió al exterior. Cam ya había metido la marcha atrás y se disponía a girar para enfilarse el camino de acceso a la casa. Al verla, pisó el freno.

—¿Os habéis encontrado a Luka estos días? —preguntó, con cierta cautela.

La expresión de Cam se ensombreció, pero negó con la cabeza.

—Todavía no.

—No hagáis ninguna tontería —les advirtió.

Sean esbozó la clase de sonrisa que indicaba que eso era precisamente lo que pensaba hacer.

—Sean.

El aludido alzó las manos y compuso una expresión inocente.

—Tú reza para que no se cruce en nuestro camino —intervino Cam, muy serio.

Aria le dio un puñetazo en el hombro.

—Sé cuidar de mí misma.

—Pues demuéstralo, sirenita. Demuéstralo.

La sesión de entrenamiento en el lago la dejó tan agotada que picoteó algo y, tras una ducha, se fue a la cama. Sin embargo, todo lo que hizo en las horas siguientes fue dar vueltas y vueltas de un lado a otro del colchón. Sus padres ya dormían y también sus hermanos, a los que había oído llegar y meterse en su habitación bromeando entre susurros. Al rozar la medianoche, se dio por vencida.

De puntillas, atravesó la casa en silencio hasta llegar a la cocina y salir por la puerta trasera. La piel se le erizó en cuanto puso un pie en el exterior. Frotándose los brazos, tomó asiento en los escalones y se dedicó a matar el tiempo observando el reflejo de la luna sobre la superficie en calma del lago. Fue todo lo que hizo durante varios minutos, hasta que algo distorsionó la imagen que le servía de distracción. Alguien cruzó nadando a pocos metros de la orilla frente a la residencia de los Donaldson. La oscuridad no le permitía ver de quién se trataba, si bien, se hizo una idea de la identidad del nadador nocturno cuando este salió del lago a la altura de la posada Donovan. Reconoció no solo su figura sino también la forma en que agitó la cabeza para desprenderse del exceso de agua de su pelo.

Max.

¿Era eso lo que hacía? ¿Nadar de noche para no coincidir con ella? Tal vez estuviera siendo demasiado vanidosa y no tuviera nada que ver.

Estuvo tentada de ponerse en pie. Estaba segura de que, si lo hacía, y él miraba en su dirección, la vería a la luz del farolillo que iluminaba el porche. Incluso sin esa luz, ella era capaz de verlo a él.

Sin un motivo concreto, decidió no revelar su presencia y lo observó recorrer descalzo el tramo que lo separaba de su casa. Aunque luego se reprendió por quedarse mirándole como si fuera algo fascinante y no un tipo odioso y arrogante al que no debería mirar dos veces.

«Los chicos como yo no salen con chicas como tú».

Sus palabras la habían herido más de lo que deseaba admitir ante sí misma. Quería convencerse de que no le importaba, de que, tal y como le dijo, ella nunca saldría con alguien como él. Pero continuaba doliendo.

Apretó el músculo de la mandíbula y, cargando una vez más con su rabia, regresó a su habitación. El sueño tardó en llegar. Cuando lo hizo, estuvo plagado de imágenes en blanco y negro de un chico triste al que ella se moría por besar.

A la mañana siguiente, Aria se encontró, sin quererlo, caminando por la calle principal de Lostlake en compañía de su madre. Esta había insistido en que fuera con ella a Sunny's, lo más parecido a un club de campo que había en el pueblo. Restaurante, bar, cafetería y una terraza amplia en el exterior, además de un extenso campo de hierba y mesas de picnic bajo los árboles, que completaban la oferta de entretenimiento. Sean y Cam acudían con frecuencia a disputar algún que otro partido para quemar el exceso de energía. Para su madre, en cambio, era el lugar de reunión con las amigas con las que contaba verano tras verano en aquel pueblo.

Aria no se mostró demasiado entusiasmada, pero no tenía mucho más que hacer y la señora Donaldson podía llegar a ser muy, muy insistente cuando deseaba algo. Lea, por su lado, contaba con planes para todo el día. Su estatus en el pueblo no se había resentido, al menos por ahora, y su vida

social era bastante más intensa que la de Aria.

Conforme avanzaba por la calle de camino al Sunny's, echó un vistazo al embarcadero del club náutico y se percató de que había un chico sentado al final de este.

—Ahora te alcanzo —le dijo a su madre—. Iré enseguida —añadió, resoplando, al ver la expresión contrariada de su madre.

La señora Evans la dejó marchar y ella se encaminó hacia el pequeño edificio en el que se ofrecían clases de esquí acuático y otras tantas actividades. Pasó de largo; sus ojos clavados en la figura del muchacho por el que un año atrás había suspirado.

—¿Qué pretendías? —escupió, sin rodeos.

Ni siquiera se molestó en saludar.

Luka se mantuvo con la vista fija en el lago, pero sus hombros se hundieron ligeramente y Aria supo que la había escuchado.

Tenía un perfil atractivo, de labios gruesos y nariz recta. El pelo húmedo indicaba que debía estar descansando entre clase y clase.

—¿No vas a contestar? —insistió. Su enfado creciendo por momentos.

Aria se habría derretido al verlo allí, sentado con las rodillas dobladas y los codos apoyados sobre ellas, vestido con tan solo unas bermudas. La piel dorada de sus hombros relucía bajo el sol. Sin embargo, todo lo que sentía era asco.

Lo irónico era que posiblemente Luka hubiera conseguido lo que buscaba con algo más de paciencia. A Aria le había gustado mucho, muchísimo en realidad.

—Ahórrate la charla. Alguien me la ha dado ya por ti —repuso él, con sarcasmo.

Cuando por fin ladeó la cabeza para encararla, Aria se sobresaltó al descubrir el hematoma que adornaba su pómulo. Era de un intenso color púrpura salpicado de puntitos rojos y, por lo inflamado de la zona, comprendió que debía ser reciente.

Le hirvió la sangre al pensar que sus hermanos habían desoído sus advertencias. Era más que probable que hubiera sido cosa de Sean, si bien, Cam también podría haber perdido los papeles al encontrarse con el muchacho.

—¿Sean o Cam? —exigió saber.

Tal vez hubiera debido mostrar preocupación por Luka, pero fue incapaz. Aunque no era de las que creían en la violencia como la solución a los problemas, no pudo evitar sentir cierta satisfacción.

—Ha sido otro el que ha salido en defensa de la dama —se burló Luka, y su tono casi consiguió que Aria lo abofeteara y rematara la faena—. Evans. Parece que el musculitos quiere un dos por uno familiar. He oído que Lea y él...

—Cállate, Luka —le cortó, repartiendo la indignación entre él y el hecho de que Max se hubiera entrometido en algo que no era de su incumbencia.

Luka frunció los labios y se puso en pie. Hizo amago de acercarse a ella, pero su expresión furiosa lo disuadió.

—Sabías que las bebidas llevaban alcohol —le dijo, convencido—. Vamos, Aria, no eres de esas chicas tontas que se lo tragan todo.

Tras el comentario, soltó una risita que la ofendió aún más.

—¿De qué estás hablando?

Aria cruzó los brazos, a la defensiva, y se obligó a no retroceder a pesar de que Luka estaba demasiado cerca para su gusto.

—Me parece que lo sabes.

No tenía ni idea de a qué se refería, y las posibilidades que desfilaron por su mente no le hicieron la más mínima gracia. ¿Le había dicho algo Max? ¿Se habría inventado alguna mentira sobre ellos?

Aquello terminó de consumir su paciencia.

—No te creas todo lo que te digan —le espetó, aún sin saber si Luka simplemente le estaba tomando el pelo o había algo más.

Acto seguido, dio media vuelta y se marchó, dejándolo plantado y con una respuesta asomando a sus labios. No le importaba lo que tuviera que decirle. Todo en lo que podía pensar era en ir hasta el Sunny's, hacerse con las llaves del coche y dirigirse a la posada Donovan.

El *quarterback* le debía unas cuantas explicaciones.

Para su disgusto, sus deseos no se vieron cumplidos hasta por la tarde. Su madre se negó en redondo a prestarle el coche para regresar a pesar de que la señora O'Brian se ofreció a acercarla luego.

La obligó a almorzar con ellas y a tragarse una sobremesa que se alargó lo que a Aria le pareció una eternidad. Con el paso de las horas, su estado de ánimo no había hecho más que empeorar. Estaba más que cabreada. Estaba furiosa.

—¿Está Max en casa? —le preguntó a la señora Evans en cuanto esta le abrió la puerta. Se reprendió mentalmente por su falta de educación—. Buenas tardes, Clare.

Ella enarcó las cejas y la miró con curiosidad.

—Arriba —señaló, sonriendo—, si no ha vuelto a escaparse por la ventana.

Le guiñó un ojo y Aria se mostró indecisa por primera vez desde que se había encontrado con Luka.

—Tengo que hablar con él —se excusó, dirigiéndose a las escaleras.

—Si ha sido capaz de cabrearte así, supongo que se lo merece. Pero no seas demasiado dura con él.

Aria sintió deseos de complacerla, si bien, la rabia seguía estando allí, latiendo en su interior. Se limitó a asentir y subió los escalones de dos en dos. Irrumpió en el dormitorio como un maldito agente de las fuerzas especiales en un asalto policial, pero la ira se convirtió en frustración en cuestión de segundos. No había nadie.

Dio dos vueltas sobre sí misma y sus ojos volaron hasta el retrato. Los apartó con rapidez. No quería mirarlo. Fue hasta la ventana y contempló el lago, suspirando. Un sonido le llamó la atención y, al bajar la vista, se encontró con que Max la observaba desde la planta inferior. Estaba tumbado en una hamaca que colgaba de las vigas del porche trasero, balanceándose de forma perezosa.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitación? —preguntó él, alzando la voz.

Aria no se molestó en responder. Regresó al interior y trotó escaleras abajo en su busca. Max la recibió con una sonrisa y, de inmediato, Aria deseó borrarla de un puñetazo.

Otra idea sustituyó a esa. Se acercó hasta él y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que pretendía, tiró de la tela de la hamaca, desequilibrándolo. El chico rodó y apenas si le dio tiempo a colocar las manos por delante para no terminar dando con los dientes sobre la madera del suelo.

—¡Joder! —protestó, levantando la barbilla para mirarla—. ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

Aria lo apuñaló con la mirada.

—¿Qué le has dicho a Luka? —inquirió, sin atisbo de remordimientos por lo que acababa de hacer.

Tras un breve instante, un brillo de comprensión apareció en los ojos de Max.

—Oh.

—¡Oh?! —Aria quería estrangularle.

No solo por lo de Luka, sino también por lo que le había dicho la última vez que se habían visto. Sus palabras seguían rebotando en su mente como un eco infinito.

—¿Qué le dijiste?

Max se puso en pie y se sacudió el pantalón con calma, sin apresurarse a darle una respuesta. Sabía que estaba mal pero le encantaba verla así, furiosa, con las mejillas encendidas y esa férrea determinación. Tenía carácter, no podía negarlo, y eso, a pesar de la promesa que se había hecho, le ponía a cien.

—Le pegaste —señaló Aria, impaciente por arrancarle una confesión.

—Se lo merecía.

Aria agitó la cabeza.

—No necesito que nadie me defienda. —Pronunció cada palabra sílaba a sílaba, y se preparó para rebatir el consiguiente comentario de macho alfa que estaba segura de que él soltaría.

—Lo sé —admitió él, por contra—. Te bastas y te sobras tú solita. No me cabe duda.

Aquello la desarmó. Durante un momento no supo qué decir.

—Pero quería hacerlo —prosiguió el muchacho, encogiéndose de hombros—. Me repatea que intentara aprovecharse de ti. O de cualquiera otra, ya puestos —agregó, de forma atropellada.

Vale. Eso no se lo esperaba, menos aún teniendo en cuenta el historial de Max.

—Viniendo de ti... —murmuró, sin pensar.

Max clavó en ella sus ojos azules, pero no había rabia sino dolor. No estaba enfadado sino triste. Y aquello la desconcertó aún más. ¿A qué estaba jugando?

—¿Qué más le dijiste?

Parte de su cabreo se había evaporado aunque no entendía del todo el motivo. Que Max defendiera su *honor* era, cuanto menos, irónico. Tenía que haber más. ¿O habría sido el comentario de Luka tan solo una desacertada coincidencia? A pesar de todo, Aria se resistía a pensar que el *quarterback* hubiera sido capaz de contarle al chico el lío de la maldita foto.

—El único sonido que intercambié con él fue el de mi puño estampándose contra su cara. —Max suspiró al ver su expresión de desconfianza. Era obvio que no le creía—. Lo siento, ¿vale? No debí inmiscuirme. No tenía derecho.

Aria no sabía qué contestar, a este paso se lo diría todo él solito. Había esperado algo más del tipo: «Yo, Tarzán. Tú, Jane», y una nube de testosterona emanando de él.

Se derrumbó sobre uno de los bancos pintados de blanco que había en el porche.

—Es un gilipollas —sentenció, algo más calmada.

—Sí, hay muchos de esos por aquí.

Aria no pudo evitar reír, consciente de que se estaba refiriendo a sí mismo.

Se frotó las sienes, exhausta. ¿Dónde había quedado toda la ilusión que la había acompañado a su llegada a Lostlake?

Max tomó asiento a su lado. Ahora más que nunca, y a pesar de la firme promesa que se había hecho, deseaba conocer más a Aria. Ya no sabía si era por pura tozudez o había algo más profundo detrás de aquella absurda necesidad, pero tampoco quería pensarlo demasiado. En ese momento, ansiaba una oportunidad real de demostrarle que no era un gilipollas aunque eso fuera lo que le había dado a entender un minuto antes.

La observó con disimulo mientras ella continuaba con la mirada clavada en las tablas del suelo. Mechones de pelo le caían a ambos lados de la cara, ocultando sus mejillas, y tuvo que esforzarse para no alargar la mano y apartarlos.

Pensar en lo que el imbécil de Luka había intentado hacer le revolvió el estómago. Aunque, tal y como le había dicho, estaba seguro de que Aria podía defenderse por sí misma, y eso le resultaba

extremadamente sexy. Tanto como todas esas ocasiones en las que le había plantado cara durante los días anteriores.

—Lo siento —repitió, y supo que sus disculpas incluían mucho más que el simple hecho de haberle atizado a Luka. Se obligó a hacérselo saber—. Siento lo que te he hecho pasar este año en el instituto.

Aria ladeó la cabeza y una arruga apareció en su frente. Lo observó durante unos instantes.

—Eso no arregla nada, Max. —Suspiró—. Tú... Lo que hiciste...

No se atrevió a continuar. Ambos sabían lo que había hecho.

—Fue un error —repuso él, pasándose la mano por la nuca—. ¿Nunca has cometido un error?

Max odiaba todo aquello. Lo había odiado desde el momento en el que la imagen comenzó a circular por el instituto, continuó odiándolo cuando discutió con Lea, y seguía odiándolo ahora a pesar de las decisiones que había tomado. Su madre hacía bien manteniendo el jodido retrato en su habitación, así no se le olvidaría lo estúpido que había sido.

«Cuéntaselo», sugirió una tentadora voz.

Como si ella fuera a creerle.

La miró una vez más. Aria se mantenía en silencio a su lado, con las manos sobre sus rodillas desnudas y la vista perdida más allá del lago. Aun con el ceño fruncido y esa expresión de intensa concentración, resultaba preciosa, fuerte y al mismo tiempo delicada. Se preguntó en qué estaría pensando, si habría alguna posibilidad de que admitiera lo que había pasado meses atrás como un error estúpido. Si tal vez le permitiría mostrarle más de él y podrían llegar a ser amigos; quizás algo más...

Tras varios minutos en silencio, Aria dirigió su atención al muchacho.

—Hagamos un pacto —sugirió ella, aunque Max detectó un leve titubeo en su voz.

Incluso así, la esperanza latió en su pecho y comprendió que, por absurdo que fuese, quería que ella le conociese de verdad.

—¿Un pacto?

Aria asintió.

—Tú te mantienes alejado de mí y yo dejo de gritarte a todas horas.

En esta ocasión, fue él el que frunció el ceño.

—Pues vaya mierda de pacto —soltó, sin más.

No quería mantenerse alejado de ella.

Su mente se rió de él. ¿A qué venía esa condenada obsesión? Estaba a un paso de la universidad y ese era otro mundo. Más libertad de la que nunca había imaginado y una nueva vida por comenzar. Esos meses estivales solo eran un breve *impass*.

—No quiero pasarme el verano así —terció ella, y de repente pareció agotada.

Max recordó su promesa, esa que se había hecho por estar más dolido de lo que quería reconocer. En realidad, era también lo que ella quería: mantener las distancias.

Apenas si tardó un segundo en tomar una decisión.

—Te ofrecí pasar conmigo *más* que un verano —replicó, recobrando la actitud juguetona que a ella tanto le sacaba de quicio. Aria resopló—. Hagamos otro pacto, el tuyo no me gusta. Déjame llevarte a esas pozas que he descubierto. Una mañana, solo eso. Luego prometo que te dejaré en paz.

Max no estaba seguro de poder cumplir con su última afirmación, visto lo mal que se le daba lo de las promesas.

Aria se lo pensó tanto que supo que iba a negarse.

—Está bien —dijo al final, sorprendiéndole—, pero Sean y Cam están también invitados.

Max bufó ante la sugerencia.

—¿Vas a llevarte a dos carabinas? Pues vaya una cita —protestó, aunque sabía que, si eso era todo lo que ella le ofrecía, lo tomaría igualmente.

—Es que NO va a ser una cita. Tan solo es una excursión.

—Ya que estamos, también podrías traerte a Lea y la fiesta sería completa.

—No me tientes —replicó Aria, pero no pudo evitar sonreír.

«La chica de las sonrisas ha vuelto», celebró él para sí.

Acompañados o no, Max pensaba aprovechar al máximo cada uno de los segundos que pasara con ella y, como no, también se aseguraría de que no fuera los últimos.

—¡Aria!

El grito de Sean resonó por las escaleras hasta llegar a sus oídos. Le respondió con idéntica potencia.

—¡Ya voy!

Terminó de meter la sudadera en la mochila y se la colgó a la espalda, rezando por no arrepentirse de todo aquello.

¿En qué estaba pensando para dejarse convencer por Max? No sabía qué era peor, si disponerse a pasar toda una mañana con él, o hacerlo, además, en compañía de los gemelos. En su momento había creído que era una buena idea, una especie de red de seguridad, pero ya no se lo parecía tanto. ¿Qué pensaba? ¿Qué Max iba a intentar besarla o algo así?

El pensamiento solo consiguió aumentar su inquietud.

El *quarterback* los esperaba sentado en el porche delantero de la posada. Al verlos aparecer entre los árboles, alzó la mano a modo de saludo y se puso en pie. Llevaba un pantalón cargo con multitud de bolsillos y una camiseta blanca que se ajustaba a su pecho de forma escandalosa. Aria podría haber señalado uno a uno todos los músculos que conformaban el torso humano de haber conocido todos sus nombres.

El chico le dedicó una sonrisa radiante cuando se plantó ante él. Se observaron sin decir nada; sus miradas enredándose durante varios segundos.

—¿Nos vamos? —inquirió Cam, sacándolos de su ensimismamiento.

Aria apartó la vista de Max con un poco esfuerzo.

—Sí, ¿nos vamos?

Fue hasta su hermano y se colgó de su brazo, ansiosa por deshacerse de las dispares emociones que la embargaban cuando miraba a Max.

De la posada Donovan salían varios senderos en distintas direcciones. Max les indicó uno de ellos y el pequeño grupo se puso en marcha.

—¿Queda muy lejos? —inquirió Sean, y a Aria le recordó a un niño pequeño que no ve el momento de llegar a su destino.

—Hay que caminar un buen trecho —explicó Max, palmeándole la espalda al gemelo—. Disfruta del paseo.

Pero este no pareció muy conforme.

—¿Por qué no vamos en coche?

Aria resopló ante las quejas de su hermano. Todos eran, en mayor o menor medida, deportistas que estaban en buena forma. Un paseo no les mataría, y era justo de eso de lo que se trataba.

—Deja de protestar, Sean —le reprendió, girándose y dando varios pasos de espaldas para poder mirarlo.

Cam mantuvo el brazo en torno a la cintura de Aria, sujetándola por si tropezaba, y aquel pequeño detalle hizo que Max comprendiera que preocuparse por ella era algo innato en los hermanos; un instinto nacido del fuerte cariño que se profesaban. Él era hijo único, no estaba acostumbrado a ese tipo de relación.

Anduvo tras ellos y muy cerca de Sean, hasta que este aceleró el paso y se situó junto a ellos.

Según proseguían recorriendo el camino de tierra que zigzagueaba entre los árboles, Aria se fue quedando retrasada. Observaba lo que le rodeaba con atención y no dejaba de mirar hacia su derecha, donde se encontraba el lago. Parecía que el agua la estuviese llamando de forma silenciosa.

Max, sin embargo, no podía apartar los ojos de ella. La chica se había recogido la larga melena rubia en una coleta alta que oscilaba a cada paso que daba en un vaivén sin fin, acompañando el movimiento sensual de sus caderas. Vestía unas bermudas que no sobrepasaban la mitad de sus muslos y que marcaban de forma perfecta su trasero. El atuendo lo completaban unas botas de montaña en tonos tierra y una camiseta de tirantes blanca, bajo la cual asomaban los cordones del bikini. Max se moría de ganas de verla zambullirse en el agua tan solo con esa prenda.

Aceleró el ritmo y se colocó a su altura. Aria desvió su atención hacia él.

—He cumplido con tu condición —le dijo, señalando a los gemelos—, pero yo tengo otra para ti. Ella ladeó la cabeza, contrariada, y permaneció a la espera—. Tienes que permitirte disfrutar de esto.

Aria enarcó las cejas.

—¿Quién dice que no lo estoy disfrutando?

Max soltó una carcajada, y Sean y Cam se volvieron al escucharle reír.

—Tu expresión —replicó, ignorando las miradas curiosas de sus hermanos—. Parece que fueras de camino a un funeral. —Ella negó. Tuvo que insistir—. Si ya estás de morros, esto no tiene sentido. Relájate, no voy a lanzarme sobre ti.

No estaba muy seguro de poder cumplir con esa última frase. Con mala cara o no, incluso con los labios fruncidos por el disgusto, empezaba a resultarle una auténtica proeza no inclinarse sobre ella para probar su sabor. Estaba seguro de que resultaría deliciosa.

Aria intentó no verse afectada por la intensidad de la mirada que Max le estaba dedicando. Pese a todo, un escalofrío descendió por su espalda cuando sintió la cálida caricia de los ojos de este sobre sus labios. Fue casi como si la estuviera tocando.

—Tienes razón —suspiró, muy a su pesar.

Cuando Max había insistido en realizar la excursión a la mañana siguiente —a riesgo de que si esperaban más tiempo, ella se arrepintiera—, se había mentalizado para afrontarlo como una penitencia que tuviera que cumplir. No iba a negar que su aversión hacia él seguía manteniéndose casi intacta pero, ya puestos, y teniendo en cuenta que Sean y Cam también formaban parte de la expedición, sabía que lo mejor era intentar pasárselo bien. No porque esperara *descubrir* a un nuevo Max, sino más bien por una cuestión meramente práctica.

O al menos eso era lo que se decía.

—Haré un esfuerzo —agregó, y forzó una sonrisa.

Max puso los ojos en blanco al ver la mueca.

—Mientes fatal.

Le dio un pequeño empujoncito y el rostro de Aria ganó una pizca de naturalidad. Max lo tomó como un pequeño triunfo.

Cam echó un vistazo por encima de su hombro. El *quarterback* y su hermana caminaban tan juntos que sus brazos prácticamente se rozaban. Le hizo un gesto a Sean.

—¿Qué pasa? —preguntó él, sin captar lo que Cam quería que viera.

—Míralos bien. Están tonteando.

—No seas exagerado —replicó, restándole importancia—. Max es un buen tío. Deportista, casi

tan bueno como yo —alardeó.

Cam tenía una vena muy sobreprotectora con Aria. No llevaba bien eso de que se le acercaran chicos. Sean, por el contrario, solía darle algo más de cuerda.

—Sí, casi como tú, que le metes mano a todo lo que lleve falda —terció Cam—. Solo que esa falda es la de nuestra hermana, imbécil.

Los ojos de Sean se estrecharon mientras observaba a la pareja avanzar uno al lado del otro. Tras varios segundos, se encogió de hombros.

—Si Aria estuviera interesada en él, no nos hubiera convencido para que viniésemos con ella —comentó, reacio a preocuparse sin motivo—. Y si Max hace alguna gilipollez, ya le partiremos la cara.

Cam no dijo nada más. En realidad, Max le caía bien. Sin embargo, sabía que la forma en la que el *quarterback* miraba a su hermana suponía suficiente motivo de preocupación. Y lo peor era que, no sabía exactamente por qué, tenía la sensación de que entre Max y Lea las cosas no habían acabado lo que se dice bien. Si aquel niño pretendía jugársela también a su hermanita, iba a tener que vérselas con él.

—¿Te das cuenta de que ya no es una niña? —apuntó Sean, sacándolo de sus cavilaciones—. Con todo lo que eso conlleva. Probablemente ya... ya... Tú ya me entiendes.

La expresión de su gemelo dejaba claro a qué se estaba refiriendo.

Cam apartó de inmediato ese pensamiento de su mente.

—¡Joder! ¡Cállate, quieres! No estás ayudando.

Sean tuvo que reírse. Cam había perdido cualquier rastro de color del rostro. No era que a él le hiciera demasiada gracia la idea de que su hermana mantuviera relaciones sexuales pero, precisamente él, no era quién para reprenderla por ello. A pesar de que sabía que Aria y Cam estaban muy unidos, de los dos gemelos, era Sean el que veía en Aria a alguien lo suficiente madura como para tomar sus propias decisiones al respecto. Su hermana no era tonta.

—Le daré una charla sobre las bondades del uso del preservativo —repuso, solo para picar a su hermano.

El comentario le valió una colleja que casi acaba con él tragando tierra en el suelo.

Después de más de una hora de caminata, estaban a punto de alcanzar su destino. El bosque se había hecho mucho más frondoso y el sendero prácticamente había desaparecido. No era una zona demasiado transitada ni por los locales ni por los turistas que llegaban cada año a Lostlake.

Max había descubierto el lugar por casualidad, una tarde en la que había sentido la necesidad de perderse y aislarse de todo y de todos. Sabía que, apenas unos metros más adelante, aparecería ante ellos la primera de las pozas, la más espectacular por contar con una cascada de unos cinco metros de altura.

El sonido del agua ya llegaba hasta sus oídos.

Estaba seguro de que a Aria le resultaría fascinante, dada la expresión de serenidad que inundaba su rostro cada vez que ponía los ojos sobre cualquier extensión de agua que le permitiera nadar.

Se adelantó un poco a ella con la intención de no perderse su reacción cuando descubriera por qué había insistido tanto en traerla hasta allí. Evitó a toda costa reflexionar sobre la extraña necesidad que tenía de arrancarle más de esas sonrisas sinceras que tan caro parecía vender. Si era terquedad, una forma de resarcirse del daño que le había causado en el instituto, u otra cosa

totalmente diferente, había decidido no pensar demasiado en ello.

Aria contuvo el aliento al contemplar el lugar. Se olvidó de que Max estaba a su lado, incluso dejó de escuchar los gritos de sus hermanos que ya habían soltado las mochilas y estaban quitándose la ropa, sin pararse siquiera a admirar la belleza que les rodeaba.

El agua fluía sin descanso cayendo por una cascada y arremolinándose más adelante, para luego reducir su flujo y adquirir un aspecto tranquilo en la zona más alejada de donde se encontraban. Las orillas eran casi en su mayoría de roca, salvo un estrecho recodo de arena que apenas si permitiría ser ocupado por dos personas. El tono azulado del fondo se veía salpicado de zonas verdosas e incluso algunas de un reluciente blanco, producto de la procedencia caliza de parte de las rocas. Y los árboles, apiñados unos contra a otros, repartían su sombra de forma desigual a lo largo de toda la zona.

Era una pequeña maravilla de la naturaleza y Aria no entendía cómo era posible que no conociera aquel lugar.

No pudo evitar que sus labios se curvaran. El brillo del sol formaba reflejos sobre la superficie y parecía invitarla a adentrarse cuanto antes en el agua, sin contar con lo agradable de la temperatura y el calor debido a la caminata.

—¿Te gusta?

La pregunta, o más bien el tono de indecisión con el que se había formulado, hizo que desviara la vista hacia Max. Sus ojos tropezaron con el pecho desnudo de este y, por un momento, se olvidó de lo que le había preguntado.

Max agitó la camiseta frente a sus ojos y esbozó una sonrisita traviesa.

—Aquí arriba —le dijo, señalando su rostro.

Las mejillas se le calentaron por la vergüenza.

«Aria, no vayas por ahí. Es el tipo odioso e inmaduro que no dudó en hundir a Lea y de paso a ti misma», se recordó, aunque en ese momento fuera incapaz de encontrarlo tras los ojos azules que la observaban risueños.

Max había admitido el error que había cometido al enviar aquella foto y, a Aria, le pareció que estaba de verdad arrepentido. Sin embargo, ella no podía olvidarlo. No solo por lo que había sufrido meses atrás, sino porque Lea era su prima, su familia, y no estaba dispuesta a perdonar lo que le había hecho pasar a ella y lo que tendría que seguir aguantando el curso que viene.

Ni siquiera debería estar allí.

—¡Ey! Lo prometiste —le recordó Max, al percibir el cambio en su expresión.

Sin pensarlo, levantó la mano y deslizó los dedos por su mejilla, rozando con descuido la comisura de sus labios. La caricia envió miles de descargas en ambas direcciones. Tanto Aria como él se estremecieron. Ella alzó la cabeza y los dedos de él resbalaron hasta su barbilla. Durante ese breve instante de contacto, Max deseó no haberse comportado como un imbécil en el pasado y ella olvidar quién era él y lo que había hecho.

—¿Una sonrisa? —pidió Max, en voz queda, a pesar de que en realidad lo que quería era tirar de ella y asaltar su boca.

¡Joder! La atracción que esa chica le provocaba iba a volverlo loco.

La tensión aumentó cuando los labios de Aria se entreabrieron dejando escapar un suspiro.

Quería beberse su aliento; bebérsela entera. Sorbo a sorbo. Con calma primero y con desesperación después.

—¿Te contentarás con eso? —terció ella, aunque se moría de ganas de sonreír de forma estúpida—. ¿Solo una sonrisa?

«No. Quiero más»

—Sí...

Su respuesta se vio interrumpida por el alarido que soltó Sean justo antes de echar a correr y saltar al agua, salpicándolos a todos en el proceso.

—¡Hostia puta! —exclamó el gemelo al asomar a la superficie—. Está helada.

Aria rio a carcajadas, renunciando a negarse la posibilidad de pasarlo bien, sin importar con quién estuviera. Corrió hasta donde estaba Cam y dejó caer su mochila. Apenas si le llevó unos segundos deshacerse de la ropa y seguir los pasos de su hermano. Cam también reía, aunque él se tomó su tiempo para desvestirse.

Max se recreó en la escena a placer, sobre todo en la parte en la que Aria se acercaba a la poza ataviada con un bikini naranja mucho más sugerente que los que solía emplear para entrenar. Devoró con la mirada cada una de sus curvas, su vientre plano, sus largas y torneadas piernas... hasta que tuvo que concentrarse en otra cosa, no fuera que su propio cuerpo lo traicionara y terminara mostrando a los gemelos lo atractiva que le resultaba su hermana.

Las risas de unos y otros se escucharon en el bosque durante largo rato. A pesar de la baja temperatura del agua, tanto los tres hermanos Donaldson como Max, saltaron desde las rocas haciendo piruetas y gritando, eufóricos. Los gemelos fueron a por Aria y la agarraron de pies y manos, para luego lanzarla por los aires sin remordimiento alguno. Todos, sin excepción, cayeron víctimas de alguna broma.

El humor de Aria fue mejorando conforme se permitió relajarse. Ni siquiera recordó que esa era una de las condiciones del pacto. Realmente se lo estaba pasando bien. Incluso cuando Max, pillándola desprevenida, se le acercó por detrás y la izó para cargarla sobre uno de sus hombros. Acto seguido, se dejó caer con ella al agua.

Cuando se recobró, Aria le devolvió el favor encaramándose a su espalda para hundirle, riendo como una niña pequeña en plena travesura.

—Vamos a saltar desde arriba —informó Sean, antes de desaparecer por un lateral.

Había que escalar una empinada pared de rocas para llegar a lo alto de la cascada, pero Aria sabía que eso no detendría a sus hermanos. Empezó a patalear para llegar a la orilla y quitarse de en medio, pero Max enlazó los dedos alrededor de uno de sus tobillos y tiró hacia atrás.

—¿Tú también te vas a atrever? —la interrogó, situándola entre su cuerpo y la cascada.

—Mi instinto de conservación está algo más desarrollado que el de esos dos.

Mientras hablaba, se vio obligada a retroceder. La corriente la empujaba hacia Max, y este, a su vez, se movía muy discretamente en su dirección.

—Mmm... ¿seguro? Estás aquí conmigo, eso no dice mucho en favor de tu buen juicio.

La ausencia de la hostilidad que normalmente se desataba entre ellos le dio la seguridad para bromear al respecto. Le complació que ella respondiera curvando los labios.

—Ya, bueno, hay locuras y... *locuras* —replicó, guiñándole un ojo.

Max acortó un poco más la distancia con un objetivo claro: llevarla hasta el hueco que sabía que existía detrás de la cascada, lejos de las miradas de sus protectores hermanos. No creía poder

resistir ni un minuto más sin probar el sabor de sus labios. Era probable que Aria le cruzara la cara luego pero... ¡Santo Dios! No era capaz de pensar en otra cosa.

—¿Y yo? ¿Qué clase de locura soy?

Aria se percató de que si retrocedía más, acabaría metida directamente bajo el salto de agua. Sin embargo, Max no le dio opción. Nadó hacia delante y la arrastró hasta atravesar la cascada. Ella cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, se hallaba al otro lado, con una pared de fría piedra contra la espalda y Max pegado a su cuerpo, mirándola como si se hubiera convertido en el bocado estrella de un menú de degustación. La expresión hambrienta de su rostro y su cercanía anularon el sonido de las alarmas que se encendieron en su cabeza, llevándose consigo la cordura y la sensatez.

—Quiero besarte, Aria —se sinceró él, con la voz ronca y mucho más grave que hace un momento.

Pasó una mano tras su nuca y con la otra buscó apoyo en la roca.

A Aria, demasiado consciente de lo que iba a suceder, su propio cuerpo le traicionó. Sus labios se entreabrieron y elevó la barbilla, y sus piernas decidieron enredarse en las de Max. Eso fue, sin duda, más de lo que el *quarterback* podía resistir. Atacó su boca con voracidad, con todo el ansia que había estado acumulando desde que se encontraran días atrás, y en su pecho vibró un gruñido de satisfacción al saborear por fin la calidez de su lengua. Era aún mejor de lo que esperaba, mejor que nada de lo que hubiera experimentado antes.

Ese pensamiento le sorprendió —¡tan solo se estaban besando!— y, sin embargo, no era capaz de detenerse. Ahora que la había probado, quería más, muchísimo más.

Aria apenas lograba procesar lo que estaba sucediendo. Percibía los labios de Max deslizándose contra los suyos y su lengua acariciando cada rincón de su boca. La sensación era tan brutal que resultaba imposible no rendirse a ella. Se abandonó a la exigencia de su boca y a su propia necesidad, amoldándose a su pecho y ladeando incluso la cabeza para profundizar en aquel ardiente beso.

—¡Aria! ¡Aaaariaaaa!

El eco de los gritos rebotó en la pequeña caverna en la que se encontraban, amortiguado por el incesante flujo de agua.

—¡Max!

Ese nombre, en labios de su hermano —no distinguió de cual—, la arrancó del trance en el que se encontraba. Se separó de él de forma precipitada, sintiéndose avergonzada, pero también añorando el contacto en el mismo momento en que lo hizo.

«¡Joder!»

Antes de que quisiera darse cuenta, su mano se estampó contra la mejilla de Max fruto de una reacción puramente instintiva.

—Esperaba algo así —murmuró él, frotándose la zona.

Ni siquiera parecía enfadado. Tenía un «me lo tengo merecido» grabado en la mirada.

—¿Y por qué demonios lo has hecho?! —replicó ella, fuera de sí.

Max la observó apenas unos segundos y una de sus comisuras se elevó.

—Porque no podía hacer otra cosa.

Ambos se observaron, temblando, más por la excitación que por el frío.

—¡Aria! —Un nuevo grito, pero esta vez supo que se trataba de Cam.

Rodeó a Max y atravesó la cascada sin mirar atrás, temerosa de lo que pudiera encontrar en su

mirada.

Sus hermanos respiraron aliviados al verla aparecer por fin. Ella les dedicó una sonrisa tranquilizadora a pesar de que su corazón latía a tal velocidad que percibía el retumbar sordo de sus latidos dentro del pecho.

—Hay una pequeña cueva —explicó, para no quedarse allí en medio sonriendo como la imbécil que se sentía—. Investigábamos.

Sean soltó una risita y Cam enarcó una ceja.

Max emergió en ese instante a su lado y su cuerpo respondió tensando absolutamente todos y cada uno de sus músculos. Sin embargo, el *quarterback* le guiñó un ojo y se alejó nadando en dirección al recodo de arena.

«Oh, mierda, Aria. Acabas de besar al mismísimo Max Evans.»

—¡Tenéis que subir aquí! —gritó Sean, desde el borde superior del salto de agua—. Hay unas cuantas pozas más.

Cam, a su lado, dio varios pasos atrás y no titubeó siquiera antes de lanzarse al vacío. Su gemelo no tardó en seguirle entre carcajadas.

Los juegos continuaron entre ellos, pero Aria prefirió tumbarse sobre una gran roca y observarlos. Mientras dejaba que el sol le calentara la piel, su aspecto transmitía serenidad, nada que ver con la tormenta interior que amenazaba con engullirla. Max la había besado. Había sido tan solo cosa de unos pocos segundos en el que sus bocas se habían unido, tan solo eso o, más bien, *todo* eso. Luego lo había abofeteado y él ni tan siquiera se había quejado al respecto. ¡Lo esperaba!

Todavía podía sentir la presión de sus labios contra su boca.

Gimió para sus adentros, preguntándose cómo demonios había podido dejarse llevar de esa forma. Aunque la cuestión que más le preocupaba era otra... Le había gustado. Le había gustado muchísimo, en realidad.

Trató por todos los medios de no buscarlo con la mirada, pero una y otra vez se encontraba observándolo. Él había elegido para descansar la zona de arena que quedaba justo en la orilla opuesta y no apartaba la vista de ella salvo cuando alguno de los gemelos reclamaba su atención. Sus miradas no eran precisamente inocentes, estaban cargadas de emociones que Aria no quería pararse a analizar. Si seguía así, incluso sus hermanos se darían cuenta de que pasaba algo entre ellos.

Sean la salpicó desde el interior de la poza.

—¿Ya te has cansado de chapotear? —le dijo, alzándose para ir a sentarse junto a ella. Sin esperar respuesta, se inclinó y le habló en voz baja—. ¿Tú y el *quarterback*? A Cam le dará un infarto.

Aria se envaró, incapaz de disimular ante su hermano.

—Nosotros... nosotros no...

—Reserva tus excusas para Cam —se rio él. Le sorprendió que no estuviera ya sermoneándola al respecto—. A mí me basta con que seas prudente.

Aria se esforzó por recobrar la compostura.

—No va a haber nada entre él y yo.

Sean rió aún con más fuerza.

—Hay matrimonios que empezaron con esa frase, hermanita. Mira, a mí me da igual lo que hagas, ya eres mayorcita, pero es el ex de Lea y yo que tú iría con cuidado —agregó, apoyando las manos sobre la roca y recostándose hacia atrás—. Ya sabes lo pesadita que puede ponerse cuando algo no sale como ella quiere. Por cierto, ¿por qué lo dejaron?

Recibir consejos amorosos de Sean ya era bastante extraño, pero que le preguntara acerca de los motivos de la ruptura de Lea y Max la dejó fuera de juego.

—Ya te lo contaré en otro momento —le dijo, solo para distraerlo.

Hizo una seña en dirección al *quarterback* para que pensara que no quería decir nada con él ahí, pero ni por un momento iba a hablarle de la foto de la discordia. Por mucho que Sean se mostrara tan despreocupado en ese momento, las cosas cambiarían radicalmente si llegaba a enterarse de lo sucedido.

Poco rato después, fue Cam el que se le acercó y le preguntó, de forma disimulada, acerca de su desaparición tras la cascada. Aria se sintió enrojecer bajo la atenta mirada del gemelo y balbuceó lo primero que se le ocurrió. En realidad, en condiciones normales, ni siquiera tenía por qué esconderse de sus hermanos. El año anterior había estado saliendo con un compañero de clase durante varios meses y no lo había ocultado, pero lo de Max era diferente. La culpabilidad por desear algo que no debería, no le permitía desafiar los intentos por protegerla de sus hermanos.

Con el sol en mitad del cielo, decidieron tomar el tentempié que habían llevado consigo. Comieron en un pequeño claro a pocos metros de la poza, sentados en círculo y con gran apetito. Max ofreció a todos algunas de las galletas que su madre había preparado y no pudo evitar sonreír al ver a Aria comiéndose las pepitas de chocolate antes de meterse el resto de la galleta en la boca.

—Este sitio es una pasada —comentó Sean, dándole un trago a su refresco.

—Sí, lo es —coincidió ella—. No puedo creer que ninguno lo conociéramos con los años que llevamos veraneando aquí.

Comieron y charlaron sobre el inminente partido que jugarían pocos días más tarde. Sean era como un polvorín que fuera a explotar en cualquier momento si no quemaba el exceso de energía a tiempo, y Max también parecía bastante entusiasmado ante la perspectiva de realizar un poco de ejercicio.

El intercambio de miradas fue constante, incluso cuando se dispusieron a recogerlo todo y regresar a casa. Si se acercaban demasiado, lo que fuera que fluía entre el *quarterback* y ella parecía ganar intensidad, y las sonrisas seductoras que él no dejaba de dedicarle tampoco ayudaban en nada. Una parte de Aria agradecía la presencia de sus hermanos, gracias a eso no tendría que hacer frente a la locura que acababa de cometer; al menos por ahora.

El camino de vuelta fue algo más tranquilo que el de ida. Estaban cansados pero felices; todos habían disfrutado muchísimo de la excursión. No obstante, la inquietud de Max crecía conforme deshacían la ruta que los había llevado hasta allí. Estaba claro que la promesa que se había hecho carecía ya de valor alguno. Su control había saltado por los aires y, la verdad, había merecido la pena.

—¿Podemos hablar un momento?

La pregunta llamó la atención de Aria, a la que iba dirigida, y también de sus hermanos. Sean chocó el puño con Max a modo de despedida y prosiguió en dirección a la residencia de los Donaldson.

—¿Cam? —llamó a su hermano, antes de perderse entre los árboles, sabiendo lo mucho que le costaría dejar a Aria a solas con el *quarterback*.

—Ha estado bien. —le dijo el gemelo a Max—. Nos vemos en el partido.

Max asintió y esperó hasta que alcanzó a su hermano y los perdió de vista. Se giró hacia la chica, que no había dicho ni una sola palabra.

—Yo... siento lo de antes —se excusó, aunque no quería pedir disculpas por haberla besado.

Lo que de verdad deseaba era besarla de nuevo, besarla hasta que se le hincharan los labios y tuviera que parar a recuperar el aliento; deslizar las manos por la curva de su espalda y acercarla a su cuerpo para que encajara en él. Deseaba...

—Siento haberte abofeteado —repuso Aria, sorprendiéndole una vez más—. Pero...

Oh, no. Ahí venía el «pero». Eso sí que estaba dentro de lo normal. Alzó la mano para evitar que hablara. Sin embargo, eso no la detuvo.

—No va a volver a pasar, Max.

Al menos no le llamaba Evans.

Suspiró y se esforzó por encontrar una forma de convencerla. No se le ocurría nada.

Aria se mordió el labio inferior. Max llevaba razón en algo. No le conocía. Todo lo que sabía de él eran los rumores y cotilleos que recorrían el instituto, y era consciente de que muchos no casaban con la actitud del chico que tenía delante. Lo había tenido por la típica estrella del equipo que pasaba su tiempo libre emborrachándose y acostándose con todas esas chicas que suspiraban con una sola de sus miradas. Alguien que no se preocupaba por otra persona que no fuera él mismo y, sobre todo, un imbécil capaz de airear los momentos más íntimos con su propia novia.

De todo eso, lo último era lo único que no podía negar.

En las hogueras, Max había estado tan sobrio como Cam, y no había prestado atención a ninguna de las chicas de la fiesta. Tampoco había dudado en llevarlas de regreso a casa a Lea y a ella, o en hacer de «caballero andante» —tal y como su madre no dejaba de recordarle— y cargar con ella hasta la consulta del doctor Simons. Y, por si fuera poco, había mostrado una paciencia infinita con sus ataques y sus malos modos.

Puede que solo actuara impulsado por la culpabilidad debido a lo que había hecho pero, igualmente, había quedado claro que se estaba esforzando.

Otra posibilidad era que solo buscara meterse en sus bragas y, dado los antecedentes de Max, Aria no sabía si era eso justo lo que trataba de hacer.

—Solo quiero que seamos amigos, Aria —replicó él, y su voz sonó cansada, como si supiera exactamente en lo que estaba pensando.

Recordó lo que le había dicho su madre y lo extraña que le pareció su petición en aquel momento. ¿Le habría contado a ella lo de la foto? Le pareció una locura. No imaginaba cómo una madre podría afrontar algo como aquello.

Sin embargo, tal vez Max estuviera arrepentido de verdad. Todos cometemos errores, ¿no?

—Un amigo no acorrala a otro bajo una cascada y se abalanza sobre él —soltó Aria, sin pensar en lo que decía, y notó el calor encendiendo sus mejillas.

Max esbozó una sonrisa de disculpa.

—Técnicismos —señaló, soltando una carcajada.

Aria se quedó unos segundos escuchando la maravillosa risa del *quarterback*. Tenía un sonido masculino y profundo que hacía vibrar partes de ella que ni siquiera sabía que pudieran hacerlo.

—Prometo portarme bien.

Enarcó una ceja. La expresión juguetona de Max dejaba entrever que pensaba portarse de cualquier forma menos bien. A sus ojos asomó el mismo brillo hambriento que Aria había atisbado horas antes, justo antes de que la besara, y lo peor de todo es que empezaba a gustarle que la mirara así.

«Esto no puede estar pasando», se lamentó.

Echó un vistazo sobre su hombro. La casa de sus tíos no llegaba a verse desde la entrada de la posada pero sabía que estaba allí, entre los árboles, al igual que su prima Lea, cuya sombra planeaba sobre sus cabezas.

Por primera vez desde que Max Evans había entrado en su vida aquel verano, odió lo que él había hecho por un motivo diferente. No solo por destrozar la vida de su prima y la suya propia, sino también por eliminar la posibilidad de una amistad —o quién sabe si algo más— entre ellos. Pero

además, también se hizo una pregunta que no se había hecho hasta ahora:

—¿Por qué, Max? ¿Por qué lo hiciste?

Max no contestó. Permaneció en silencio observando a Aria durante tanto tiempo que ella pensó que no iba a responder. ¿Qué podría decirle? ¿Qué lo hizo porque podía hacerlo? ¿Por qué le pareció «gracioso»? No podía existir un motivo que lo disculpase, de eso estaba segura. Pero aun así había formulado la pregunta, esperando que él dijera algo que le ayudara a entenderlo. Sin embargo, no había nada y Max lo sabía.

—No puedo contestar a eso.

Aria se estremeció al contemplar a otro Max, el chico del retrato, vulnerable y más triste de lo que alguna vez había visto al *quarterback*. Clavó sus ojos en él y, tal y como le había sucedido en su dormitorio, no pudo evitar alzar la mano y recorrer con la punta de los dedos la línea de su mandíbula.

Max se quedó muy quieto, tratando por todos los medios de mantener el control, mientras Aria trazaba el contorno de su rostro. Si bien, cuando delineó la curva de sus labios fue incapaz de continuar al margen. La deseaba de una forma en la que no había deseado a otra chica antes. Ella no necesitaba más que estar allí, frente a él, para despertar en su interior un ansia que le era imposible manejar. Ni siquiera tenía que coquetear o insinuarse para que él se consumiera imaginando que la hacía suya.

—Aria. —El nombre abandonó su boca con la suavidad de un suspiro.

Enlazó los dedos en torno a su muñeca y tiró de ella con delicadeza, esperando una señal de resistencia que no llegó, y aquello fue todo cuanto necesitó para ceder a su necesidad. Aferró su cara entre las manos y la besó. Gimió cuando sus labios se entreabrieron para darle paso a su lengua y recorrió sin descanso cada rincón de su boca. Su sabor lo inundó hasta que fue lo único que se permitió sentir. Era deliciosa y cálida, y no quería dejar de besarla nunca. Max sujetaba su rostro, mientras que las manos de Aria se aferraban a la tela de su camiseta, formando dos puños apretados. Al margen de sus bocas, ese era todo el contacto que existía entre ellos y, sin embargo, nunca se había excitado tanto con una chica.

Aria se pegó más a él y a Max se le escapó un gruñido ronco cuando sus caderas se rozaron. La cabeza empezó a darle vueltas. La imaginó en su cama, tendida sobre el edredón blanco y con la melena rubia desordenada sobre su almohada, impregnándola con su olor. Se colocaría sobre ella, presionaría su erección en el punto justo y ella gemiría, pediría más, y él le daría todo cuanto deseara.

Una de las manos de Max se trasladó espalda abajo, recorrió su columna con lentitud, y Aria no pudo evitar estremecerse de nuevo. No sabía lo que estaba haciendo. No pensaba. No había nada que pudiera hacer para resistirse mientras él continuaba lamiendo y acariciando su boca, haciendo añicos la determinación de mantenerse apartada de él. Era adictivo y también una locura. Probablemente no debería estar disfrutando tanto con aquello. Es más, no debería estar disfrutando en absoluto.

Max tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para separarse de ella. Unos segundos más devorando sus labios y comenzaría a arrancarle la ropa.

Suspiró y buscó sus ojos. Aria se percató de que esperaba algo, tal vez otra bofetada, pero ella no se movió.

—Bueno, no ha sido tan malo, ¿no? —señaló Max, con la respiración aún entrecortada.

La cita, que según Aria no lo era, solo podía haber terminado mejor con ella en su cama. Por algún extraño motivo, y a pesar de lo mucho que la deseaba, Max no tenía prisa por que aquello sucediera. No estaba seguro de que fuera a pasar en algún momento pero, al contrario que con otras chicas, no le importaba ir paso a paso y disfrutar de los preliminares.

Aria se mordió el labio inferior. Su mente se había convertido en un verdadero caos y su cuerpo aún temblaba. Era como si Max todavía la estuviera besando, y que tuviera el poder de hacerle sentir así la asustaba. ¡Era el jodido Max Evans! Y ella se había quedado allí plantaba mientras la devoraba de una forma en la que nadie lo había hecho. No solo eso, sino que había correspondido con idénticas ansias. ¡Se había rendido ante él!

No podía dejar de mirarlo y no fue consciente de los minutos que pasaron perdidos el uno en los ojos del otro. Aria sintió una punzada de culpabilidad y sus labios se apretaron, pero Max los acarició con el pulgar y la ternura del roce consiguió que se relajara.

—Sé que dije que te dejaría en paz...

Aria se puso tensa. ¿Era eso lo que ella quería? ¿Qué desapareciera durante el resto del verano? Ya no lo tenía tan claro. Sin embargo, lo sucedido con Lea continuaba siendo una pesada carga que llevar sobre sus hombros, aunque ahora, cuando lo miraba, ya no fuera eso lo primero que en lo que pensaba.

Todo aquello era un desastre. Un desastre de proporciones épicas en el que no sabía cómo había acabado metida.

—Y sé que también dije que solo quería que fuéramos amigos.

«Oh, oh. No lo digas, Max. No lo digas, por favor».

Aria no quería tener que enfrentarse a sus siguientes palabras. Había tanto que no comprendía de todo aquello... Bastante tenía con haberse besado con el ex de su prima. Si Lea se enteraba, las cosas iban a ponerse muy, muy feas.

—No lo digas, Max —rogó, esta vez en voz alta—. Yo no... voy... No puedo...

Las palabras se negaban a salir.

El muchacho frunció el ceño, reacio a detenerse. Había mucho que quería contarle, sin importar las consecuencias. Cualquier cosa para que continuara mirándolo como lo hacía en ese momento.

—Tengo que irme.

Aria retrocedió un paso y Max supo que sería mejor no presionarla. Él también necesitaba algo de tiempo para lidiar con sus propias emociones. El intenso deseo de poseerla no había disminuido lo más mínimo y lo mantenía aturdido. Si bien, antes de que ella huyera de él, quería asegurarse de que iba a regresar.

—¿Me hablarás mañana o vas a volver a odiarme?

La chica agitó la cabeza.

—No te odio, Max —replicó, y se dio cuenta de que era verdad.

Odiaba el error que él había cometido y odiaba el hecho de saber que el chico al que acababa de besar había sido capaz de provocar tal humillación a otra persona, pero a él no lo odiaba.

Max esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Espero que sigas pensando lo mismo la próxima vez que nos veamos.

La dejó ir a regañadientes, sabedor de que era posible que a la mañana siguiente todo fuera diferente entre ellos. De repente se sentía más perdido que nunca. Incluso con toda la mierda que había tragado en los últimos meses, en todo momento había sabido hacia dónde iba. El instituto se

acababa y se marcharía a la universidad, lejos de mucha gente a la que deseaba perder de vista. Comenzaría una nueva vida y podría incluso permitirse olvidar lo que había hecho. Pero ahora, después de conocer a Aria...

Apenas un par de semanas y esa chica había pasado de ser un reto con el que entretenerse a una auténtica obsesión.

—Pensaba que habías decidido mantenerte alejado de la chica de los Donaldson. —La voz de su madre lo arrancó de sus divagaciones.

Ascendió por los escalones del porche y fue hasta ella. La saludó con un beso antes de contestar.

—¿Estabas espiándonos?

Clare negó, sonriendo.

—Os oí llegar hace un rato, pero como no entrabas decidí echar un vistazo por la ventana.

—Espiar, mamá, a eso se le llama espiar —la reprendió con cariño—. Todo esto te divierte, ¿no?

Entraron juntos en la casa. Max fue a sentarse en uno de los sofás que presidían el salón y su madre tomó asiento a su lado.

—Si consigues que dejes de ir gruñendo por la casa... —repuso, encogiéndose de hombros.

—Es frustrante —admitió él. No tenía por qué fingir delante de su madre—. Pero ella me gusta.

Clare ladeó la cabeza y analizó la expresión de su hijo. No le importaba la relación que tuviera esa chica con la anterior novia de Max, aunque era consciente de lo raro y difícil que resultaba aquello. Pero si le hacía volver a sonreír, por ella estaba bien.

—¿De qué nivel de gustar estamos hablando? —inquirió, y enarcó las cejas, curiosa.

Max apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó mirando las vigas de madera que cruzaban el techo de parte a parte. Tenía mucha confianza con su madre, pero ni por un momento pensaba decirle lo mucho que le *gustaba* Aria Donaldson. Había cosas que no tenía por qué saber.

—Me lo paso bien con ella —terció—. Es preciosa, divertida y tiene una personalidad estimulante. En realidad, me saca de quicio —se rio, relajándose.

Charlar con su madre siempre conseguía hacerle sentir mejor y la adoraba por ello.

—Deberías hablar con ella.

Debería, sí, pero hacerlo supondría revolver en el pasado y añadir más drama al ya existente. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a creer algo de lo que le contara, y todo lo que había avanzado no significaría nada. Aria volvería a odiarle y en esa ocasión dudaba de que fuera a darle más oportunidades de llegar hasta ella.

Tal vez si pasaban algo más de tiempo juntos...

—Voy a darme una ducha —replicó, ignorando su sugerencia. Le dio otro rápido beso, esta vez sobre el pelo—. Gracias, mamá.

No tuvo qué decirle el por qué de su agradecimiento. Clare tenía claro que sus pequeñas charlas significaban tanto para ella como para él. Solo deseó que Max encontrara la forma de ser feliz y reconciliarse consigo mismo y con las decisiones que había tomado.

Los siguientes dos días fueron extraños. Aria y Max no volvieron a hablar a pesar de que se encontraban cada mañana. En ambas ocasiones, Aria se había lanzado al lago poco después de amanecer y él se había reunido con ella en el agua para nadar a su lado. Todo lo que habían intercambiado era un mísero saludo. Ni siquiera en el consabido descanso a mitad de entrenamiento habían entablado conversación alguna. Max se limitaba a observarla a la espera de su siguiente movimiento. La pelota estaba ahora en su tejado, y Aria no tenía ni idea de qué se suponía que iba a hacer.

Max estaba intentando tener paciencia. No sabía cuánto aguantaría antes de lanzarse de nuevo sobre sus labios y, aun así, había querido acompañarla durante esas dos mañanas. Le maravillaba contemplar la elegancia con la que Aria atravesaba el lago y cómo, cuando descubría que él la estaba mirando, perdía parte de la concentración. Tenerla tan cerca resultaba una auténtica tortura, pero él estaba pagando el precio con una enorme satisfacción.

Tras enfilar la orilla junto a la que se alzaba la residencia de los Donaldson, Aria percibió que, al igual que el día anterior, Max se desviaba en dirección a la posada. En aquel punto se separaban sus caminos y, de nuevo, no habían cruzado ni una frase completa. Estuvo tentada de detenerlo, pero no sabía qué decirle. Continuaba dándole vueltas al hecho de que entre ellos dos no debería haber nada, ni tan siquiera una amistad. Y, sin embargo, Max parecía decidido a permanecer allí hasta que ella tomara una decisión al respecto.

Alzó la cabeza brevemente y se encontró con que él la estaba mirando. Max le sonrió, ya de pie aunque aún dentro del agua, y no pudo evitar devolverle el gesto. Lo observó salir del lago y disfrutó con la imagen de sus anchas espaldas y aquel trasero perfecto enfundado en un bañador azul oscuro de competición. Casi tropieza con un grupo de piedras por no prestar atención a dónde ponía los pies.

—Mira que eres ingenua.

Aria volvió la cabeza al frente con rapidez y se encontró a Lea sentada en el pequeño embarcadero frente a su casa. Sus pies colgaban descalzos sobre el agua, rozando apenas la superficie. Su expresión dejaba claro que no se había perdido la escena entre Max y ella, era probable que incluso los hubiera visto nadar juntos.

Quería entrar e ir en busca de una toalla pero sabía que, si salía corriendo, su prima iría tras ella. Cuando Lea tenía algo que decir, lo decía, y Aria prefería no tener público. A esas horas su familia estaría reunida en la cocina tomando el desayuno.

Suspiró y ascendió por la orilla para acceder al embarcadero. Fue a sentarse a su lado.

—Ingenua —repitió Lea, chasqueando la lengua—. ¿Ya ha conseguido meterse en tus bragas? No, ¿verdad? O no estaría madrugando para hacerte creer que le encanta ir a nadar contigo.

Su tono estaba cargado de resentimiento, aunque Aria no podía culparla. Tenía sus motivos para sentirse así.

—Ni siquiera hablamos. No somos amigos —se defendió, aunque no pudo evitar sentir que estaba traicionando a Max, lo cual no dejaba de resultar irónico.

Lea alzó los pies y se giró hacia ella. Se rodeó las piernas con los brazos y Aria la vio encogerse frente a sus ojos.

—No imaginas lo que me hizo pasar —murmuró, y la malicia que había empleado un instante antes desapareció—. La humillación... Todos me señalaban, todos cuchicheaban cada vez que se cruzaban conmigo. Y eso con suerte, algunos no se molestaban en bajar la voz para insultarme o criticarme.

Escondió la cara entre las rodillas y el eco de unos sollozos llegó a sus oídos. Aria sintió el agujonazo de la culpa. Ella también lo había pasado mal por mantenerse a su lado, pero lo suyo no tenía ni punto de comparación con el infierno en el que debía de haberse convertido la vida de su prima desde el momento en el que la foto comenzó a circular. No iban a clase juntas porque Lea era un año menor, así que su prima había estado sola la mayoría del tiempo.

Y Aria había estado besándose con el responsable de todo aquello. El peso de los remordimientos le oprimió el pecho.

—Todavía los escuchó reírse y llamarme puta.

—Tú no hiciste nada malo, Lea.

Aria le acarició la espalda, intentando ofrecerle consuelo. Se sentía fatal por plantearse siquiera tener una amistad con Max.

—Te hará lo mismo si se lo permites —balbuceó su prima, con el rostro enterrado contra las piernas—. Fuiste con él de excursión y ahora os dedicáis a nadar juntos...

El comentario era un reproche en toda regla y Aria se sintió avergonzada. Sin embargo, el Max que ella conocía parecía un chico muy diferente al exnovio de su prima y, por un momento, estuvo a punto de defenderlo. Ese impulso empeoró el sentimiento de culpa.

Se mantuvo en silencio. Lo último que necesitaba Lea era que ella le traicionara.

—No dejes que te engañe, Aria. Lo único que busca es hacerme aún más daño liándose contigo.

Agradeció que su prima no la estuviese mirando ni esperase una contestación por su parte. Se limitó a mantener la mano en su espalda y brindarle así un apoyo silencioso que no estaba segura de sentir del todo. ¿Cómo podía haber cambiado tanto su opinión sobre Max Evans en apenas unas semanas? Ni siquiera confiaba realmente en él.

Tal vez su prima llevara razón y solo estaba esperando a obtener lo que quería para luego destrozarla de idéntica manera, y de paso arrastrar aún más a Lea por el barro.

La culpabilidad se entremezcló con otra emoción, más intensa si cabe, al pensar en la posibilidad de que Max solo la estuviera utilizando para hacer más daño a su prima.

Pasaron un rato más allí sin intercambiar ni una palabra más. Aria apenas si fue consciente de cuándo Lea se levantó y se marchó, dejándola a solas con sus pensamientos. La chica había sembrado la semilla de una duda y esta había germinado y echado raíces en cuestión de minutos.

Sus dudas fueron aumentando conforme las horas avanzaban. Apenas logró probar bocado en el almuerzo, más ausente que nunca, y tampoco estuvo demasiado habladora. Sabía que, a la mañana siguiente, Max volvería a aparecer a su lado mientras nadaba. Lo temía y lo deseaba a partes iguales, y lo último hacía que se odiara a sí misma por ello. Se sentía dividida.

Pasó la mayor parte del día entre su habitación y el embarcadero. A ratos se sentía agobiada entre aquellas cuatro paredes y en otros momentos necesitaba recluirse lejos de miradas ajenas. Sus padres se habían marchado juntos al pueblo tras el almuerzo y Sean lo hizo a media tarde para encontrarse con alguna desventurada con la que pasar el rato. Cam, por su parte, se había tumbado frente a la pantalla plana del salón a ver una película.

Estuvo tentada de confiarle sus temores en más de una ocasión. Adoraba a Sean, pero Cam era

su hermano predilecto, algo así como la voz de su conciencia, y le gustaba acudir a él cuando tenía dudas o alguna preocupación con la que no era capaz de lidiar por sí sola. Sin embargo, lo conocía lo suficientemente bien para saber la clase de reacción que tendría si llegaba a enterarse de lo que había hecho el *quarterback*.

No, no podía contarle nada a su hermano. Tampoco sincerarse con Lea y decirle que se sentía atraída por el chico que había destrozado su reputación arrastrando también a Aria por el camino. Ni siquiera ella lograba asumir lo que Max le provocaba como para confiárselo a otra persona.

No tenía a nadie con el que hablar. Solo la voz de su cabeza que le repetía que lo que él había hecho estaba mal y que, si olvidaba eso, no solo estaría traicionando a su familia sino también a sí misma.

—No hagáis planes para mañana.

Aria levantó la cabeza del plato para mirar a su madre.

Había suspendido temporalmente su sesión matutina de entrenamiento solo para no tener que enfrentarse a Max y, por la tanto, estaba desayunando con el resto de su familia. Los gemelos andaban chismorreando en voz baja como dos auténticos cotillas mientras su padre leía el periódico y su madre iba y venía asegurándose de que todo el mundo estuviera bien servido.

—Mañana tenemos un partido —señaló Sean.

La señora Donaldson se percató en ese momento de que no llevaba camiseta. En su frenética labor de atenderlos, no había reparado en ello.

—Ponte una camiseta para comer, Sean —le reprendió, con firmeza, aunque todos sabían que el gemelo tenía un punto exhibicionista.

Aria seguía a la espera de que su madre explicara qué se traía entre manos. No se hizo de rogar.

—Los Evans nos han devuelto la invitación y celebrarán una barbacoa. Luego podréis ir al pueblo a jugar.

Sean esbozó una mueca. Dicho así, parecía que le acababa de dar permiso para ir al parque a jugar con sus amiguitos. A pesar de que gracias al fútbol él había conseguido una plaza en una buena universidad, la señora Donaldson continuaba sin ofrecer ningún tipo de reconocimiento al deporte que practicaba.

Mientras él exhibía su queja silenciosa en forma de expresión airada, Cam asintió, sabiendo que intentar razonar con su madre no llevaba a ninguna parte. Aria, por el contrario, quería gritar.

—¿Irán también los tíos? —inquirió, esforzándose para mantener la compostura.

—Supongo que sí.

Eso implicaba que Lea asistiría. Aria no creía ser capaz de superar esa velada. ¿Qué haría? ¿Ignorar a Max? ¿Herir a Lea? ¿Mostrarse educada y formal solo para no levantar sospechas ante sus padres?

Los gemelos les habían visto charlar, habían estado con Max y ella de excursión, e incluso creía que Sean albergaba sospechas sobre lo sucedido bajo la cascada. Por sus comentarios, puede incluso que los hubiera visto besarse. Actuase como actuase, alguien acabaría por darse cuenta de que pasaba algo raro. Era imposible que superase ese almuerzo.

¿En qué momento se había retorcido de aquella manera el que iba a ser un magnífico verano? Pensó en Luka y en lo mal que había resultado todo con él. ¿Qué demonios le pasaba con los tíos? Empezaba a creer que solo se sentía atraída por los menos recomendables.

Gimió para sí misma. ¿Recomendables? Eso sí que era el eufemismo del siglo. Algo iba mal en su cabeza. Estaba segura de ello.

—¿Tengo que ir? —se quejó sin querer en voz alta.

La pregunta atrajo la atención de Cam. Su hermano la observó entrecerrando los ojos, como si buscara algo en su expresión que explicara por qué parecía tan poco entusiasmada.

—¿Qué pasa? ¿No quieres hacer manitas con Evans? —susurró Sean, dándole un codazo—. Si Lea se pone tonta, siempre puedes chivarte al tío Howard de su desliz con el alcohol.

Aria rezó para que nadie más le hubiera escuchado. Cam los miraba fijamente.

Todo el mundo conocía la relación que había existido entre Lea y Max pero, por algún motivo, a Sean le resultaba gracioso que pudiera haber algo entre su hermana y él. Tenía una forma de entender las relaciones bastante particular. O tal vez fuera porque su prima no le caía demasiado bien. Su inmadurez le sacaba de quicio, y no era que él fuera una persona demasiado madura.

—Irás —sentenció su madre, y Aria masculló una palabrota.

Sean soltó una risita.

El señor Donaldson la reprendió con mucho menos brío del que habría empleado su mujer. Aun así, Aria clavó la vista en el plato y permaneció en silencio el resto del desayuno. Tenía el presentimiento de que de esa comida no saldría nada bueno.

Más tarde, Aria se encontraba a la sombra de un árbol de los muchos que rodeaban el lago en la zona cercana a su casa. No se trataba de un árbol cualquiera. Las ramas bajas rozaban casi el suelo, ofreciéndole un refugio que había utilizado durante años cuando quería huir de las bromas pesadas de sus hermanos o cuando su madre la castigaba. Hacía mucho tiempo que no visitaba el lugar.

Como siempre que acababa allí, Cam dio con ella y fue a sentarse a su lado.

—Ya no recuerdo cuándo fue la última que vine a rescatarte —comentó él, esbozando una sonrisa melancólica—. No puedo creer lo mayor que te has hecho.

Aria le devolvió la sonrisa.

—En algún momento tenía que crecer.

—Por mí no hubiera sido necesario, preferiría seguir consolando a la cría con dos trenzas y de lágrima fácil —repuso Cam, reclinándose sobre el tronco.

Sus hermanos habían tenido una facilidad pasmosa para hacerla llorar cuando era una niña. La enredaban en sus travesuras y siempre conseguían que acabara con los ojos anegados en lágrimas. Luego, Cam acudía a disculparse y no paraba hasta hacerla reír.

—¿Qué es lo que pasa, Aria?

Volvió la vista hacia el lago y se mordió el labio con nerviosismo. Era obvio que su hermano percibía que le ocurría algo, y las cosas se pondrían más difíciles al día siguiente en la comida de los Evans, con Max a un lado y Lea al otro, y sus padres sentados a la misma mesa. Iba a ser un infierno.

—¿Esto tiene algo que ver con Evans?

Se apresuró a negar, tal vez con demasiado ímpetu. Cam no era tonto. Iba a tener que contarle algo si no quería que siguiera haciendo preguntas.

—Él no tiene nada que ver —mintió, rezando para que su hermano no se diera cuenta de ello. Tras una pausa, decidió tantearle—. ¿Tú crees que la gente puede cambiar? Quiero decir... ¿cómo sabes que debes perdonar a alguien?

Cam la observó con atención, confuso por lo vago de sus preguntas.

—Si no me das datos... ¿Qué es exactamente lo que te preocupa, hermanita?

Aria titubeó, tratando de encontrar una manera de plantear sus dudas sin descubrirse.

—Si alguien comete un error y pide disculpas por ello... a pesar de que el daño está hecho...

Nada de aquello tenía sentido, y no parecía haber forma de pedirle consejo a Cam sin contarle la verdad, algo a lo que no estaba dispuesta.

—Olvidalo —repuso, dándose por vencida.

Pero Cam no parecía querer dejarlo pasar. A su hermana le había ocurrido algo.

—Oh, mierda, Aria —exclamó, cayendo en la cuenta—. Dime que no estás pensando en

perdonar a ese imbécil.

Ella pegó un respingo. No había manera de que Cam lo supiera, ¿o sí?

—Luka es un gilipollas —agregó, y Aria respiró aliviada. Podía lidiar con el hecho de que pensara que se refería a él—. Un tío que busca emborrachar a una chica para aprovecharse de ella no te merece en absoluto.

—Ya, bueno, pero... ¿Y si pide perdón? ¿Y si ya no parece ese mismo chico?

Una arruga se instaló en el ceño del gemelo, haciéndose más profunda cuanto más tiempo pasaba escuchando sus suposiciones.

—Pedir disculpas es lo menos que puede hacer —replicó él, convencido de que todo aquello era por Luka—. No me extraña, teniendo en cuenta que alguien le arregló la cara hace unos días.

—¿Ah sí? ¿Sabes quién fue?

Le hizo creer que no tenía ni idea de lo sucedido, quería comprobar cuánto sabía su hermano de la pelea entre Max y el chico.

—No lo sé, pero me hubiera encantado ser yo —expuso Cam, y Aria suspiró—. Mira, yo preferiría que no lo mirases siquiera. No merece ni eso de ti y, desde luego, yo no voy a perdonárselo. Nunca podré mirar con buenos ojos a alguien que te haya hecho daño.

Pasó un brazo en torno a sus hombros y la estrechó contra sí. Aria apoyó la cabeza en el hueco de su cuello. Aquello dejaba claro, no solo lo que pensaba su hermano de Luka, sino lo que pensaría de Max si alguna vez llegaba a enterarse de lo sucedido en el instituto.

A pesar de lo que le había dicho a su hermana, Cam tenía un corazón de oro y era capaz de perdonar mucho más de lo que él mismo creía posible, su proceder en el pasado así lo demostraba. Pero se negaba a que la dulce Aria actuara como si nada hubiera pasado con aquel tipo. Le daba asco solo pensar en Luka poniendo sus ojos sobre ella.

—No merece que estés triste por él —sentenció, besándola en la sien.

Aria le ofreció una sonrisa para tranquilizarlo. No estaba apenada por lo de Luka, más bien sentía rabia cuando pensaba en él.

Lo de Max era harina de otro costal.

—Por un momento he pensado que ibas a decirme que te gustaba Evans —se rió Cam, empujando su costado con suavidad.

Aria soltó una risita desquiciada.

—Bueno, es guapo —señaló ella, fingiendo una tranquilidad que ni de lejos sentía.

Por su expresión, supo que no la estaba tomando en serio.

—Eres demasiado buena para él. ¡Qué demonios! Eres demasiado buena para todos.

Aria puso los ojos en blanco. Cam siempre vería en ella más de lo que había. Para su hermano, resultaba perfecta tal y como era y no había un chico que cumpliera con sus requisitos para hacerla feliz.

—Nunca te conformes con una cara bonita, Aria. Busca a alguien que te haga sentir como el jodido centro del universo. No mereces menos.

Sus palabras la conmovieron, aunque el gemelo debió decidir que ya había cubierto el cupo de conversaciones profundas porque se puso en pie y tiró de ella para levantarla.

—Vamos a darnos un baño, anda —sugirió, con un guiño.

Acto seguido, la alzó en brazos sin mediar palabra y se dirigió al lago. Aria chillaba al mismo tiempo que no podía evitar reír. Ninguno de los dos llevaba puesto el bañador, pero a Cam no le

importaba. Lo único que quería era que la expresión de su hermana dejara de reflejar esa extraña inquietud que llevaba días observando en ella. Quería a su hermana feliz y, a poder ser, lejos de Luka.

Lo que no podía saber era que su hermanita pequeña no estaba pensando precisamente en el monitor del club náutico.

El almuerzo empezó mal y Aria estaba convencida de que acabaría peor.

Lea, con la mandíbula desencajada, observó el atento saludo que la señora Evans le dedicaba. La madre de Max mostró su alegría envolviéndola en un cariñoso abrazo y con una sonrisa mucho más amplia y sincera de la que le había dedicado nunca a la antigua novia de su hijo, algo que a esta no le gustó demasiado.

—Me alegro mucho de volver a verte, Aria —le dijo, frente al resto de invitados—. Max está arriba, bajará enseguida.

La estancia quedó en silencio durante un instante, suficiente para hacerla sentir incómoda.

—Vale. —Fue cuanto se atrevió a decir.

El señor Evans le sonrió brevemente antes de estrechar la mano a su padre.

Se adentró en la casa y dejó que los demás saludaran a los anfitriones. Su estómago se retorció por los nervios y se planteó si excusarse alegando que estaba indispuesta. Desistió de ello, sabiendo que su madre no se lo permitiría a no ser que se pusiera en plan niña del exorcista.

—Ah, ya estás aquí.

La alegre voz de Clare atrajo la atención de Aria, que alzó la cabeza para contemplar cómo Max descendía por las escaleras. Llevaba unos vaqueros muy desgastados colgando de las caderas y su camiseta del equipo de fútbol, roja con un gran siete blanco en el pecho. Cuando alzó la mano para frotarse la nuca, nervioso por la atención, Aria alcanzó a ver parte de su abdomen; definitivamente, más carne de la que necesitaba.

Apartó la vista con rapidez y se dio de bruces con la afilada mirada que le estaba lanzando su prima. Lea ladeó la cabeza. Sus ojos formulaban preguntas silenciosas acerca de su relación con la madre de Max, y Aria era consciente de que no se quedarían solo en eso.

—Sí, son mías. —Oyó decir.

Se centró en lo que estaba sucediendo en la sala. La señora Evans señalaba alguna de las fotos que colgaban de las paredes, había más que la última vez que ella había estado allí. Aria vio también otros elementos nuevos y supuso que Clare debía continuar decorando la posada. Se preguntó si las paredes del dormitorio de Max también lucirían diferentes.

No era como si ella fuera a ir a comprobarlo.

Decidió saltarse la visita guiada a la posada. Mientras la madre de Max les mostraba a sus padres y a sus tíos las reformas y arreglos que había hecho, él saludó a los gemelos y le dedicó a ella una sonrisa. No le pasó desapercibido el escaso interés hacia Lea. Aquello disgustó aún más si cabe a su prima.

—Vamos detrás —sugirió el *quarterback*.

Mientras se dirigían a la cocina para salir por la puerta trasera, Max colocó la mano en la parte baja de la espalda de Aria. Llevaba tres días resistiéndose a tocarla a pesar de que nadaban juntos cada mañana y ya no aguantaba más. Ni siquiera habían hablado y ese silencio lo estaba matando. Sabía que la situación era una mierda de proporciones épicas. Cuando la maldita foto se había convertido en algo de dominio público en el instituto, pensó que su proceder era el correcto. Ya no estaba tan seguro de eso. Quería que Aria supiera lo que había sucedido pero, pese a todo, seguía temiendo su reacción. Si se lo contaba, tampoco Lea iba a ser muy feliz.

—¿Max?

—¿Sí?

Se había quedado parado delante de la puerta y su mano continuaba sobre su espalda. Los demás estaban ya en el exterior.

Buscó los ojos de Aria y percibió cómo se estremecía cuando sus miradas se cruzaron.

«Mierda, Aria, no hagas eso», se lamentó, luchando por mantener el control. Tenía que pedirle que dejara de temblar bajo su tacto o no respondía. Sin embargo, ella se pasó la lengua por el labio inferior, recordándole lo bien que sabían sus besos, y hasta ahí llegó su buena voluntad.

Con un solo movimiento, la hizo girar hasta que el cuerpo de Aria quedó rodeado por su brazo, aunque fue lo suficientemente listo como para apartarla de la puerta y evitar así que los demás los vieran.

Aria se sobresaltó al verse acorralada contra la encimera.

—No he dejado de pensar ni un solo minuto en tus labios —gruñó, inclinándose sobre su boca. Las palabras brotaron de su garganta y ni siquiera pensó en lo que decía—. No puedo sacarme de la cabeza tu sabor ni dejar de imaginar cómo sería acariciarte, tenerte bajo mi cuerpo, jadeante, preciosa... húmeda —murmuró, con la voz ronca por el deseo—. Me muero por besar y lamer cada rincón de piel, cada curva. Quiero hundirme en ti, Aria, déjame tenerte, por favor.

Aria sintió que le fallaban las piernas. Nunca un chico le había hablado de un forma tan explícita ni se había mostrado tan desesperado. Max estaba suplicándole, ¡a ella! Y lo peor era que su propio cuerpo había reaccionado con entusiasmo a su declaración. La zona entre sus piernas estaba en llamas, su piel ardía en los puntos en que se rozaban, y su corazón parecía al borde del colapso. Supuso que debería haberle resultado insultante que fuera tan directo pero, para su vergüenza, se sentía más excitada de lo que había estado jamás. No quiso pensar en lo que pasaría si convertían las fantasías de Max en realidad.

—Ma... Max... —tartamudeó, y sus labios se rozaron, consiguiendo que volviera a estremecerse.

—¡Joder, Aria! Detenme o te juro que te arrancaré esos pantaloncitos y te lo haré aquí mismo. —Se pegó aún más a ella y Aria fue consciente de la erección que empujaba contra la costura de sus vaqueros—. No seré capaz de parar.

Le fue imposible articular sonido alguno, pero era consciente de que tenía que alejarse de él, aunque su cuerpo protestara solo con la idea de poner distancia entre ellos. Sus hermanos y Lea estaban a tan solo unos pasos, y sus respectivos padres no tardarían en aparecer. A su madre le daría un infarto si los encontraba allí frotándose como dos perros en celo.

—Para, Max —logró decir al fin.

Se revolvió entre sus brazos tratando de ganar espacio.

Él no quería dejarla. Solo deseaba embestir sus labios y llenarse la boca de ella, de *toda* ella. Ahora sí que se había convertido en un jodido acosador y puede que también en un perverso, pero no podía evitarlo. A duras penas se mantenía inmóvil, a sabiendas de que sus padres estaban en la casa, su exnovia en el jardín y los hermanos de la preciosidad que tenía entre los brazos le partirían la cara si supieran lo que acababa de decirle.

—¡Para! —exigió Aria, esta vez con algo más de firmeza, al recordar la advertencia de su prima.

Max se obligó a soltarla y fue a apoyarse en la isleta central. Su respiración entrecortada hacía

que su pecho subiera y bajara a una velocidad frenética. Sin embargo, la dura mirada que le dirigió Aria consiguió enfriarlo hasta tal punto que tuvo que apartar la vista. ¿Qué mierda estaba haciendo? ¿Cómo podía haber perdido el control así? ¿Por qué la deseaba tanto?

—Es esto lo que quieres de mí, ¿verdad? —señaló ella, y Max se encogió al escuchar el tono afligido de su voz—. Meterte en mis bragas y terminar de humillarnos a mi prima y a mí. ¿También les mostrarás luego a todos lo que hagamos? ¿Es eso? ¿Otro trofeo que exhibir?

Lágrimas de rabia se acumulaban en los ojos de Aria.

—No es eso lo que quiero —se defendió él, manteniendo la barbilla baja.

—Me da igual lo que quieras. No va a haber nada que enseñarles porque no te quiero cerca de mí —escupió, dolida, porque incluso ahora no podía evitar pensar en la imagen del Max vulnerable que colgaba en la pared de su habitación.

La cercanía de varias voces interrumpió la conversación, aunque Aria ya había dicho lo que tenía que decir. Deseaba salir corriendo de la habitación y no volver nunca a aquella casa ni tener que verlo más a él. Sin embargo, y pese a todo, la idea solo conseguía ponerla aún más triste. Se dijo que era mejor enfadarse, que era eso lo que tenía que hacer.

La cabeza de Sean asomó al umbral de la puerta. Aria se giró para que no le viera la cara y tener algo de tiempo para recobrar la compostura.

—¿Unos pases antes de comer, Evans?

Max apenas si era capaz de contestar. Estaba cabreado y más jodido de lo que le gustaría admitir. Fingió sonreír pero todo lo que consiguió fue una mueca que hizo que Sean arqueara las cejas. Su mirada se dirigió a su hermana.

—¿Pasa algo?

A punto de gritar toda la mierda que escondía, Max contempló a Aria volverse hacia su hermano y sonreírle con mucha más convicción de lo que él había sido capaz.

—No, nada que no podáis arreglar con algunos lanzamientos y unas cuantas carcajadas entre los chicos —replicó, mordaz.

En ese momento fue consciente de que, además de la filtración de la fotografía, había otra cosa que Aria no le perdonaría nunca, y era haber permitido que se rieran de Lea y de ella. Había dejado que todo el instituto las ridiculizara sin mover un solo dedo para evitarlo.

Ella no confiaba en él y no podía reprochárselo. Era un auténtico gilipollas.

—Vamos allá —terció Max, abandonando la cocina sin atreverse a mirarla.

Sean, en cambio, permaneció junto a la puerta.

—¿Qué?

Su hermano torció el gesto. Se acercó y apoyó la cadera en la encimera, junto a ella.

—¿Qué mierda pasa con vosotros? Y no me digas que esto es por Cam y su afán protector, y mucho menos por Lea —Aria quiso replicar pero él no le dio opción—. Eres mucho más valiente que todo eso. Te gusta Evans, ¿no es así? Cam no es lo que te detiene, te conozco; eres una cabezota y te plantarías ante él y ante cualquiera que te dijera lo que tienes que hacer. —Se frotó la barbilla, rugosa por la sombra de una barba incipiente—. Y Lea no supone un obstáculo. No está enamorada de él, eso es algo que se ve a la legua. Es tan solo una cría que juega a querer sin amar, y que piensa que sus actos no tienen consecuencias. Tal vez un día se enamore de verdad pero se dé cuenta de que no merece dicho amor. Le romperán el corazón y acabará bien jodida, aunque al menos comprenderá que se ha comportado como una niñaata.

Aria contemplaba al gemelo con los ojos muy abiertos, mientras que él mantenía la mirada sobre ella pero no la veía. Parecía estar en algún lugar muy lejos de allí.

—¿De dónde demonios ha salido todo eso? —repuso, atónita por su discurso.

Le daba la sensación que ni siquiera estaba hablando de ella.

Su hermano parpadeó y regresó de dónde fuera que estaba. Una de sus comisuras se curvó, aunque había cierta tensión en esa sonrisa torcida.

—Mierda psicológica —señaló, pero Aria no se tragó el ademán despreocupado que acompañó sus palabras—. Solo dime, ¿qué pasa entre Evans y tú?

Le costó encontrar algo que decir al respecto, pero sabía que solo había una respuesta válida a esa pregunta.

—Nada, Sean —aseguró—. Entre Max y yo no hay ni habrá nunca nada.

El gemelo frunció el ceño y volvió a la carga tras un suspiro.

—Le besaste —soltó, y el corazón de Aria se saltó un latido. Su hermano lo sabía—. Eres más lista que Cam y yo juntos, así que quiero suponer que ves algo en él que merece la pena ser salvado.

—Así que tú también vas a Berkeley, Max —apuntó el señor Donaldson.

Se habían sentado todos en el exterior, en una gran mesa que quedaba en el margen izquierdo del jardín de la posada. Aria se hallaba entre sus hermanos. El *quarterback* había tomado asiento justo en frente, sus pies se habían rozado bajo la mesa en varias ocasiones aunque él apenas si la miraba.

Se abstraigo de la conversación que tenía lugar mientras almorzaban. No podía dejar de pensar en lo que Sean le había dicho, claro que tal vez su hermano tuviera demasiada fe en ella y en su inteligencia. Lo único que sabía era que le resultaba imposible tomar una decisión respecto a la atracción que sentía por Max. Le daba la sensación de que sus sentimientos representaban una traición hacia sí misma, hacia lo que creía justo y adecuado, considerando lo que él había hecho.

Se le escapó un suspiro que quedó amortiguado por la incesante charla de su madre acerca de lo orgullosa que estaba de sus tres hijos.

—¿No tienes hambre, Aria? —La pregunta de Clare desplazó la atención a su persona.

Incluso Max fijó la vista en su plato y luego sus ojos recorrieron su rostro.

Aria se irguió en la silla y se esforzó por sonreír a pesar de que se moría de ganas de salir corriendo de allí. Tomó un trozo de hamburguesa y se lo metió en la boca.

—Estoy algo cansada, solo eso.

No se le ocurrió que más decir por lo que se mantuvo en silencio el resto de la comida. Al final, una vez terminaron, Sean sugirió a su gemelo que debían irse y ella se apresuró a ponerse en pie, lista para acudir al maldito partido y animarlos si eso la liberaba de continuar allí. Había percibido la mirada de su prima sobre ella de forma casi constante y su gesto contrariado la estaba poniendo de los nervios.

—Yo también voy —afirmó Lea, y Aria tuvo que esforzarse para no volver a suspirar.

Todo aquello se estaba convirtiendo en una tortura. Si seguía así, terminaría por gritar a los cuatros vientos todo lo sucedido y que pasara lo que tuviera que pasar.

—¿Qué tal si llevas a Aria? —repuso Sean, dirigiéndose a Max. Aria gimió, sabiendo que su hermano trataba de darle tiempo a solas con el *quarterback*. Si supiera lo que ella, no actuaría de esa forma—. Lea, vente con nosotros.

—Tengo que pasar a cambiarme —expuso Cam, y Sean asintió—. Vamos.

Lea no parecía demasiado conforme con la distribución en los coches, pero no dijo nada. Había pasado la comida extrañamente callada, y Aria se preguntó qué clase de pensamientos mantenían su boca cerrada. Conocía a su prima y aquello no era normal.

Dejaron a sus respectivos padres en el jardín y cada grupo marchó en una dirección. Los gemelos y Lea hacia la casa de los Donaldson, mientras que Max y Aria rodearon la posada hasta la parte delantera, donde se hallaba aparcada la ranchera del chico.

Para su sorpresa, el alivio la invadió una vez que se vio en el vehículo a solas con él. Durante toda la velada había esperado que estallara alguna especie de apocalipsis y, finalmente, no había sido así. Tal vez estuviera exagerando y viendo cosas que no eran.

Max arrancó el coche y se pusieron en marcha. Se mantuvo en silencio gran parte del camino. En realidad, estaba mentalmente agotado y tampoco era que tuviera demasiadas ganas de jugar el partido. Continuaba reflexionando acerca de lo que le había dicho Aria. ¿De verdad creía que su

interés por ella buscaba poner celosa a Lea o algo por el estilo?

El pensamiento le hizo resoplar. La chica le lanzó una rápida mirada pero no dijo nada, tan solo se removió en el asiento y cruzó las piernas. Procuró no fijarse en la longitud de estas y en toda la piel que quedaba expuesta pero sus ojos actuaron, una vez más, con voluntad propia.

Puede que Aria resultara menos llamativa a primera vista que Lea, pero eso no era debido a que fuera menos atractiva sino a que parecía empeñada en no llamar la atención. Claro que con él eso no había sucedido. Era imposible no tenerla en cuenta cuando rebatía cada comentario que salía de su boca con esa descarada seguridad. La atracción que sentía por ella no era, bajo ningún concepto, producto del lazo familiar que la unía a su exnovia. Es más, ese hecho debería haberle mantenido apartado de ella; algo que para su desgracia no había conseguido.

Sin embargo, aquella pelea constante por demostrar que no era el capullo que ella creía que era lo estaba llevando a la extenuación. Definitivamente, iba a tener una charla con Lea.

El trayecto de la posada Donovan hasta el pueblo se le hizo eterno. Ahora que había tomado una decisión, no veía el momento de pillar a Lea a solas para que pudieran hablar. Estacionó en el aparcamiento del Sunny's y saltó al exterior a toda prisa. Rodeó el vehículo para abrirla la puerta a Aria y ayudarla a descender.

—No vas a decir nada más, ¿no? —preguntó ella, y Max percibió con claridad la decepción en su voz.

En cierta medida, Aria tenía la esperanza de que tratara de convencerla de que estaba equivocada, aunque supiera que no había nada que él pudiera hacer para que cambiara de opinión. Pero él no había abierto la boca durante el camino y, de repente, parecía ansioso por llegar al partido y perderla de vista. Tal vez Sean no supiera lo que decía y no había nada en él que pudiera salvar. Sabiendo lo que había sucedido con Luka, estaba claro que no tenía ni idea de cómo juzgar a la gente.

Max titubeó.

Aria hizo ademán de echar a andar hacia la entrada pero él le cerró el paso.

—Hablaremos después del partido —le dijo, muy serio.

Luego su semblante se suavizó y, alzando la mano, le acarició la mejilla. El labio inferior de Aria tembló y se maldijo por permitir que su contacto le afectara tanto, pero no se apartó. Tampoco se movió cuando él se inclinó y rozó los labios contra los suyos, con extremada delicadeza, un toque tan breve que Aria pensó que podría haberlo imaginado.

Max dio un paso atrás. Si prolongaba más aquel beso, estaba seguro de que no sabría parar. Aria lo volvía loco a un nivel que ni siquiera lograba entender. Cada vez que la tocaba, perdía la razón y todo lo que podía ver era a ella, su olor, su sabor... Y a veces, ni siquiera eso era necesario, le bastaba con que estuviera frente a él para que su mente y su cuerpo se descontrolaran.

Más tarde haría frente a eso. Ahora necesitaba jugar ese maldito partido y buscar una oportunidad para hablar con Lea. Con su consentimiento o no, todo aquello iba a llegar a su fin.

—Tenemos que hablar —gruñó por lo bajo, aprovechando que su exnovia se había separado del resto para ir a por una bebida.

El extenso césped de la parte trasera del Sunny's servía, en multitud de ocasiones, como campo de fútbol americano. A pesar de las limitaciones de no contar con un campo en condiciones, los chicos lo empleaban para disputar partidos amistosos que a veces no lo eran tanto. La rivalidad y las rencillas personales entre los locales solían acabar solventándose allí bastante a menudo. Max no conocía apenas a los demás chicos, salvo a los gemelos, pero ya había tenido un pequeño

enfrentamiento con uno de los defensas del otro equipo. Sean, como no, jugaba de *quarterback* para los contrarios, y Cam también estaba en su equipo pero como *running back*.

—No tenemos nada de lo hablar —le espetó Lea, echando a andar.

Max echó un vistazo para asegurarse de que la línea ofensiva rival continuaba en movimiento y tenía algo de tiempo para lo que se proponía.

—Voy a decírselo a Aria.

La afirmación consiguió que la chica se detuviera en el acto. Al girarse, la rabia había tensado sus labios.

—¿Qué vas a hacer qué?

—Ya me has oído —repuso Max.

Quería enfadarse con ella. Quería mostrarse furioso. Sin embargo, fue incapaz. No se consideraba mejor que ella. Exhaló un largo suspiro y redujo la distancia que los separaba.

—Ella no dirá nada a nadie. Es tu prima —trató de disuadirla—. Quiero decírselo.

Necesitaba decírselo.

—No, no quieres —aseguró ella, aunque en sus ojos veía que sí era así.

Eso incrementó más si cabe el resentimiento que sentía hacia Aria. ¿Por qué Max se había tenido que fijar en ella?

—No puedes evitarlo.

Un músculo palpitó en su mandíbula y Lea supo que estaba totalmente decidido.

—Hicimos un pacto.

—Nos equivocamos.

Ella negó.

Un chico llamó a Max. Era su turno para el ataque. De igual forma, sabía que Lea nunca estaría de acuerdo con aquello. Solo lamentaba haberle dado su palabra meses atrás y saber que iba a romper esa promesa. Mirando su rostro contraído por la rabia, ni siquiera entendía qué le había llevado a salir con ella.

El equipo de Max no había avanzado más de veinte yardas cuando un placaje brutal lanzó al *quarterback* varios metros por el aire. De su boca escapó un quejido al golpear el suelo de costado. Su pómulo rebotó contra el suelo y notó cómo la piel se rasgaba. Estaba más que acostumbrado a la brutalidad que ejercían algunos defensas dentro del campo, pero aquello era diferente. Ni siquiera tenía el balón en su poder y ni Cam era defensa ni debía estar siquiera dentro del terreno de juego en ese momento.

—¡Joder! —exclamó, dolorido.

No tuvo tiempo de articular una queja más elaborada. Cam lo sujetó de la camiseta y lo alzó a pulso. Antes que su puño se estampara contra su cara, Sean apareció corriendo y, de un empujón, obligó a su hermano a soltarlo.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —exigió saber el gemelo.

El rostro de Cam estaba rojo de furia. Apenas si atinó a contestar. Su atención estaba fija en el *quarterback* y parecía querer estrangularlo con sus propias manos.

—¡Hijo de puta! ¿Cómo has podido hacerle eso a ella?

Sean se esforzó para mantener a su gemelo alejado de Max. ¡Santo Dios! El afán protector de Cam era desproporcionado.

—¡Quieres calmarte, joder! —le gritó Sean—. ¡Tan solo la ha besado, y Aria ya es mayorcita para decidir con quién sale!

Atrapó sus manos y le empujó de nuevo, haciéndole retroceder. Jamás había visto a Cam tan fuera de control.

—¡¿Qué coño es eso de que ha besado a Aria?! —gritó, aún más cabreado—. Cabrón desgraciado, dime que no le has puesto una mano encima a mi hermana.

Max se pasó la mano por la humedad que cubría su mejilla y las yemas de sus dedos se cubrieron de sangre. Aria llegó hasta ellos en ese momento, jadeando después de cruzar corriendo el campo.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió, asustada al comprobar que Max tenía la mitad de la cara ensangrentada.

Cam nunca perdía los papeles de esa forma.

—¿Por qué no se lo cuentas? —terció Cam, luchando por liberarse del agarre de su hermano—. ¿Por qué no les dices a todos que eres un jodido perverso?

Las alarmas de Aria saltaron en cuanto escuchó la ira impregnada en la voz de su hermano. Tragó saliva y se interpuso entre Max y los gemelos. Cam la observó con los ojos entrecerrados y, de algún modo, lo supo. Comprendió que Aria estaba al corriente de lo que había hecho Max y aun así... ¡Joder! Aun así su gemelo acababa de decir que lo había besado.

Sean observaba a unos y otros sin saber de qué iba todo aquello. Había supuesto que Cam se había enterado de que su hermana y el *quarterback* se habían enrollado. Él los había visto el día que salieron de excursión pero había preferido no decirle nada al respecto. Pero no veía cómo aquello podía haber provocado una reacción tan exagerada ni convertir a Max en un perverso.

Frunció el ceño y su atención se trasladó al chico, que permanecía en silencio a pocos pasos, con todo el cuerpo en tensión y expresión estoica.

—¿De qué está hablando, Evans? —inquirió, receloso.

El muchacho le devolvió la mirada pero no dijo nada. Sus manos formaron dos puños a los costados. Sean comenzó a ponerse nervioso.

—¡Díselo, joder! ¡Ten cojones a decírselo!

Aria se encogió al escuchar el arretrato de Cam, tan impropio de él. Dio un paso atrás, acercándose más a Max. Estaba de espaldas a él y no podía ver su rostro, pero estaba segura de que sabía perfectamente a lo que se refería Cam. Buscó a Lea con la mirada pero no dio con ella. Tenía que haber sido su prima la que le contara todo a su hermano; no había nadie más que pudiera haberlo hecho.

—¿Evans? —insistió Sean.

Sin darse cuenta, disminuyó la fuerza con la que mantenía a Cam sujeto y este aprovechó para zafarse. Aria vio a su hermano acercarse como si de un tren descarrilado se tratase. Arremetió contra él para impedirle que se lanzara sobre el muchacho. Eso era lo que había tratado de impedir a toda costa desde el momento en que Max había aparecido en Lostlake. No era que en alguna ocasión no hubiera pensado que se merecía una buena bofetada por lo que había hecho, pero era consciente de que la violencia no arreglaría nada, y no estaba dispuesta a que ni sus hermanos ni Max salieran heridos, o al menos más heridos, porque estaba segura de que el corte que este último lucía iba a necesitar puntos.

—Quítate de en medio, Aria —le chilló Cam, aunque no esperó para ver si obedecía.

Tiró de su brazo y la hizo a un lado sin contemplaciones. Ese gesto fue lo único que consiguió que Max reaccionara.

—No la trates así —gruñó, a modo de advertencia, y avanzó hasta posicionarse delante de ella.

Aria comprendió que la estaba defendiendo de sus propios hermanos. Sean, por su parte, hacía todo lo posible para retenerle de nuevo.

—Tienes que calmarte, Cam.

No parecía escucharle. Sin embargo, detuvo su avance. Aria creyó que por fin había entrado en razón pero solo cesó de forcejear para murmurar algo al oído de su gemelo. Era consciente de que le estaba contando a Sean lo de la foto.

—¡Jodido cabrón! —grito este, cuando Cam le relató a grandes rasgos lo sucedido en el instituto.

No hubo necesidad de detener a Cam pues, en esa ocasión, fue Sean el que arremetió contra el *quarterback*, seguido de cerca por su hermano. Los demás chicos, que hasta ahora se habían mantenido al margen, se vieron en la obligación de intervenir para evitar que le dieran una paliza. El muchacho no se defendió más allá de los vanos intentos por quitárselos de encima. No estaba devolviendo los golpes.

—¡Basta! —les gritó Aria, aferrándose al brazo de Sean y tirando de él—. ¡Parad!

Con la ayuda de varios de los jugadores consiguieron separarlos. Entre dos lograron sujetar a Sean, mientras que Cam necesitó de tres tipos para tumbarlo. Ninguno tenía heridas visibles. A Max, en cambio, le habían roto el labio y uno de sus ojos ya había comenzado a hincharse. Su camiseta no era más que un harapo desgarrado. Se estremeció al contemplar, no solo su aspecto, sino también lo sombrío de su expresión.

—Eres un hijo de puta —barboteó Cam, cegado por la rabia.

Aria tomó su rostro entre las manos y le obligó a centrarse en ella.

—Olvidalo, por favor —le rogó, temblando por los nervios.

¿Cómo era posible que hubieran llegado a aquello? A pesar de lo que hubiera hecho Max, no se merecía ser vapuleado de esa forma delante de todo el mundo. Puede que sus hermanos llevaran razón al estar enfadados —¡ella aún lo estaba después de meses!—, pero darle una paliza no iba a borrar lo sucedido.

Cam apartó sus brazos de un manotazo y Aria tuvo que respirar profundamente para evitar increparlo por su actitud.

Max apretó los dientes al ver el desagrado que su propio hermano mostraba por Aria. ¿Había sido ella la que se lo había contado? ¿Lea quizás? La última opción parecía la más probable. No debería haberla puesto sobre aviso de su intención de hablar con Aria.

Y pensar que se había sentido mal por decidir romper la promesa que le había hecho...

Con los ánimos algo más calmados, todas las miradas estaban puestas ahora sobre él. Al menos Cam había sido lo suficientemente sensato como para no relatar a voz en grito lo acaecido con la fotografía, pero aun así los otros chicos y la gente que se encontraba en la terraza del Sunny's concentraban toda su atención en su persona. La familia Donaldson era más que conocida en el pueblo, llevaban muchos años veraneando allí. Él, por el contrario, no era más que un recién llegado del que nadie sabía nada. A sus ojos, Max era el único culpable de lo que acababa de suceder.

Echó un último vistazo a Aria, que en ese instante se había inclinado sobre Sean, murmurándole palabras que no consiguió escuchar.

Max había intentado apartar a sus hermanos, sabiendo que si les provocaba algún tipo de daño ella se enfadaría aún más con él. Sin embargo, estaba harto de toda aquella mierda. Puede que se hubiera ganado a pulso que le partieran la cara, pero no iba a seguir tragando más de lo que ya había tragado.

—No merece la pena, Sean.

El comentario llegó hasta él como si le hubieran lanzado un dardo envenenado. Hubiera preferido que los gemelos continuaran golpeándole que tener que escuchar a Aria decir eso.

No, él no merecía la pena. Aria se había encargado de dejarlo claro con cada rechazo, con cada negativa, con la bofetada tras su beso. Le hirvió la sangre y su enojo se multiplicó de una manera en la que no lo había hecho con los insultos de los gemelos.

Apartó la mirada de ella y se giró. Sin una palabra más, y a grandes zancadas, se dirigió al aparcamiento delantero del Sunny's. Lo único en lo que pensaba era en desaparecer, en marcharse lo más lejos posible de la familia Donaldson al completo y, sobre todo, de la chica que había conseguido que le doliera más el pecho que la cara a pesar de que acababan de partírsela.

—Ni se te ocurra decir una palabra más —le espetó Cam, con malos modos.

Aria había intentado explicarles la razón de que no hubiera dicho nada, aunque tampoco era que tuviera demasiado que alegar en su defensa. ¿Qué podía decirles? ¿Qué no era tan malo como parecía? ¿Qué solo había cometido un error? Ella ni siquiera estaba segura de quién era Max en realidad, ¿el *quarterback* pagado de sí mismo que solo se preocupaba de sí mismo? ¿el chico vulnerable que su madre había retratado? De todas formas, no creía que fueran a prestarle ninguna atención; ya se había encargado Lea de ello.

Descendió del coche en cuanto Cam lo aparcó frente a la residencia de los Donaldson. Sean bajó tras ella.

—¿En qué estabas pensando, Aria? —le recriminó, aunque su voz sonó mucho más conciliadora que la de su gemelo.

—Está arrepentido —replicó, en un susurro. Si Cam la escuchaba defenderlo era probable que volviera a perder los nervios—. Ni siquiera os ha devuelto los golpes. ¿Sabes? Yo más que nadie tengo derecho a estar enfadada con él, pero...

Sean negó, sin querer saber siquiera lo que su hermana estaba pensando.

—Déjalo estar, hermanita. Cada vez que lo pienso me entran ganas de vomitar, y luego de golpearle de nuevo.

Aria se resignó y no siguió insistiendo. Incluso ella evitaba recordar la imagen que había circulado de un teléfono a otro. Dio gracias a Dios de que Lea no hubiera sido tan inconsciente como para enseñársela a sus hermanos. Sin embargo, tampoco podía olvidar la mirada que le había dirigido Max antes de marcharse del Sunny's. Había decepción y un intenso dolor en su expresión, como si algo hubiera estallado en pedazos en su interior.

—Vamos, entra en casa —ordenó Cam, viendo que se quedaba plantada en la entrada.

Aria dudó.

No podía hacer como si no hubiera pasado nada. Estaba segura de que el corte en la mejilla de Max requería de puntos, y su labio tampoco tenía buen aspecto. Sentía la necesidad de comprobar que estaba bien, aunque era obvio que no iba a ser así. ¿Qué diría la señora Evans cuando lo viera? ¿Le contaría Max la verdadera razón de la pelea?

Descendió los pocos escalones del porche de entrada sabiendo que Cam se iba a poner como loco cuando se diera cuenta de lo que pretendía. No obstante, no pensaba permitir que le dijera lo que tenía que hacer. Sabía que sus hermanos se preocupaban por ella y que estaban muy cabreados por lo sucedido, pero Aria llevaba ya meses lidiando con todo aquello. Aún era reacia a perdonar a Max, todavía dolían las humillaciones a las que se habían visto sometidas Lea y ella en el instituto sin que él hiciera nada por evitarlo, si bien, Aria tenía una conciencia que no le permitía mirar hacia otro lado sabiendo que Max estaba herido y, como ellas, había sido humillado en público. Ignorar ese hecho no la haría mejor que él.

—Entrad vosotros —les dijo, mostrando la templanza que le daba el saber que hacía lo correcto—. Yo volveré enseguida.

Cam soltó una carcajada cínica, mientras que Sean, ya con medio cuerpo en el interior de la casa, negó una vez más con la cabeza.

—¡Una mierda! Estás loca si crees que te dejaré acercarte de nuevo a ese desgraciado.

Aria lo fulminó con la mirada. Adoraba a Cam, pero no le gustaba ni su tono ni toda esa bravuconería de la que había hecho gala durante las últimas horas. Hubiera apostado a que sería Sean el que se comportara de forma más irracional si llegaba a sus oídos algo de lo sucedido. Cam le estaba sorprendiendo y no precisamente para bien.

—No soy una niña, Cam. No puedes decirme lo que tengo que hacer —replicó, sin amedrentarse—. Voy a ir a comprobar que Max está bien y tú no vas a impedírmelo. ¡Por el amor de Dios! ¡Le has partido el labio y le has abierto una brecha! ¡Estaba sangrando!

—Se lo merecía —escupió el gemelo.

Aria agitó la cabeza y miró a Sean en busca de un poco de ayuda, pero este no dijo una palabra, ni para bien ni para mal.

—No te reconozco, Cam. De verdad que no.

Dicho esto, se volvió y echó a andar por el sendero que llevaba de su casa a la casa de sus tíos y de ahí a la posada Donovan. Esperaba tener también unas palabras con su prima Lea, pero en ese momento su prioridad era Max. Necesitaba verle.

—¡Se lo diré a mamá y papá! —gritó su hermano, de pie frente a la entrada, en un último intento de disuadirla.

Aria no se molestó en volverse para contestar.

—Haz lo que quieras.

Si los gemelos se lo contaban todo a sus padres, iba a armarse una buena, pero ya cruzaría ese río cuando llegara a él.

Dejó atrás a sus hermanos y recorrió el sendero con paso apresurado, nerviosa por lo que podría encontrarse. Tampoco sabía muy bien cómo iba a reaccionar Max al verla. Tal vez pensara que había sido ella, y no Lea, la que había descubierto su participación en aquella locura. Por extraño que resultara, no quería que creyera que había sido así.

Pasó junto a la casa de sus tíos. No había luces o movimiento en su interior. A saber dónde se había metido su prima después de soltar la bomba, lo que estaba claro era que no había dudado en desaparecer tras hablar con Cam.

Según se acercaba a la posada, comprobó la ausencia de vehículos aparcados fuera, salvo la ranchera de Max. Al menos no tendría que enfrentarse a las preguntas de Clare; el aspecto de su hijo no era algo que fuera a pasar desapercibido de ninguna de las maneras.

Golpeó la puerta con los nudillos en tres ocasiones. No hubo respuesta, pero escuchó ruidos procedentes del interior. Cuando un estruendo llegó hasta sus oídos no se lo pensó dos veces, rodeó la casa y entró por la puerta trasera. Gracias a Dios estaba abierta.

Otro golpe en el piso superior la hizo correr escaleras arriba. ¿Qué demonios estaba pasando? Su inquietud se acrecentó y mil y una posibilidades desfilaron frente a sus ojos antes de que llegara hasta el dormitorio de Max. Al asomar a la puerta, deseó haber sido más rápida.

Max estaba en mitad de la habitación y el suelo en torno a él estaba plagado de cristales rotos. Sostenía entre las manos dos pedazos de su retrato. Lo había destrozado, rasgándolo de arriba abajo. Aria supuso que el cristal que protegía la fotografía había sido lo primero en caer víctima de la furia que emanaba de todo su cuerpo.

Al contemplar la escena, Aria se llevó una mano a la boca para sofocar un jadeo. Max se volvió y la atravesó con una mirada que mostraba a las claras lo poco que le gustaba su presencia allí.

—¿Qué has hecho, Max?

No pudo evitar realizar la pregunta a pesar de que no esperaba una respuesta. Se percató de que ni siquiera se había limpiado el corte del rostro y que seguía vistiendo la misma camiseta desgarrada.

—¡Lárgate, joder!

Estaba realmente furioso. Apretaba los puños a los costados y su respiración entrecortada agitaba su pecho sin pausa. La violencia que no había dejado salir durante la pelea con los gemelos se veía reflejada no solo en su aspecto, sino en el estado de su dormitorio. El retrato no era lo único que había sufrido las consecuencias de su arrebato. Una lámpara se encontraba en un equilibrio precario justo al borde de la mesilla de noche, y la ropa de cama había sido arrancada del colchón y arrojada a una esquina.

—Siento lo que ha pasado, Max —murmuró, sin saber muy bien qué más podía decir.

Él dejó escapar una carcajada en la que no había rastro de humor.

—No, no lo sientes —replicó. De una patada apartó parte de los cristales de delante de sus pies—. ¿Y sabes qué? Yo tampoco. Esta mierda no ha dejado de volverme loco. No ha habido un día que no me haya arrepentido de ello.

Aria se mordió el labio inferior y lo observó desde el umbral de la puerta. No se atrevía a moverse. Fue Max quien, paso a paso, se acercó a ella hasta que estuvieron tan cerca que pudo sentir su aliento revoloteando sobre su boca. Aria estuvo tentada de estirar la mano para rozar la herida de su labio pero se contuvo. Tenía que dolerle.

—Tienes... —Carraspeó y trató de sonar más convincente—. Tienes que limpiar ese corte. Necesitas puntos.

Max permaneció en silencio un instante, contemplando la preocupación que brillaba en sus ojos. A pesar de todo, de lo cabreado que estaba y lo frustrado que se sentía, apreció que Aria fuera capaz de mostrar interés por su estado.

Aun así, era consciente de que, para ella, él no merecía ni merecería nunca la pena.

«Puta foto», pensó para sí, y la presión que había sentido en el pecho en el campo del Sunny's aumentó.

Sin mediar palabra, la tomó de los brazos y la atrajo hacia sí.

—Lo que necesito es que sepas la verdad —gruñó, en un tono tan grave que aceleró los latidos del corazón de la chica—. Escúchame bien. Me da igual si me crees o no, pero yo no fui quién hizo pública esa foto.

Aria prácticamente se ahogó con su propia respiración, si es que eso era posible. La bocanada de aire que exhalaba en ese momento se quedó atascada en algún punto intermedio, atónita por la revelación del *quarterback*.

—Tú... tú no...

Expiró de golpe cuando él negó con la cabeza, sin poder creer lo que estaba insinuando. Si él no había sido, tendría que ser cosa de su prima, o de una tercera persona que les hubiera robado la foto.

—¿Lea? —inquirió, intentando encontrarle un sentido a su confesión.

Max apretó los dientes justo antes de echarse a reír. Aria pensó que había perdido la cabeza. Tal vez todo aquello le hubiera afectado más de lo que parecía. Quizás lo que acababa de decirle solo era un intento a la desesperada de engañarla y humillarla aún más, enredándola con sus mentiras.

El eco de sus carcajadas flotó en el ambiente varios segundos más antes de que Max por fin

decidiera contestarle.

—Eso vas a tener que preguntárselo a tu prima —replicó, manteniendo una sonrisa amarga en su rostro—. Yo ni siquiera soy el tío de la foto.

CONTINUARÁ... En la parte 2

A la venta día 9 de enero

AGRADECIMIENTOS

Esta vez no me voy a extender. Solo quiero dar las gracias a los que siempre, siempre estáis ahí para mí, vosotros sabéis quiénes sois. Y como no, a los que me leéis. Sin vosotros las noches robándole horas a Morfeo no tendrían sentido.

Cada historia mía que ve la luz me deja un poco más vacía y más llena al mismo tiempo, es una sensación extraña. Deja de ser mía y se convierte en vuestra. Espero que la acojáis con el mismo cariño con el que yo os la entrego.

Como siempre, si queréis enviarme cualquier comentario sobre la historia de Aria y Max o sobre cualquier otro tema, podéis buscarme en las redes sociales o bien poner os en contacto conmigo a través de este email: vickyvilchez@gmail.com